



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Ambos sabían que lo que había ocurrido entre ellos era algo único, pero también que no podían volver a repetirlo

El millonario subastador de arte Ronan Murphy necesitaba con urgencia una niñera para sus dos hijos pequeños. La guapísima Joa Jones tenía una amplia experiencia en el cuidado de niños y sería la candidata perfecta, pero había un problema... Entre ellos existía una atracción imposible de ignorar.

Aunque una noche de pasión no podía hacerle daño a nadie, ¿verdad?

## *Capítulo Uno*

**J**oa Jones suspiró aliviada cuando por fin pudo resguardarse de la lluvia bajo los impresionantes soportales del edificio donde se encontraban las oficinas de Murphy International. Se sopló las manos porque las tenía heladas, y pensó que iba vestida de manera inadecuada para Boston a finales de enero.

Había dejado Auckland hacía dos días, donde había estado trabajando como niñera.

En Nueva Zelanda, se había sentido muy integrada y querida dentro de la familia Wilson. Sin embargo, cuando le sugirieron que se mudara a Londres con ellos, pensó que se trataba de una de esas cosas que se dicen por cortesía y que no se deben tomar en serio. Además, sus hijos eran mayores y ya no necesitaban una niñera realmente.

Joa sabía que tenía que cerrar esa página de su vida y seguir adelante. Podría haber encontrado otro trabajo en Nueva Zelanda con facilidad, pero durante sus últimos meses allí no paraba de sentirse fuera de lugar y de pensar que se estaba equivocando de profesión.

Volver a Boston era una opción aterradora pero necesaria. Era la única opción que tenía.

Joa se llevó una mano al pecho, tratando de contener el pánico.

Desde la muerte de Iz, había reflexionado mucho y se había dado cuenta de que había empezado a trabajar como niñera en un intento de encontrar la familia que nunca había tenido tras haber crecido en un centro de acogida. Ahora, a sus veintinueve años, era consciente de que si quería tener una familia tendría que construir la suya propia. Estaba cansada de encariñarse con la vida de los demás y luego tener que despedirse cuando esas familias ya no la necesitaban.

Volver a Boston significaba un nuevo comienzo, un reinicio. Se lo tomaría como una oportunidad para pasar algún tiempo con Keely, su hermana adoptiva, y para pensar en qué debía hacer a continuación.

Sin dejar de calentarse las manos con su aliento, Joa miró a un lado y a otro de la calle, pero no vio a Keely por ninguna parte. Cuando llegó al aeropuerto, recibió un mensaje de texto de ella pidiéndole que fuera directamente a Murphy International, la prestigiosa casa de subastas ubicada en el centro de Boston. Ella y Keely tenían una reunión con Carrick Murphy, su director general, para acordar los detalles de la subasta de la colección de arte de la madre adoptiva de Joa (y tía abuela de Keely). La colección era una de las mejores del mundo y, tras la muerte de Isabel Mouton-Matthew hacía poco más de un año, Joa y Keely habían heredado sus obras de arte, junto con una casa histórica en el próspero vecindario de Back Bay en Boston, una sólida cartera de acciones y varias cuentas bancarias llenas de dinero.

Joa, que había crecido con muchas carencias durante su infancia y adolescencia, ahora era heredera de una gran fortuna. Todavía seguía sin poder creérselo.

Keely, adoptada por Isabel después de la muerte de sus padres cuando era pequeña, podría haberse reunido con Carrick Murphy por su cuenta; conocía a los hermanos Murphy desde hacía mucho tiempo y Joa le había otorgado un poder notarial para actuar en su nombre una semana después de la muerte de Iz. Confiaba plenamente en su hermana.

Sin embargo, Joa había sentido la necesidad de estar en Boston, el lugar donde esperaba labrar su futuro.

Un taxi se detuvo frente a las puertas de entrada y las hermanas por fin pudieron abrazarse. Keely le llenó la cara de besos.

—¡Me alegro tanto de verte, Ju! —dijo Keely sin parar de darle besos en la cara—. Las videollamadas no son lo mismo.

—Yo también me alegro mucho, Keels —respondió Joa con la voz llena de emoción.

Y era cierto. Esa mujer la había acogido en su casa, en su vida, y la había tratado como a una verdadera hermana, como a su mejor amiga. Desde el día en que Joa dejó el centro de acogida y se mudó a la mansión de Isabel, Keely había compartido su ropa, le había enseñado a maquillarse, la había aconsejado en su primera cita con un chico, la había

ayudado a completar las solicitudes universitarias, a elegir su vestido para el baile.

Y lo más importante, fue ella quien la tomó de la mano mientras enterraban a Isabel.

De manera impulsiva e inusual, Joa se acercó de nuevo a Keely para volver a abrazarla. Ella era su familia, la única que tenía.

Keely, que nunca hacía ascos a un abrazo, la meció de un lado a otro antes de retirarse y poner las manos en las mejillas de Joa.

—¡Estás helada! —dijo Keely mientras le tocaba las mejillas al desprenderse del abrazo—. Por el amor de Dios, entremos ya. ¿Y qué llevas puesto?

Joa miró su abrigo fino, sus vaqueros y sus zapatillas ahora mojadas.

—Parece que no me he abrigado lo suficiente.

Entraron en el impresionante vestíbulo dominado por una amplia escalera de mármol, donde una elegante mujer estaba sentada detrás de un escritorio esperando a que se acercaran. Keely se quitó el abrigo de cachemira y lo colgó de su brazo. Había un guardia de seguridad junto a la puerta y otros dos en las entradas de las salas. Cuadros de gran formato colgaban en las paredes y enormes ramos de flores llamaban la atención sobre dos pedestales a ambos lados de la impresionante escalera de mármol y hierro forjado.

Joa, ataviada con ropa de segunda mano y una vieja chaqueta vintage, volvía a sentirse fuera de lugar. Aquel era el mundo de Isabel y el de Keely, pero no el suyo. A nivel intelectual, se sentía una mujer muy segura de sí misma, pero a nivel emocional, seguía siendo la chica de catorce años temerosa y desconfiada, siempre a la espera de recibir un golpe en cualquier momento. Una parte de ella todavía estaba esperando que alguien apareciera y le informara de que la herencia de Isabel había sido un error, que una chica como ella no podía heredar la mitad de una de las fortunas más grandes del país.

Por suerte, la mano de Keely en su espalda la anclaba a la realidad.

—Es maravilloso tenerte de vuelta, cariño. ¿Cuánto tiempo planeas quedarte?

—No lo sé. —Joa cambiaba su mochila de hombro y se encogía de hombros—. Mi contrato en Auckland ha terminado. Creo que necesito un

cambio de rumbo, buscar una nueva profesión. Así que estaré aquí hasta que pueda poner en orden mis pensamientos. ¿Te parece bien?

Keely fingió reflexionar.

—Bueno, no estoy segura de que haya espacio para ti en casa. Es solo una modesta vivienda de principios de siglo, con quince dormitorios, varias salas de recepción y bibliotecas, un salón de baile, dos comedores, una sala de prensa, la zona para el servicio... —bromeó Keely, y luego frunció el ceño al mirar la mochila—. ¿Dónde está tu equipaje?

Joa hizo una mueca.

—La aerolínea lo perdió. Creo que está en Kuala Lumpur. Me dijeron que debería llegar aquí pasado mañana.

—O nunca.

—Sí, yo también sospecho que eso sea lo más probable —aceptó Joa.

El teléfono de Keely sonó y ella lo sacó de su bolso. Deslizó su dedo por la pantalla y Joa captó la sombra borrosa de un rostro apuesto y el destello de unos dientes blancos mientras el hombre sonreía.

—¿Dónde estás?

Joa comenzó a retroceder, pero la mano de Keely la detuvo. ¿Quién era ese hombre con esa voz tan seductora y profunda? ¿El nuevo amor de Keely?

Intrigada, Joa inclinó la cabeza y, asegurándose de mantenerse fuera de la vista de la cámara, echó un rápido vistazo a la pantalla.

«Vaya... Qué guapo».

Joa ignoró la frustración que brillaba en aquellos ojos verde azulado y la irritación que tensaba su boca. Su mandíbula marcada estaba cubierta por una barba incipiente y su camisa con el cuello desabrochado dejaba entrever un pecho ligeramente cubierto de vello castaño, del mismo color que su cabello ondulado hasta los hombros. Parecía un ángel rebelde, uno muy guapo, que parecía querer aparentar que no lo era, y ese detalle lo hacía aún más atractivo.

Joa solo sabía que, si su físico era coherente con su rostro, sería un verdadero espectáculo. No podía concebir la idea de que un rostro tan atractivo estuviera unido a un cuerpo mediocre. Estaba casi segura de que bajo su ropa había un abdomen definido, unas piernas largas y un trasero bien duro.

Las mariposas en su estómago revolotearon con entusiasmo.

¿Cuándo fue la última vez que tuvo una reacción tan intensa y sexual ante un hombre? ¿Hacía un año? ¿Tal vez dos?

—Acabo de llegar a la casa de subastas —respondió Keely—. Nos vamos a retrasar un poco, pero ya he avisado a Carrick. —Entregó una tarjeta de visita al conserje e indicó a Joa que la siguiera escaleras arriba—. ¿Te unirás a la reunión? —le preguntó al atractivo hombre de la pantalla.

—No, lo siento, tengo mucho lío.

Entonces, ella se detuvo a mitad de la escalera y preguntó con cara de preocupación:

—¿Qué sucede?

—Anna se ha ido.

Joa, sabiendo que no se moverían de la escalera hasta que Keely terminara su conversación, apoyó los brazos en la barandilla y miró hacia una de las salas. Varios empleados uniformados retiraban con sumo cuidado un enorme cuadro de la pared.

—¡Oh, no! —Keely parecía horrorizada—. Es la sexta que pierdes desde que Lizbeth se jubiló.

¿Sexta qué?

—Dime algo que no sepa —murmuró la voz del hombre al otro lado de la línea—. Se fue de compras...

—¿Y qué compró? —preguntó Keely poniendo mala cara.

—Lencería, cosméticos, perfumes, zapatos, bolsos, ropa...

—¡Espera! Déjame adivinar... Todo de algún diseñador.

—Así es. Me temo que yo solo he mantenido a flote a varias boutiques de Boston últimamente.

—No esperaba algo así de ella. —Keely apoyó una mano en su cadera—. La verdad es que tienes muy mala suerte con las niñeras, Ro.

La palabra «niñera» hizo que Joa prestara más atención. Después de todo, era su profesión. Ahora la conversación empezaba a cobrar mayor sentido.

Y Keely había llamado a su interlocutor Ro...

Debía de estar hablando con Ronan Murphy.

Su hermana le había mencionado en sus habituales y extensos correos electrónicos. Él era el director de ventas y marketing a nivel mundial y el subastador principal de Murphy International. Keely conocía a toda la familia Murphy desde la infancia y había sido amiga de la esposa de Ronan durante la universidad.

—Los padres de Thandi están de vacaciones, así que no pueden ayudarme con los niños, y justo hoy tengo un día especialmente movido.

—No te preocupes, yo puedo ir a recogerlos al colegio, pasar la tarde con ellos y prepararles la cena —se ofreció Keely, siempre dispuesta a ayudar—. Creo que lo pasaron bien la última vez que estuve con ellos.

—Pero ¿no llegaba hoy tu hermana? —preguntó él.

—Ya está aquí —dijo mientras comenzaba a girar la cámara, pero Joa hizo un gesto de rechazo. ¿Acaso había perdido la cabeza? Estaba horrible después de tantas horas de vuelo.

Su hermana puso los ojos en blanco, pero afortunadamente no giró la cámara.

—A Joa no le importará, adora a los niños.

Le encantaban los niños, eso era verdad, pero en su primera noche de vuelta en Boston esperaba poder charlar con su hermana, beber vino, ponerse al día...

—Considéralo hecho —dijo Keely, ignorando su rotundo gesto negativo con la cabeza.

«Maldita sea, Keels».

—Eres mi salvavidas. Se lo haré saber al colegio —dijo el hombre con tono agradecido—. Ahora tendré que empezar a hacer algunas llamadas para encontrar una nueva niñera.

Boston tenía varias agencias muy buenas; encontraría a alguien adecuado en un santiamén. Joa lo sabía porque las había estado investigando desde Nueva Zelanda, antes de decidir que el de los Wilson sería su último trabajo de niñera.

Keely inclinó la cabeza hacia un lado y sus brillantes ojos azules se encontraron con los de Joa mientras seguía al teléfono.

—Antes de contratar a alguien, habla conmigo primero. Tengo una idea...

La temperatura de la sangre de Joa bajó un grado.

«¡De ninguna manera!».

—Si te estás ofreciendo a cuidar de los chicos a tiempo completo, mi respuesta es sí.

Keely no pudo contener una carcajada.

—¡No, no es eso! Te quiero, a ti y a tus hijos, pero no tanto ni de esa manera.

Parecía que entre Keely y Ronan no había ningún tipo de relación romántica ni sexual. ¿Y por qué eso hacía que Joa se sintiera feliz y aliviada?

—Pero puede que tenga una solución para ti. Déjame hablar con alguien y luego te llamo —continuó su hermana.

No, no podía ser. Estaba demasiado agotada y se imaginaba cosas. Keely no le había buscado un trabajo en su primer día de vuelta a casa.

Joa había decidido que no volvería a trabajar como niñera, no quería volver a caer en el error de encariñarse y vivir pensando que la familia que ayudaba era la suya propia, como ya le había pasado.

Después de que cortaran la llamada, Joa le puso mala cara a su hermana. No tenía ningún interés en ser la niñera de Ronan Murphy, ni de nadie. Ni hoy, ni mañana, ni en el futuro.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Qué? —preguntó Keely, poniendo cara de no haber roto un plato en su vida. Joa la conocía mejor que nadie y sabía que bajo aquel exterior inocente vivía una mente diabólica.

—No quiero volver a ser niñera, Keels.

Estaba harta de vivir como si formara parte de una familia solo para darse cuenta de que, al cabo de un año, a veces dos, ellos seguían adelante... sin ella.

Además, ya no trabajaba para padres solteros. Había aprendido la lección con Liam y luego con Johan. Joa sabía que los padres solteros eran su kryptonita, porque siempre acababa pensando con demasiada facilidad que ella era la esposa y la madre que sus hijos necesitaban.

Liam había conocido a alguien de su oficina y se había casado con ella, una mujer que adoraba a sus hijos y que estaba feliz de ser su madre a tiempo completo. La semana antes de su boda, Joa había recibido órdenes

de marcharse. Y Johan, bueno, él era gay y quería otro marido, no una esposa.

Si Joa quería una familia, necesitaba tener la suya propia y no apropiarse de la de otro.

Las hermanas comenzaron a subir las escaleras, y Joa no dejaba de pensar en cómo esquivar las ideas que Keely parecía tener para ella. Tal vez si cambiaba de tema la distraería. Valía la pena intentarlo.

—Sé que Murphy's va a subastar la colección de arte de Iz para nosotras, pero no entiendo el motivo de esta reunión. Tienen el inventario, lo subastan y luego hacen un cheque a la fundación. Creía que era un proceso sencillo.

—No exactamente —dijo Keely, guiando a Joa por el pasillo a su derecha—. Murphy's tiene que comprobar las procedencias para asegurarse de que todos los objetos son auténticos. La mayoría de las obras de Isabel están bien documentadas, pero Finn, el hermano menor de los Murphy, encontró tres cuadros en Mouton House que sospechamos que podrían ser cuadros de Homer perdidos.

—¿Winslow Homer?

—Finn Murphy les echó un vistazo y dijo que era importante aclarar su procedencia, lo que no es tan fácil, claro. De todos modos, la reunión es con Carrick Murphy y Sadie Slade, una investigadora de arte que han contratado —informó Keely—. He estado investigando un poco sobre ella, y es una mujer tan guapa como inteligente. Muy del tipo de Carrick.

Joa puso los ojos en blanco ante la insinuación de Keely. Su hermana era encantadora, pero a la vez una sabelotodo sin remedio.

Por desgracia, la mayoría de las veces tenía razón. Aunque también tenía una mente muy dispersa que tendía a desviarse del tema.

—Estábamos hablando de las pinturas, Keels.

—Bien, necesitamos que Sadie nos confirme si los tres cuadros son de Homer. En primer lugar, porque podrían recaudar una gran suma de dinero para la fundación, pero también porque no quiero tener que comerme mis palabras.

—¿Cómo? —Joa no entendía a qué se refería.

Keely hizo un mohín.

—Porque Seymour me dio un sermón de veinte minutos sobre cómo debería manejar mis expectativas. Ese hombre es un auténtico grano en el culo. Tiene que poner siempre los puntos sobre las íes.

Seymour era el abogado que llevaba la herencia de Isabel. Joa había coincidido con él en el funeral y luego en la lectura del testamento. Pero de tan mal que se encontraba en esas dos ocasiones, no recordaba gran cosa de él ni de lo que ocurrió.

—¿Y no es eso algo bueno en un abogado? —preguntó Joa, perpleja.

—Supongo —admitió Keely—, pero me saca de quicio.

Joa tenía curiosidad por saber cómo se las había arreglado aquel hombre para provocar una reacción tan extrema en su hermana.

—¿Qué te ha hecho?

—Tiene un nombre pretencioso que le va al pelo. Mide dos metros de alto, está fuerte, tiene los ojos azules, el pelo rubio oscuro y una cicatriz en la mandíbula. Sus amigos le llaman Dare, otro nombre igual de estúpido.

Vale, como abogado, su aspecto y su apodo no deberían tener mucha importancia. Quedaba claro que su hermana había pasado mucho tiempo examinando el físico de alguien que la irritaba. Interesante...

Keeley se detuvo ante una puerta con una pequeña placa que indicaba que era la sala de conferencias y Joa rezó para que alguien le ofreciera café en cuanto entraran. Y, a poder ser, mucho.

Joa echó los hombros hacia atrás. Estaba allí para asistir a la reunión, pero luego se retiraría, dejando que Keely se ocupara de todo en aquel mundo enrarecido de abogados de alto nivel y subastadores de fama mundial. En ese momento, su prioridad era pensar en un nuevo trabajo, en rediseñar su vida...

Y si tenía tan claro su plan, ¿por qué no se quitaba de la cabeza el rostro de Ronan Murphy?

## *Capítulo Dos*

**A**l final del pasillo de la sala de conferencias, Ronan Murphy oyó el pitido de un mensaje de grupo entrante y activo el móvil. Al ver el nombre del grupo de padres del colegio de sus hijos en West Roxbury, abrió el mensaje y vio que era un recordatorio sobre un baile que el comité de recaudación de fondos iba a organizar a finales de mes.

Ronan reconoció algunos de los perfiles, ya que había conocido a muchas de las madres cuando iba a recogerles al colegio. También había cometido el error de entablar conversación con algunas de ellas. Las conversaciones triviales habían acabado convirtiéndose en descaradas ofertas para invitarle a un café o a cenar. E incluso había recibido algunas ofertas directas para divertirse en la cama.

A todas les decía lo mismo: «Agradezco la invitación, pero ahora mismo no estoy abierto a tener citas».

Su mujer se había ido, pero seguía siendo su mujer...

Ronan se pasó la mano por la mandíbula, ignorando los pinchazos de dolor que sentía en el corazón. Ahora no podía pensar en Thandi, tenía mucho trabajo que hacer. Y lo primero era encontrar una nueva niñera adecuada para sus hijos.

Tenía grandes dificultades para retener una niñera en casa. Desde la jubilación de Lizbeth hacía dieciocho meses, ya han habían pasado por seis distintas. Y todas con el mismo problema, que le prestaban más atención a él que a sus hijos.

Y él no necesitaba atención y afecto, pero sus hijos sí.

Lo único que quería era una niñera que no pensara en él como un soltero rico al que conquistar. Cuatro de las seis niñeras habían flirteado con él con cierto disimulo, pero dos de ellas fueron muy directas y le dijeron que el sexo también estaba incluido en la lista de servicios que prestaban.

Ya habían pasado tres años desde la muerte de Thandi, pero él seguía sintiéndose casado. Y él no engañaba; nunca lo había hecho y nunca lo haría.

Pensó que estaba a salvo de más insinuaciones cuando contrató a Anna (ella le había dicho que era gay y que tenía una relación), pero ella se había excedido utilizando su tarjeta para comprar montones de cosas que él no había autorizado y tuvo que despedirla.

Quería a alguien que no le robara, que no lo viera como un posible marido o amante. Solo quería a una persona profesional y honesta, alguien que entrara en su casa e hiciera lo que él le había pedido: cuidar de sus hijos y dejarle en paz.

¿En serio era mucho pedir?

Eli, su ayudante durante los dos últimos años, llamó a la puerta y entró en la habitación cuando Ronan le dijo que pasara. Él tuvo que cerrar un ojo ante el traje naranja chillón y la corbata negra de Eli. No solo era una ayudante estupenda, sino que también iba muy a la moda. Puede que demasiado.

—¡Socorro! ¿Dónde están mis gafas de sol? —dijo Ronan cerrando los ojos y palpando el escritorio como si se hubiera quedado ciego.

Eli puso los ojos en blanco.

—Que sepas que este tono de naranja es tendencia.

—¿Dónde? ¿En la cárcel? —replicó su jefe con una carcajada.

Eli deslizó la carpeta por encima de su escritorio y Ronan la atrapó. A menudo se metía con ella por su ropa, se había convertido en una broma cotidiana entre ellos, pero nunca decía nada con intención de herir sus sentimientos.

Él se reclinó en la silla y apoyó los pies en la esquina del escritorio. Entrelazó las manos sobre el estómago y apoyó la nuca en el asiento.

—Necesito encontrar otra niñera. ¿Puedes llamar a las agencias por mí?

—Claro. ¿Qué ha pasado esta vez? —Ronan le explicó los detalles mientras Eli no paraba de negar con la cabeza—. Me pondré a ello enseguida, no te preocupes. —Y señalando con la cabeza la carpeta que Ronan tenía bajo la mano, dijo—: Es la lista actualizada de Finn, detalla el contenido de la colección de Isabel Mouton. Es impresionante.

Él ya había leído el inventario actualizado, pero no se lo dijo. Eli se dejó caer en la silla del lado opuesto de su escritorio y repasaron la enorme lista de tareas pendientes.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Eli, viendo que Ronan se frotaba las sienes con las yemas de los dedos.

—Sí. ¿Tienes analgésicos?

—No, lo siento, ayer te tomaste el último que me quedaba —dijo Eli negando con la cabeza.

Maldita sea. Entonces pensó que tal vez podría haber algunas pastillas para el dolor en el baño del gimnasio para ejecutivos de la empresa. Echó la silla hacia atrás y se levantó. Cuanto antes acabara con su dolor de cabeza, antes podría seguir con su lista de tareas pendientes. Le dijo a Eli que se pusiera en contacto con las agencias de colocación de niñeras mientras él estaba fuera y salió de su despacho.

Pasó por delante de la sala de conferencias, sumido en sus pensamientos. ¿Cómo podía compaginar sus obligaciones laborales con sus hijos? Podía trabajar en casa mientras tanto, pero no era una solución a largo plazo. Necesitaba ayuda.

Necesitaba otra Lizbeth...

Oyó que alguien lo llamaba por su nombre, maldijo en silencio y se dio la vuelta. Se metió las manos en los chinos verde oliva y esbozó una sonrisa. Cuando se dio cuenta de que era Keely quien le había llamado, su sonrisa se volvió genuina.

Ella era una de sus personas favoritas. Y, francamente, no sabía qué habría hecho esos últimos años sin ella. Era una mezcla entre mejor amiga y hermana.

Keely se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Hola. Gracias de nuevo por ayudarme con los niños —dijo Ronan. La reunión con Carrick y la investigadora de arte debía de haber terminado ya—. ¿Cómo va el proceso de autenticación?

—Lento. Y parece que solo uno de los tres cuadros podría ser un Homer, los otros dos no son lo bastante buenos.

—No me sorprende, Finn dijo lo mismo cuando vio los cuadros por primera vez en Mounon House.

Keely asintió y, sin darse la vuelta, echó la mano hacia atrás, agarró la manga de una chaqueta de cuero y tiró de su hermana hacia delante.

—Me moría de ganas de que os conocierais. Ro, ella es Joa.

Había oído hablar de ella, claro, pero nunca se habían cruzado. De jóvenes, nunca habían coincidido porque Joa era menos activa socialmente que su hermana. Después, ella se fue fuera del estado para ir a la universidad y, tan pronto como se graduó, comenzó a moverse fuera del país.

Keely le había dicho que su hermana era de ascendencia bengalí, y él se había imaginado a una mujer de pelo lacio y oscuro y ojos igual de oscuros. Le había dicho que era guapa, pero nunca pensó que su belleza lo dejaría sin aliento. Tampoco le dijo que sus ojos eran del color de la luz de la luna, una plata pura y clara, un color indescriptible.

Ronan resistió el impulso de pasarse la mano por la cara. Se había quedado impactado.

El deseo, ardiente y extraño, cobró vida de repente en su interior. El calor le recorrió la espina dorsal. Nunca antes, ni siquiera con Thandi, había tenido una reacción tan visceral ante una mujer.

Le hizo sentirse un poco enfermo y mucho más triste.

Consciente de que no podía seguir comportándose como un idiota, se dijo a sí mismo que debía serenarse. Sabía cómo hablar con la gente, maldita sea; era a lo que se dedicaba. Volvió a sonreír y le tendió la mano.

Joa inclinó la cabeza hacia un lado y se saludaron con la mano. Una mezcla de placer y dolor recorrió sus dedos y le subió por el brazo. Placer porque su mano era suave y femenina, dolor porque sabía que esa sería la única vez que la tocaría.

Estaba casado; Thandi era el amor de su vida. El amor y la lealtad no morían solo porque la muerte los separara.

Hablaron de cosas banales durante un minuto y él se dio cuenta de que a ella parecía costarle romper el contacto visual.

Era bueno saber que esa sensación extraña y ardiente no era unilateral.

Keely le golpeó el brazo con el hombro e interrumpió sus miradas.

—Me alegro de haberte pillado, Ronan. ¿Adónde ibas corriendo?

Ronan la miró sin comprender.

—¿Tenía prisa?

—Pasaste como un tornado por delante de Joa, ni siquiera te diste cuenta de que estaba.

¿No la había visto? ¿Cómo era posible? Y, maldita sea, ¿por qué no podía recordar a dónde iba?

—¿Llamaste a las agencias para que te enviaran una nueva selección de niñeras para entrevistar? —le preguntó Keely.

«Concéntrate, Murphy».

—No, Eli se está encargando de eso ahora.

—Dile que no se moleste, tengo otro plan —dijo Keely con una sonrisa—. Un plan realmente bueno.

—¿Qué plan? —preguntó Ronan, con tono cauteloso. No se fiaba de la expresión inocente de su amiga.

—Ro, Joa va a ser tu nueva niñera. Necesita algo en lo que ocuparse mientras decide qué quiere hacer a partir de ahora con su vida, así que podría cuidar de tus monstruitos mientras reflexiona.

Ronan sintió como si Keely le hubiera puesto una pistola eléctrica en el pecho y apretado el gatillo. De manera instintiva, supo que no podía permitir que aquella mujer tan atractiva entrara en su casa; no pasaría un segundo antes de que él la besara. Joa era la tentación personificada.

No era posible que trabajara para él.

Y, a juzgar por la cara de horror que puso ante la sugerencia de su hermana, parecía que ella pensaba lo mismo.

Joa levantó las manos, indignada, y clavó su mirada enfurecida en Keely.

—¿Quieres dejar de intentar organizar mi vida, por favor?

—Pero si te vas a aburrir en una semana. Necesitarás algo para ocupar tu tiempo.

—He estado sola desde que era una niña, Keely. Soy perfectamente capaz de organizar mi propia vida —respondió Joa, tratando de contener su enfado—. Y acabo de terminar un contrato de larga duración. No quiero ponerme a cuidar niños otra vez.

Joa desvió la mirada hacia Ronan y forzó una sonrisa.

—Estoy segura de que tus hijos son encantadores, pero ahora mismo no necesito un trabajo y además preferiría hacer algo diferente.

Mejor así. No podía contratar a Joa.

Ronan se frotó la nuca. Antes de que Thandi muriera, se sentía muy seguro de sí mismo. Tomaba decisiones sobre la marcha, confiaba en sus instintos y atravesaba sin problemas cualquier tormenta personal o profesional.

Su mujer murió al dar a luz a Aron (algo que él no había creído que pudiera ocurrir en uno de los mejores hospitales del mundo occidental) y el mundo, tal y como él lo conocía, se detuvo.

Cuando por fin había conseguido superar la pena que le paralizaba el alma, había vuelto a actuar como el hombre seguro de sí mismo y encantador que había sido siempre. Pero bajo su imagen de relaciones públicas, ahora era protector en lugar de apasionado, precavido en lugar de audaz. Examinaba constantemente su entorno en busca de problemas y peligros. Y Joa Jones era ambas cosas.

—Necesita ayuda, Joa —insistió Keely.

—Teniendo en cuenta que es un Murphy, estoy segura de que está más que capacitado para contratar a su propia niñera, Keely —dijo Joa, sin molestarse en ocultar su irritación.

—No si te basas en su historial —replicó su hermana antes de que Ronan pudiera responder—. Ha pasado por seis niñeras ya.

Él puso la mano en el hombro de Keely y apretó suavemente. Era hora de poner fin a esa conversación.

—Gracias por tu preocupación, pero yo me encargo a partir de aquí.

Keely parecía no estar de acuerdo, pero Ronan enarcó las cejas, insistiendo en silencio en que no presionara, y ella al final acabó suspirando.

—La vida sería mucho más fácil si la gente hiciera lo que yo sugiero —murmuró Keely—. Sé lo que hago.

—Qué inconveniente para ti que nosotros, los mortales inferiores, poseamos algo llamado libre albedrío —dijo Ronan con tono divertido.

—Muy inconveniente —convino Keely. Se ajustó la correa del bolso al hombro y señaló con la cabeza el servicio de señoras que había al final del pasillo—. Dame unos minutos, Joa, luego nos iremos a casa.

—Gracias a Dios —murmuró su hermana cuando Keely se marchó—. Pensé que nunca dejaría de insistir.

Ronan se quedó mirando su exquisito rostro y sintió deseos de tocarlo.

Vaya... ¿Qué le pasaba?

Se enderezó y cruzó los brazos sobre el pecho, apartando la mirada de ella. Buscó algo que decir (normalmente tenía un millón de frases preparadas para momentos como ese, pero ¿por qué era incapaz de pronunciar palabra?), y cuando a él no se le ocurrió nada, fue Joa quien intentó romper aquel incómodo silencio:

—Espero que encuentres una niñera pronto. Estoy segura de que tus hijos son estupendos.

—Los conocerás esta tarde, ya que Keely se ofreció a cuidarlos.

Joa negó con la cabeza.

—Llevo días viajando y necesito recuperar el sueño, así que es muy probable que me lo pierda. Pero Keely me ha mencionado en sus correos electrónicos que son adorables.

Con tres y cinco años eran adorables. Pero cuando querían también eran exigentes y desafiantes.

—Gracias.

La verdad era que necesitaba con urgencia a alguien que tuviera experiencia con niños. Ronan pensó en tener que entrevistar a otra selección de niñeras y se estremeció.

No se le ocurría nada que le gustara menos hacer.

Tal vez pudiera conseguir que Joa cambiara de opinión y, si se esforzaba, ignorar la química que había entre ellos y contener sus pensamientos en torno a desnudarla y llevarla a la cama...

—¿Seguro que no estás buscando trabajo?

—Estoy bastante segura. —Joa se colocó su largo y liso pelo negro detrás de las orejas.

En realidad, su negativa era un alivio. Aunque necesitaba ayuda con desesperación, la última persona que necesitaba en su casa era alguien que le hiciera preguntarse si su piel era tan suave como parecía, si su boca era dulce o picante o ambas cosas a la vez.

Ronan movió los hombros, incómodo con sus pensamientos. De vez en cuando, sus hermanos sacaban el tema de su vida sexual, insistiendo en que estaba bien tener necesidades y actuar en consecuencia. Hasta ahora,

no se había sentido tentado. Había pensado que algún día, en el futuro, cuando se distanciara lo suficiente de la muerte de Thandi, volvería a pensar en el sexo. Esperaba que su libido se despertara lentamente, dándole tiempo para aceptar una nueva realidad.

Conocer a Joa Jones fue como si la vida le hubiera puesto un desfibrilador en el apetito sexual. Cada vez que la miraba era como recibir una descarga.

Ronan murmuró una palabrota en voz baja.

Había una razón por la que evitaba el sexo. Nunca se le habían dado bien los líos de una noche, separar el sexo de lo emocional. Para él, el sexo con alguien era abrir la puerta de entrada a una relación, y eso era algo que no le interesaba.

Thandi era insustituible y su amor por ella no dejaba espacio para otra mujer, para otra relación. No le importaba lo difícil que era criar a sus hijos solo, se negaba a sustituir a su esposa. Eso nunca iba a suceder...

Seguía casado. Puede que ya no llevara su anillo, pero aquellos lazos, aquellas promesas de lealtad y fidelidad, no se habían roto con la muerte.

Nunca lo harían.

Era hora de volver al trabajo, de alejarse de la encantadora y muy distraída Joa Jones.

—Ha sido un placer conocerte, Joa —se despidió él con una breve sonrisa.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y asintió.

—Igualmente, Ronan. Espero que encuentres la niñera que buscas.

Ambos sabían que no sería ella.

## *Capítulo Tres*

**H**abía dormido cinco horas y era casi la hora de cenar cuando Joa bajó a la cocina de la planta baja de Moun-ton House. Miró a su alrededor, no vio señales de los hijos de Ronan Murphy y suspiró, aliviada.

—Te acabas de perder a los chicos. Se fueron hace diez minutos —le dijo Keely al entrar en la habitación.

Dejándose caer en el amplio asiento de la ventana, Joa levantó los pies y se rodeó las rodillas con los brazos. Después de dejar Murphy International, estaba demasiado cansada para discutir con su hermana sobre su forma de manejar las cosas y, honestamente, un poco preocupada por la atracción que había sentido por Ronan Murphy.

Pero sabía que no podía permitir que la mandona de Keely se quedara sin respuesta, así que le lanzó una mirada fulminante.

—Sobre tu maravillosa idea de que cuidara a los hijos de Ronan... ¿En qué demonios estabas pensando, Keely?

Su hermana puso la tetera en el hornillo de gas y agarró dos tazas.

—¿Manzanilla o menta? —Ni se había inmutado por el ceño fruncido de Joa.

—Menta.

—Te conozco, tendrás que hacer algo pronto, Ju —dijo mientras colocaba una bolsita en una taza de porcelana—. Odias estar sin hacer nada. Y Ronan necesita una niñera. ¿Dónde está el problema?

Quería a Keely, de verdad, pero en algún momento tendría que darse cuenta de que ya no era una niña asustada e insegura de la calle que necesitaba que tomaran decisiones por ella.

—¿Y no se te pasó por la cabeza preguntarme si quería otro trabajo de niñera?

Keely apoyó el trasero en la encimera y cruzó los tobillos.

—Pensé que te gustaba ser niñera.

Le gustaba. Le gustaban los niños, el ambiente informal, poder ir a trabajar en pantalón corto y chanclas. Pero su trabajo tenía un gran inconveniente y era su incapacidad para dejar de querer a la familia con la que vivía y, en más de una ocasión, al hombre de la casa.

Estaba harta de estar de paso en la familia de otros.

En su primer contrato de niñera, había cuidado del hijo de cinco años de Liam, un magnate australiano de la minería del oro que había obtenido la custodia tras un divorcio complicado. Había sido el hombro de Liam para llorar, su mejor amiga y, después de cinco meses, estaba convencida de que su amistad se dirigía hacia algo real, algo más profundo. Pero entonces Liam conoció a Angela, se enamoró perdidamente de ella y se casaron a los tres meses de conocerla.

Un año después, Joa se había ido a trabajar con Johan, un banquero alemán recién divorciado, y había cuidado de las dos hijas gemelas de Vietnam que había adoptado la pareja. Sabía que él era gay, pero no podía dejar de soñar con formar parte de aquella familia durante el resto de su vida...

Johan había sido lo bastante inteligente como para reconocer su enamoramiento y sugerirle, de la manera más suave que pudo, que no había ninguna posibilidad de que fueran más que amigos. Después de eso, ella se había tomado un descanso y se había dedicado a viajar durante una temporada, antes de aceptar el trabajo con la familia Wilson. Dave estaba casado, y pensó que todo iría bien porque ella nunca se metería en medio de un matrimonio.

Pero el problema fue que acabó enamorándose de toda la familia. Annie, la esposa, se convirtió en una amiga íntima y en una segunda hermana, y sus hijos eran inteligentes, divertidos e interesantes. A Joa le había encantado trabajar para ellos, y por primera vez en su vida se había sentido parte de una unidad familiar funcional.

Se había sentido segura y protegida. Y amada. Ahora, en retrospectiva, sabía que su atracción por Liam y Johan había sido una racionalización de su necesidad de formar parte de su familia, de su deseo de ser amada y necesitada. Adoraba a sus jefes porque eran buenos hombres y excelentes padres. Ponían a sus hijos en primer lugar. Algo que ni sus padres biológicos ni los adoptivos habían hecho nunca por ella.

Al salir de Nueva Zelanda, sintiéndose apartada (culpa suya, no de los Wilson), Joa supo que no podía repetir los errores del pasado. Necesitaba cambiar de profesión, encontrar un trabajo o una pasión que no tuviera que ver con familias e hijos.

Tenía dos opciones: aceptar que estaba soltera y sin hijos o buscar de forma activa a alguien con quien crear una familia propia, con quien tener hijos.

Ambos escenarios la aterrorizaban.

No quería estar sola, pero tampoco quería arriesgarse a ser rechazada.

—Ronan es un buen hombre que está pasando por un momento difícil, Joa. —Keely la devolvió al presente.

—Es un hombre rico y de éxito. Puede permitirse contratar a la mejor niñera de la ciudad —argumentó Joa. No quería ser irrespetuosa, pero que él pasara por un mal momento no era su problema.

Keely arrugó la nariz.

—No sé qué le pasa, pero siempre acaba contratando a la persona equivocada. Desde que Lizbeth se jubiló, ha sido un imán para las malas niñeras.

Joa sabía que había mucha gente rara por ahí. Ella siempre insistía en un periodo de prueba de dos semanas, e incluso en un par de ocasiones decidió dejar el trabajo porque no encajaba con la familia.

—Ya no quiero ser niñera, Keels. Quiero probar algo diferente.

—¿Por qué? Tienes un máster en Psicología Infantil y eres muy buena con los niños.

Joa deseaba poder explicarle que tenía tendencia a involucrarse demasiado en la vida de las familias. No era sano y no era... correcto. Y no quería arriesgarse a que eso volviera a pasar.

Sobre todo porque Ronan Murphy era exactamente el tipo de hombre que le atraía...

Diablos, era tan guapo que la había dejado boquiabierta. En cuanto le vio, deseó tocar sus fuertes brazos y saborear sus labios.

Era atractivo y sexy y, lo peor de todo, padre soltero. Si trabajase para él, el primer día ya estaría fantaseando con convertirse en su pareja y la madrastra de sus hijos. Pero eso no pasaría.

—No puedo hacerlo, Keely —dijo con emoción en su tono de voz.

Su hermana, como era tan perspicaz como insistente, frunció el ceño.

—¿Pasó algo en tu último trabajo que yo debería saber?

«Que siempre fantaseo con lo que nunca se hace realidad».

—Me gustaría hacer algo diferente, Keels, eso es todo.

—Hay algo que no me estás contando —se quejó, agarrando la tetera y vertiendo agua caliente en las tazas. Se acercó a Joa para darle una y luego colocó la otra sobre la mesa empotrada en la esquina del asiento de la ventana.

Había muchas cosas que Joa no le contaba a su hermana. Nunca hablaba de su infancia antes de ir a vivir con Isabel y Keely, era incapaz de hablar del aislamiento y el abandono. En el fondo se sentía afortunada, no había sufrido abusos sexuales ni físicos, pero sabía que otros en su misma situación no habían tenido tanta suerte.

Pero al pasar de niña a adolescente, su aspecto inusual llamó la atención no solo de sus lascivos padres de acogida, sino también de sus hermanos mayores. Cuando su padre adoptivo empezó a mirarla de un modo nada paternal, Joa supo que estaba en problemas. Incapaz de enfrentarse a pasar por otra casa llena de gente extraña, se arriesgó a salir a la calle. Pasaron tres días antes de acabar en el refugio de Isabel y luego en su maravillosa casa con Isabel y su sobrina nieta, Keely.

Había tenido mucha suerte. La mayoría de las chicas que elegían estar en la calle no acababan bien. Y ninguna de ellas, de eso estaba segura, acababa heredando una parte de una de las mayores fortunas del país. Isabel le había dado un lugar seguro donde quedarse, una educación y, al incluirla en su testamento, también una seguridad económica para toda la vida. Había amado a Iz de verdad, a pesar de que ella no había parado de entrar y salir de sus vidas constantemente, sin llegar a ser nunca la madre comprometida que Joa necesitaba.

A Iz le encantaba estar sola. Nunca había necesitado un marido para sentirse completa. Y tal vez estaba en lo cierto. Tal vez era hora de que Joa se pareciera más a la mujer que la había rescatado media vida atrás: emocionalmente independiente, sensata y fuerte.

Ella nunca había buscado a un hombre para ser feliz y tal vez Joa debería honrar a su madre adoptiva siguiendo sus mismos pasos. Debía ser una mujer independiente.

Keely se aclaró la garganta, haciendo que Joa volviera a centrar su atención en el presente.

—No es propio de ti ser tan intransigente, Ju. Tú nunca te niegas a ayudar a alguien que lo necesita.

Solo intentaba protegerse.

Y necesitaba hacerlo porque sabía que nadie más lo haría por ella.

—Siento decepcionarte —respondió Joa. Lo sentía de verdad, pero no cambiaría de opinión sobre trabajar para Ronan.

—No estoy decepcionada, solo confundida —dijo su hermana tras un resoplido de frustración—. Y como eres la persona más reservada del mundo, no entiendo por qué te obstinas en no querer ayudar a Ronan. Tú me conoces muy bien, Ju, pero incluso después de tantos años juntas, en cierto modo sigues siendo tan misteriosa para mí como cuando nos conocimos.

Joa deseaba poder ser más abierta. No era porque no confiara en Keely, sino porque era muy reservada y un poco tímida. Y, durante la mayor parte de su vida, había vivido en un ambiente donde no era recomendable llamar la atención.

Al ver el destello de dolor en los ojos de su hermana, Joa sintió un nudo en la garganta.

—Lo siento, Keels, abrirme no es fácil para mí. Pero te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sé que me quieres —respondió con una sonrisa—. Solo que desearía que me dejaras entrar en esa cabeza tuya.

Joa también lo deseaba. Podía decirle que intentaría cambiarlo, pero odiaba hacer promesas que no estaba segura de poder cumplir.

Pensando que ya era hora de cambiar de tema, Joa dio un sorbo a su té y miró a Keely por encima del borde de la taza.

—He visto la lista de las posesiones de Iz que subastará Murphy International en su venta de primavera. ¿Es la lista definitiva?

—¿Por qué? ¿Hay algo que quieras conservar? Podemos retirar cualquier cosa en cualquier momento.

—No, tranquila —dijo levantando una mano—. Es porque, mientras caminaba por la casa, me di cuenta de que aún quedan muchos muebles y

cosas. ¿Qué vamos a hacer con todo eso? ¿Y qué vamos a hacer con la casa?

Su hermana se encogió de hombros.

—Sí, tenemos que hablar de eso. Y tenemos que hablar de la fundación de Isabel. El director general se fue hace un mes y tenemos que buscar a alguien que la dirija. Es un trabajo a tiempo completo y yo no puedo hacerlo, estoy desbordada.

Keely era logopeda y le encantaba su trabajo.

—Ahora que he vuelto, quizá pueda ayudar con la fundación, quitarte un poco de carga.

—Eso sería genial, gracias —dijo sonriendo, agradecida—. En cuanto a la casa... ¿Estás de acuerdo en que es demasiado grande para cualquiera de nosotras, o incluso para las dos juntas?

Lo estaba. ¿Quién necesitaba una casa de quince habitaciones con cuatro salones, dos bibliotecas y un salón de baile?

—Podríamos venderla...

Joa puso mala cara.

—No quiero vivir en ella, pero tampoco quiero que vaya a parar a manos ajenas a la familia. Además, ¿quién compraría una casa tan grande?

—Seymour dice que podríamos convertirla en apartamentos de lujo. —Su cara se puso seria cuando nombró al abogado—. Tiene un amigo promotor que está interesado en hacer precisamente eso.

Joa inclinó la cabeza hacia un lado, intrigada por el tono molesto que captó en la voz de su hermana. Ella era la persona más amistosa y sociable que conocía, así que no podía entender por qué tanta antipatía hacia el abogado de Isabel.

—¿Qué demonios ha hecho ese hombre para que te resulte tan molesto?

—No sé a qué te refieres —respondió esquivando la mirada.

—Keely, no has hecho más que quejarte de él desde el día en que os conocisteis. Que yo sepa, ha sido profesional y ha hecho un gran trabajo velando por nuestros intereses. Sin embargo, pareces estar siempre enfadada con él. Dime, ¿por qué?

—Me cae mal —dijo levantando los hombros—. Es arrogante y mandón, y cree que lo sabe todo.

Parecía que se estaba describiendo a sí misma...

Joa contuvo la sonrisa, intrigada por la idea de que Keely hubiera conocido por fin a un hombre al que no pudiera tener bailando sobre la palma de su mano. ¿Qué tenía Dare Seymour que despertaba tanta furia en su hermana? Joa no podía esperar a averiguarlo.

—Invitémoslo a cenar.

—¿Qué? ¿Por qué? —dijo horrorizada. Joa se reía por dentro.

—Me gustaría darle las gracias por todo el duro trabajo que ha hecho.

—Ya se lleva un porcentaje del patrimonio de Iz como agradecimiento... —se quejó Keely.

Como Dare era uno de los abogados con más éxito de la ciudad y procedía de una famosa y rica familia de Boston, ambas sabían que no necesitaba el dinero de Iz.

—Keels...

—Prefiero que nuestra relación con él siga siendo profesional.

Entonces, ¿por qué se había sonrojado tanto con su sugerencia?

«Oh, Keely Matthews, ¿qué está pasando por tu cabeza?».

—Insisto, creo que debería venir a cenar.

Keels dejó caer la cabeza sobre la mesa y se golpeó suavemente la frente contra la superficie laminada.

—¿Por qué me odias tanto?

—No, la pregunta es: ¿por qué odias tú a Dare Seymour?

—¡No le odio! Solo me irrita... No sé por qué.

—Dime una fecha y lo organizaré todo.

Keely gimoteó de forma exagerada.

—Te odio tanto ahora mismo, hermanita...

Joa sonrió y extendió el brazo sobre la mesa para acariciarle la cabeza.

—No, no me odias, me amas.

—Soy capaz de hacer las dos cosas. Es una habilidad que he perfeccionado con el tiempo... —murmuró Keely.

Tras el ofrecimiento sorpresa de Keeley dos días antes (y después de revisar varios currículum de niñeras, encontrar problemas con todas ellas y dos días de infierno haciendo malabares con los niños), Ronan pensó que su mejor opción era volver a hablar con Joa sobre la posibilidad de que trabajara para él como niñera, aunque solo fuera de forma temporal.

Así de desesperado estaba.

A favor: tenía experiencia como niñera y estaba disponible de inmediato. Y Keely, en quien confiaba plenamente, podía dar fe de su buen carácter.

Si no se sintiera atraído por Joa, no habría dudado en intentar convencerla desde el primer segundo. Pero había algo en ella que le llamaba la atención de un modo que le asustaba y le molestaba a la vez. Sí, era hermosa, impresionante, con sus ojos claros y su piel perfecta...

Una gran desventaja era que Joa era la primera mujer que despertaba su curiosidad e interés después de Thandi, y si él fuera inteligente, que obviamente no lo era, estaría corriendo en la dirección opuesta.

Pero, como dividir su atención entre dos niños pequeños y su exigente carrera le resultaba agotador, le había enviado un mensaje de texto la noche anterior y le había preguntado si podía reunirse con él esa mañana temprano, antes del trabajo, para hablar de la propuesta de Keely.

Ella había llegado temprano a la cita y le había pillado en pantalones cortos y zapatillas de deporte. Él pensó que le daría tiempo a darse una ducha, o al menos a ponerse una camiseta antes de que ella llegara, pero no fue así.

Ronan la condujo a la zona de la cocina, que estaba abierta a su gran salón. En comparación con él, que estaba sudoroso, ella lucía fresca y femenina, y llenaba el aire con su sutil fragancia.

El deseo de enterrar la cara en su cuello, de saborear aquellos labios sensuales, era demasiado fuerte. Ronan cerró los ojos. Con la ropa de deporte que llevaba, si se excitaba demasiado, no tendría forma de ocultarlo. Miró más allá del hombro de Joa, hacia la fotografía de Thandi en su nevera, y su erección se calmó.

«Lo siento, amor. Perdóname».

Ronan se frotó la mandíbula con la mano, notando la barba incipiente. Necesitaba afeitarse, pero esa mañana ya no tenía tiempo de hacerlo.

—Lo siento, se nos ha hecho tarde.

—Ya veo —dijo Joa, colocando su bolso sobre el mostrador de granito de la isla central.

Él no pudo evitar fijarse en cómo su jersey de seda color arándano se amoldaba sobre sus increíbles pechos. Tragó saliva y empezó a recitar ecuaciones matemáticas en su cabeza intentando calmar su excitación.

—Los niños siguen arriba durmiendo. Anoche no paraban quietos, así que al final los metí en mi cama y puse una película pensando que así se dormirían. Pero no hubo suerte. Y esta mañana me quedé dormido más de la cuenta, así que hoy tenemos el día un poco descontrolado —dijo Ronan—. Y justo hoy me espera un día de locos en el trabajo...

—¿Y eso? —preguntó Joa, deslizándose sobre un taburete y cruzando una esbelta pierna sobre la otra. No pudo evitar pensar en que le gustaría sentir las alrededor de sus caderas o incluso, si ella era aventurera, alrededor de su cuello...

Ronan apartó de su mente esa idea de tenerla desnuda para él y, tratando de ocultar su inevitable erección, le dio la espalda para comprobar el agua y los granos de café de su cafetera superautomática.

—En esta época del año, todos los días son una locura. Esta noche llegaré tarde a casa. Tengo una subasta especial de objetos deportivos.

Cuando se volvió para mirarla por encima del hombro, captó un destello de irritación en sus ojos y se preguntó si ella no habría pensado que él había dado por sentado que ella le haría de canguro esa noche. No era tan arrogante como para pretender eso.

Ronan se volvió hacia ella, se agarró al mostrador que tenía detrás, y respondió a la pregunta silenciosa que vio en sus ojos:

—Finn, mi hermano menor, accedió a cuidar de los niños por mí esta noche. Por suerte, se trata de una subasta de pocas piezas, así que terminaré a las diez como muy tarde.

—Creía que solo te ocupabas de las subastas importantes.

Y así solía ser. Como director de ventas a nivel mundial y subastador jefe de la empresa, solo se ocupaba de las grandes subastas, que solían ser las más complicadas.

—Lo normal es que los subastadores júnior se ocupen de las subastas más pequeñas, pero el empleado que se encarga de los objetos deportivos tuvo una emergencia familiar. Tengo otros subastadores, pero entre el

público que va a asistir hay gente que gasta mucho y es importante que todo salga bien. Pensé que sería mejor encargarme yo.

—Me gustaría ver una subasta —admitió Joa.

Si ella asistiera, él no podría concentrarse.

—Siempre eres bienvenida —mintió—, aunque supongo que asistirás a la subasta de la colección de Isabel. Será una de las más importantes que se haya realizado en el mundo.

Joa inclinó la cabeza hacia un lado.

—Supongo que ya sabes que Sadie piensa que solo una de las tres pinturas podría ser un Homer auténtico.

Ronan asintió con la cabeza.

—Si Sadie consigue demostrar la procedencia del cuadro, y si resulta ser un Homer, será el último artículo de la subasta.

—¿Crees que es auténtico? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—No lo sé con certeza. Obviamente, por el bien de todos, me gustaría que sí lo fuera. Pero siempre intento no crear ningún tipo de esperanza con nada que pase por nuestras manos. Puedo apreciar la habilidad, la rareza y la belleza de las piezas, pero sé que en nuestra casa de subastas solo ejercemos de guardianes temporales de la obra de arte. Y me niego a malgastar mi energía preocupándome por si una obra es auténtica o no. O lo es o no lo es, yo no puedo cambiar el resultado.

En lugar de poner mala cara, enfurruñarse o parecer decepcionada por su afirmación, ella inclinó la cabeza hacia un lado y pareció reflexionar sobre sus palabras.

—Entiendo, tienes toda la razón —acabó diciéndole.

Inteligente y reflexiva. Maldita sea, su vida sería mucho más fácil si ella fuera solo otra cara bonita. Sería capaz de ignorarla con facilidad, pero guapa, sexi e inteligente era una combinación mortal.

Joa levantó la mano para jugar con la pinza que le sujetaba el pelo. Sus extraordinarios ojos se cruzaron con los de él y la electricidad surgió entre ellos.

¡No! Necesitaba acabar con esas descargas. Ya.

Sabía cómo hacerlo. Solo tenía que ser conciso y controlado. Profesional.

«Así que céntrate en el motivo de la reunión, Murphy. Necesitas una niñera, ella lo es. Convéncela de aceptar el trabajo y luego piensa en cómo ocultar tu atracción por ella».

—Necesito una niñera, estoy desesperado. Te pido que consideres trabajar a tiempo parcial para mí, sobre todo por las tardes, hasta que pueda encontrar a alguien adecuado. Y te aseguro que no pasará nada entre nosotros si trabajas para mí, Joa.

—¿Por qué crees que pensaría eso? —preguntó Joa. Su espalda se enderezó, su boca se tensó, se veía que estaba irritada.

Ronan necesitaba asegurarse de que no pasaría nada entre ellos. No importaba lo atraído que se sintiera por ella, o ella por él. Todavía estaba emocionalmente atado con Thandi.

—Mira, sé que me has estado observando, que te atraigo...

Le pareció oír un bufido, algo que tenía más de desprecio que de diversión. Pero no pudo pasar por alto el pánico en sus ojos.

—Tengo casi treinta años, soy una mujer sana que hace tiempo que no tiene sexo y tú eres un hombre guapo. Pero el mundo está lleno de chicos guapos, Murphy, y ya soy mayorcita para decidir por mí misma si quiero tomarlos o dejarlos.

Eso sí que sonaba a reto. Y Ronan nunca se había echado atrás ante un reto en su vida.

¿O estaba usando su desafío como excusa?

En cualquier caso, sabiendo que estaba cometiendo un error, e incapaz de contenerse, él se movió con rapidez hasta situarse junto a ella, tan cerca que podía ver las pequeñas chispas de luz de sus ojos, cada pestaña y la pequeña cicatriz de su labio superior. Su maravilloso aroma lo hipnotizaba, y se dio cuenta de que ella no se iría sin probarla, aunque solo fuera una vez.

Él levantó la mano y le rozó el labio inferior con el pulgar, esperando a que ella se apartara. Si lo hacía, él se alejaría.

Pero Joa le sorprendió poniendo una mano sobre su pecho y levantando la boca para alcanzar la suya.

Los labios de Ronan rozaron los suyos y la piel de ambos se erizó en respuesta. Sintió los dedos de ella clavándose en su pecho, el roce de sus uñas mientras se perdía en la suavidad de su boca. Joa suspiró, sus labios se abrieron y él deslizó la lengua en su interior, gimiendo al hacerlo. Ella

sabía a café y a bálsamo labial de fresa, a frustración y a deseo feroz. Una combinación fatal que le nublabla el pensamiento. No podía tocarla con las manos, no podía arriesgarse a perder el control.

En breve dejaría de besarla, solo un poco más...

Sin mover las manos de sus propias caderas, Ronan la besó durante un minuto, y luego otro, luchando contra el impulso de acercarla más, de averiguar lo bien que se adaptaría su cuerpo al suyo. Él era tan grande y ella tan delgada, sabía que juntos saltarían chispas, y por eso tenían que parar.

Ya. De inmediato.

Pero aún tardó otro minuto más en soltarle la boca, en dar un paso atrás.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Joa maldijo y se deslizó del taburete para ir hacia el fregadero, allí agarró un vaso limpio que había en el estante sobre su cabeza y lo llenó de agua. Bebió un largo trago de agua antes de volverse hacia él.

Ella comenzó a escanearlo con la mirada y, cuando sus ojos se ensancharon, él miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba mirando su erección.

«Oh, mierda».

Joa cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No deberíamos haber hecho eso —afirmó él.

—Sí, no ha sido una gran idea.

A él le pareció ver decepción en sus ojos, incluso un destello de dolor. Pero tenía que estar equivocado. Solo era deseo. No había conexión emocional, ni con ella ni con nadie. Tan solo se habían besado. ¿Por qué estaba haciendo una montaña de un grano de arena?

¿Tal vez porque nunca había tenido una reacción tan loca con nadie, nunca? Ni siquiera con...

No, no podía ni siquiera pensarlo. Eso sería una traición. Sacudiendo la cabeza, alejó ese pensamiento.

Necesitaba volver a encarrilar su día, y su vida.

—Eres una mujer muy sexi y sí, me atraes —confesó Ronan—, pero...

—Pero no va a suceder —terminó la frase por él, poniendo los ojos en blanco—. Claro que no. Prefiero que mis amantes estén excitados por llevarme a la cama, no enfadados y resentidos.

Vaya...

—Bueno, admitamos que hay una atracción mutua que no irá más lejos. ¿De acuerdo?

Ronan asintió con la cabeza y suplicó que la sangre volviera a su cerebro.

Ella agarró su bolso y se lo echó al hombro. Miró más allá de él y Ronan se volvió para ver lo que había captado su atención. Maldita sea, era la foto de Thandi.

Su corazón se rompió. Pedirle a Joa que fuera hasta allí había sido una mala idea, una de las peores que había tenido. Necesitaba dar marcha atrás, pero Joa se le adelantó:

—Volviendo al tema por el que he venido... —Se agarró el puente de la nariz—. Lo siento, pero no, no puedo ayudarte con tus hijos. Espero que encuentres a alguien adecuado —dijo caminando ya hacia la entrada. Luego se volvió y le mostró una sonrisa forzada—. Ah, y si no quieres despertar el deseo en tus empleadas, te sugiero que te pongas algo de ropa cuando hagas entrevistas de trabajo, Murphy. Andar por ahí semidesnudo no ayuda a mantener un buen ambiente laboral y puede dar una impresión equivocada a tus niñas.

Los tacones de sus botas resonaron en el suelo de mármol del vestíbulo y luego se oyó cómo se abría y se cerraba la puerta principal. Entonces, Ronan se desplomó sobre el taburete más cercano. Esa mujer tenía una manera muy contundente de expresarse. Otra cosa más que le gustaba de ella.

Maldición.

## *Capítulo Cuatro*

**L**legó tarde...

Otra vez.

Ronan salió del ascensor, miró el reloj e hizo una mueca. Gracias a que la profesora de Sam quería hablar con él esa mañana (al parecer, le tocaba llevar a clase magdalenas sin gluten y sin frutos secos el viernes), llegaba diez minutos tarde a la reunión semanal de la dirección de Murphy.

Eli salió de su despacho y le tendió a Ronan su taza favorita. Él la rodeó con los dedos y bebió un buen sorbo de café antes de dejar su abrigo y su maletín de cuero en los brazos de su ayudante.

—Sabes que odio pedirte que hagas cosas personales por mí, pero, por favor, ¿podrías encargarte de magdalenas, sin gluten, lácteos, ni frutos secos, para que las entreguen en el colegio de Sam el viernes?

Eli arrugó la nariz.

—¿Qué sentido tiene comer magdalenas si no llevan nada rico?

—Supongo que intentan evitar que un niño sea trasladado al hospital en estado de shock anafiláctico.

—No te preocupes, me encargaré de ello.

Ronan sonrió y bebió otro sorbo de café. Suspiró e hizo un gesto a Eli para que caminara con él.

—¿Hay algo que necesite saber antes de entrar en la reunión?

—Sí. Como bien sabes, la oficina de Pekín está organizando una subasta de cerámica china.

Ronan asintió. En los últimos veinte años, los ciudadanos chinos ricos se habían propuesto devolver a su país todo el arte y objetos chinos que les fuera posible. El coleccionista francés que había decidido liquidar

su extensa colección de cerámica y jade asiáticos a través de Murphy International esperaba recibir una suma multimillonaria por sus piezas.

—Bueno, pues han tenido que llevar al jefe de subastas al hospital porque se le ha reventado el apéndice. Está en la UCI.

Ronan hizo una mueca de sorpresa. Le caía bien Wu, era empleado de la oficina de Pekín desde hacía mucho tiempo.

—¿Se va a poner bien?

—Sí, dicen que sí. Pero Mei Lien no está muy convencida de que Chen esté capacitado para dirigir la subasta.

Ronan tampoco lo estaba. El joven Chen era aprendiz de Wu, pero le quedaba mucho camino por recorrer. No tenía la experiencia para dirigir una subasta de tal prestigio e importancia.

—Quiere que tú dirijas la subasta —le comunicó Eli cuando llegaron a la sala de conferencias. Él miró a través de las puertas de cristal y vio que la reunión ya había comenzado. Su hermano Carrick estaba de pie en la cabecera de la mesa, con las manos sobre el respaldo de la silla. Ronan hizo una mueca, recordando que le tocaba a él presidir la reunión. Aunque Carrick era, técnicamente, el director general, él y sus dos hermanos dirigían la empresa juntos.

Antes de entrar, se volvió hacia Eli y dijo:

—Dile a Mei Lien que la llamaré en cuanto salga de la reunión.

Ella asintió y le abrió la puerta. Él entró en la habitación y saludó con la cabeza a Carrick, que se apartó de la silla de inmediato para cederle el puesto. Se sentó y agradeció en silencio a Eli todas las anotaciones que le había dejado en la agenda que yacía sobre la mesa frente a él.

—Siento llegar tarde.

—¿Problemas? Eli parecía un poco agotada —preguntó su hermano pequeño Finn.

Ronan echó un vistazo al orden del día y decidió que había que dar prioridad a su problema de Pekín. Se agarró el puente de la nariz tratando de contener su dolor de cabeza y después les explicó que tenía que ir a China esa misma noche.

—Ordenaré que preparen el avión de la empresa —dijo Carrick, tan decidido como siempre.

Odiaba hablar de su vida personal en la oficina, pero esa vez no tenía elección al respecto.

—Sigo sin tener a alguien que cuide de los niños —admitió con frustración—. Los padres de Thandi siguen en su crucero de tres meses por el Caribe y aún no he encontrado una nueva niñera.

—Me los quedaría sin pensarlo, Ro, pero me voy a Londres por la mañana —dijo Carrick.

Entonces miró a Finn, pero él negó con la cabeza al instante.

—Y yo tengo que ir con Carrick, Ro. Hay una colección que tenemos que ver los dos personalmente.

Se desesperó. Confiaba en que alguno de sus hermanos pudiera quedarse con Aron y Sam. Además, a sus hijos les encantaba pasar tiempo con sus tíos. La disciplina era mínima, se olvidaban de la hora de acostarse y abundaba la comida basura y los videojuegos.

—Iremos a ver la colección y luego cenaremos con el cliente. Bhea nos acompañará —explicó Carrick. Y Finn, como siempre, se estremeció al oír el nombre de su exmujer. Ronan no tenía ni idea de por qué se habían divorciado.

Carrick intercambió una mirada con Marsha, su asistente personal, que estaba sentada a su izquierda, tomando notas.

—¿Puedes ponerte en contacto con Cummings y preguntarle si podemos posponer la visita a su colección?

Paris Cummings era uno de los coleccionistas más reacios y esquivos del mundo. Nunca permitía a nadie ver su colección y solo vendía piezas de su enorme colección de arte cuando no le quedaba más remedio. O cuando necesitaba dinero para comprar una obra de arte mayor o más rara.

—¿Cummings? ¿Tienes cita para verle? —preguntó Ronan, sorprendido—. ¿Por qué no me he enterado antes?

—Conozco a Paris desde hace mucho tiempo —dijo Carrick—. Recuerdo que papá me lo presentó cuando aún estaba en el instituto. Se puso en contacto conmigo directamente e involucré a Finn. Te escribí un correo al respecto.

Ronan ni siquiera había tenido tiempo de abrir su portátil.

—Ha oído hablar del Vermeer que forma parte de la colección Mouton-Matthews y está dispuesto a vender algunas de sus piezas

menores para poder pujar por él —continuó Finn—. Quiere que evalúe su colección.

Que le confiaran la venta de algunas de las obras de arte de Cummings era una gran oportunidad y Ronan sabía lo caprichoso que podía llegar a ser aquel hombre. Si creía que Murphy's no le prestaba suficiente atención, se negaría a reunirse con ellos, llamaría a Christie's o a Bonhams y vendería sus obras a través de ellos.

Que faltaran a la cita no era una opción.

—Pensaré en un plan para los niños. Quizá me los lleve a China conmigo —dijo medio en broma.

—Seguirías necesitando a alguien que los cuidara mientras trabajas —señaló Marsha.

—Cierto. —Ronan notó la ansiedad de sus hermanos por no poder ayudarlo y les mostró a todos una sonrisa tranquilizadora—. Tal vez Keely pueda ayudarme.

—O Joa. Es niñera y tiene experiencia cuidando niños —sugirió Finn. Se echó hacia atrás y juntó las puntas de los dedos—. ¿No sugirió Keely que Joa fuera tu niñera temporal?

—Sí, pero no nos convenía a ninguno de los dos. Ella no está buscando trabajo ahora...

Y no quería a nadie a su alrededor, y menos en su casa, que le hiciera sentir incómodo y tenso. Sobre todo sexualmente...

Lo último que necesitaba era pasarse el día deseando a la niñera de sus hijos.

—Odio que un extraño los cuide, pero si tengo que hacerlo, llamaré a una agencia y pediré otra niñera.

Carrick señaló la pila de papeles que tenía delante.

—¿Por qué no seguimos nosotros con la reunión y tú vuelves a tu despacho y te encargas de organizar lo de los niños? Puedo quedármelos esta noche, pero mañana no.

—Yo igual —informó Finn.

Ronan se levantó despacio y asintió con la cabeza, mostrando un honesto agradecimiento a sus hermanos. Aquellos dos hombres le cubrían siempre las espaldas, eran los dos pilares que lo sostenían desde la muerte de Thandi. No habría podido pasar los tres últimos años sin su apoyo

constante. Quería expresarles su gratitud con palabras, pero no era el momento ni el lugar y además le resultaba muy difícil verbalizar lo que sentía.

Tal vez, algún día, se atrevería a hacerlo.

Después de que Keely le dijera que no podía quedarse con los niños porque estaba fuera de la ciudad, Ronan supo que Joa era su última oportunidad antes de contratar a una canguro de una agencia, algo que no quería hacer. Sabía que la niñera sería profesional y que tendría buenas recomendaciones, pero odiaba la idea de dejar a sus hijos con desconocidos.

Dejarlos con Joa (la mujer en la que no había podido dejar de pensar desde que la había visto por primera vez) seguía siendo mejor opción que dejarlos con alguien a quien no conocía de nada.

Ronan subió corriendo los escalones de piedra hasta la puerta principal de Mouton House. Mientras esperaba a que Joa respondiera al timbre y echaba un vistazo a la casa, se preguntó qué pensarían hacer Keely y Joa con aquella enorme mansión. Otras propiedades como esa habían sido divididas en apartamentos y supuso que esa sería una buena opción. La casa era demasiado grande para una familia de hoy en día. Ronan miró el reloj, pulsó el pie con impaciencia de nuevo y se balanceó sobre los talones. Al no obtener respuesta tras estar esperando cinco minutos, volvió a llamar a Keely.

—Ella no está en casa —le dijo Ronan—. ¿Alguna idea de dónde podría encontrarla?

—Sí está. Puede que esté haciendo yoga en el salón de baile y se haya desconectado de todo. A veces le grito y no responde. Hay un teclado a la izquierda de la puerta, ¿lo ves? —dijo Keely.

Los ojos de Ronan se posaron en la puerta y vio el discreto panel.

—¿Sí?

Keely le dio el código.

—El salón de baile está al final del pasillo, hacia la parte trasera de la casa. Ve a buscarla.

Ronan le dio las gracias, marcó el código y empujó la pesada puerta.

Ya en el vestíbulo, aspiró el olor a flores frescas y contempló las enormes paredes con cuadrados y rectángulos descoloridos donde hasta

hacía un par de meses lucían obras de arte colgadas. Esos cuadros estaban ahora en las cámaras acorazadas de Murphy International.

Comenzó a recorrer los largos pasillos, asomándose a las habitaciones al pasar junto a las puertas abiertas. A medida que se adentraba en la casa, el débil sonido de la música cada vez se hacía más intenso. Se estaba acercando. La música no era lo que él esperaba de una sesión de yoga; era rock duro, con largos riffs de guitarra interrumpidos de vez en cuando por una voz profunda.

Era música fuerte, dura y... sexy. El tipo de música que antes le encantaba y que ya no escuchaba.

Ronan vio la puerta entreabierta y la empujó con el pie, con el corazón golpeándole las costillas al ver que Joa apoyaba una mano en el suelo y extendía una pierna hacia arriba. Dios, esas piernas...

Sabía que eran bien torneadas, pero la licra se ceñía, marcándolas como una segunda piel. Joa, que aún no se había percatado de su presencia, bajó la pierna y adoptó otra postura. Manteniendo las manos en el suelo, metió las rodillas detrás de los codos y, sin ningún esfuerzo, se balanceó solo sobre las manos. Luego movió las rodillas dobladas hacia un lado y mantuvo la postura.

Y él que pensaba que tenía unos músculos fuertes...

—Pose de grulla.

Ronan, fascinado por la forma en que ella movía el cuerpo, tardó un momento en darse cuenta de que ella había hablado. Parpadeó una vez, luego dos.

Lanzó una mirada incómoda hacia el pasillo, pensando que debía dar alguna explicación de por qué estaba en su casa.

—Keely me dio el código. Me dijo que estabas aquí.

Joa subió una pierna hasta el pecho y dejó que la otra se extendiera detrás de ella.

—¿Cómo demonios puedes hacer eso? —preguntó Ronan negando con la cabeza, incrédulo, y entrando en la habitación.

Joa levantó la cabeza para mirarle.

—Solo es cuestión de práctica.

Dejando caer las piernas al suelo, soltó los brazos para estirarse en una de las pocas posturas de yoga que él podía nombrar.

—Esa es la postura del niño.

—Muy bien. ¿También haces yoga?

—No. —Thandi lo había hecho durante unos meses entre sus embarazos, pero nunca había ido más allá de las posturas básicas.

—Pues es genial para aliviar el estrés.

Pero su atuendo no lo era. Sus pantalones tenían partes transparentes en los muslos y las pantorrillas, y su top a juego, que terminaba justo debajo de sus pechos y mostraba un vientre plano y tonificado, tenía también una transparencia justo en la zona en que se unían sus pechos.

Se había recogido el pelo y no llevaba maquillaje. No lo necesitaba.

Dios, era preciosa.

Joa caminó con los pies descalzos a través de la gran habitación para agarrar su teléfono de la pequeña mesa que había en un rincón. Tocó la pantalla, la música se detuvo y el silencio se hizo entre ellos.

Después agarró una botella de agua y caminó hacia él clavándole la mirada mientras bebía.

—¿Por qué estás aquí, Ronan?

No lo recordaba. Solo podía pensar en pegar su boca a la de ella y deslizar la licra por sus caderas y el top por sus pechos, mostrando toda aquella piel a sus ojos. Consciente de que los pantalones le apretaban y de que le faltaba el aire, le quitó la botella de agua de las manos y bebió un sorbo largo y revitalizante.

El agua fría no le ayudó en absoluto. Seguía deseándola.

Mierda. Maldición. Demonios.

—¿Ronan?

Él le devolvió la botella y se frotó la cara, deseando poder disipar la imagen de aquellas piernas largas, fuertes y flexibles rodeándole las caderas.

—Dame un minuto —dijo él levantando una mano.

—¿Estás bien?

Él sacudió la cabeza. No, se estaba ahogando bajo un maremoto de lujuria, buscando aire mientras el deseo lo inundaba. Hacía años que no se sentía así, si es que alguna vez se había sentido así. Había amado a Thandi con todo su ser, pero nunca había sentido una lujuria tan instantánea y

desgarradora. Nunca, ni siquiera con la esposa a la que seguía amando y llorando cada día.

La esposa que ya no estaba...

Apartó también esos pensamientos y centró su atención en el motivo por el que había ido hasta allí.

—Necesito un favor —murmuró él, notando que su voz sonaba áspera. ¿Por deseo o irritación? ¿O una combinación de ambas?

Joa no dijo nada, se limitó a arquear las cejas.

Maldita sea, odiaba tener que pedirle ayuda, pero estaba en un aprieto.

—Necesito a alguien que cuide a los niños, esta noche y la de mañana.

—¿Por qué me pides a mí que cuide de tus hijos?

—Mis hermanos se van a Londres para reunirse con un coleccionista cascarrabias, y Tanna, mi hermana, también ha vuelto al Reino Unido. Aún no he encontrado otra niñera y Keely está...

—Fuera de la ciudad.

Ronan metió los puños apretados en los bolsillos de sus chinos color beis.

—Sí. Estoy en un apuro. Podría contratar a una niñera, pero no me gusta que haya extraños con mis hijos, en mi casa.

—¿Y por qué no puedes quedarte con ellos?

—Tengo que ir China. Necesito encargarme de una subasta en Pekín.

—Cerámica china y una increíble colección de jade tallado.

Fue el turno de Ronan de alzar las cejas.

—¿Y cómo lo sabes?

—He echado un vistazo a vuestra página web —dijo ruborizada.

—Mi subastador principal está en el hospital y el jefe de la oficina de Pekín no confía en su aprendiz.

Joa inclinó la cabeza hacia un lado al tiempo que apoyaba el pie derecho en la cara interna del muslo izquierdo. La extraña pose no le restaba belleza.

—Un momento, ¿intentas decirme que quieren que dirijas tú la subasta? Ronan asintió.

—Necesitarás un intérprete.

—No, me las arreglaré, hablo un mandarín casi fluido.

—¿En serio? —dijo ella sorprendida.

—Mi madrastra insistió en que aprendiéramos otro idioma. Mi hermano Finn aprendió un montón, a él se le dan bien. Creo que domina seis o siete, y es capaz de conversar en tres o cuatro más —explicó él—. Yo elegí el mandarín porque era muy difícil y pensé que Raeni me dejaría abandonarlo si en unas semanas no avanzaba nada.

—Pero ella no te dejó —dijo ella con un brillo de diversión en los ojos.

—Y al final no se me dio tan mal como pensaba. Luego pasé un año en la oficina de Pekín cuando salí de la universidad. —Ronan se encogió de hombros, pensando que se habían desviado del tema—. Voy a dirigir la subasta, pero necesito a alguien que se quede con mis hijos.

—¿Yo?

—Si estás dispuesta.

—¿Y si digo que no?

Ronan se frotó la nuca, se sentía desesperado, pero no iba a suplicar.

—Mira, si no te va bien, llamaré a una agencia y pediré un canguro de urgencia. No es algo que quiera hacer, pero me he quedado sin opciones. Esa subasta será una de las mayores del año y se espera que asistan muchos multimillonarios chinos y asiáticos influyentes. Si lo dejo en manos de un empleado sin experiencia les ofendería y nuestros clientes pensarían que no son lo bastante importantes como para contar con un subastador decente. Sería un desaire del que Murphy International podría no recuperarse jamás.

—¿Dos noches? —preguntó Joa, golpeando la botella vacía contra su muslo.

—Esta noche y la de mañana —dijo Ronan, sin perder aún la esperanza de que aceptara.

El pecho de Joa subía y bajaba en un movimiento que indicaba agitación. O resignación. Lo que fuera, no le importaba, siempre y cuando obtuviera un sí.

—De acuerdo. Lo haré.

Ronan sintió que se le revolvía el estómago y que sus pulmones soltaban de golpe el aire que había estado reteniendo.

—¡Gracias!

—Pero solo dos noches, Murphy. Ya no me dedico a hacer ese tipo de trabajo. Estoy tratando de encontrar una nueva dirección a mi vida, un nuevo camino profesional.

No le importaba lo que ella hiciera con el resto de su vida, solo la necesitaba durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Después ya pensaría cómo solucionaría el problema de la niñera.

—Te lo agradezco mucho. —Él torció la muñeca, miró su reloj e hizo un gesto hacia la puerta—. ¿Podrías venir conmigo ahora? Tengo que enseñarte la casa, luego tenemos que recoger a los niños del colegio y presentarte al personal que trabaja allí para que te dejen ir a buscarlos mañana.

Joa señaló sus pies descalzos y su escasa ropa.

—¿Puedo ducharme y cambiarme primero? Y también debería prepara una maleta con algo de ropa.

Él tenía miedo a perderla de vista por si cambiaba de opinión.

—Vale, tienes razón. Esperaré... —Miró alrededor de la habitación vacía y levantó las manos—. Pero ¿dónde?

—En la cocina —respondió ella caminando ya hacia la puerta—. Hazte un café y sírvete lo que quieras. O quizás deberías tomarte una infusión de tila. Pareces un poco estresado.

No tenía ni idea de cuanto...

## *Capítulo Cinco*

**J**oa se encontraba en el gran salón de la casa de Ronan. Rodeando el cuerpo con los brazos, giró de forma lenta observando la enorme habitación. Se le hizo un nudo en la garganta al ver la imagen de la esposa de Ronan en un marco colocado sobre la polvorienta superficie del piano Steinway. En la fotografía aparecía abrazando a su hijo pequeño (¿Sam?), y su enorme barriga indicaba que estaba a punto de dar a luz a otro niño. Sonreía con ternura y sus ojos destilaban felicidad.

Esa seguía siendo su casa, en muchos sentidos. Había un enorme retrato de ella que llamaba la atención al entrar en el vestíbulo. Una fotografía de boda sobre la mesa del recibidor. Una bufanda de Hermes, rosa y gris, colgaba del perchero, así como un sombrero de fieltro gris adornado con flores escarlata.

Daba la sensación de que Thandi había salido a hacer un recado, o que estaba en la planta de arriba, pero no que hubiese fallecido.

Aunque también había muchos rastros de Ronan y, por supuesto, señales por todas partes de que allí vivían niños.

Había ropa y juguetes desperdigados por todas partes. La casa era un caos. Sin embargo, ella seguía prefiriendo ese caos entrañable al orden solitario de su vida.

Se giró al oír unos pasos y se quedó sin aliento cuando Ronan entró en la habitación, tirando de una pequeña maleta con una bolsa de ordenador portátil encima. Se había puesto un traje gris claro, con una camisa verde menta pálido debajo de la chaqueta de diseño.

Entrando en la sala, él miró su reloj e hizo una mueca.

—Tenemos mucho de qué hablar y muy poco tiempo.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de disgustados van a estar tus hijos teniendo a una extraña cuidando de ellos?

Él se frotó la nuca con cara de preocupación.

—Espero que se lo tomen bien. Sam es un niño bastante maduro, pero Aron podría ponerse un poco llorón en algún momento...

Ronan cruzó la habitación hasta la nevera de doble puerta y sacó una botella de agua.

—¿Con o sin gas?

—Con gas. —Joa se acercó a la cocina y se deslizó en un taburete de la isla sin dejar de perder detalle de cada movimiento que hacía aquel hombre. Se sentía tan atraída por él. ¿Qué mujer no lo estaría? Por suerte, solo iba a ser su niñera durante dos noches; más sería imposible.

Solo estaba ayudando a Ronan en un apuro, saldría de su vida en cuarenta y ocho horas, y entonces él solo sería un recuerdo. No importaba que se sintiera atraída por él y que besara tan bien; no iba a permitirse ni la más mínima fantasía a su alrededor.

Ella ahora solo se permitía vivir en la realidad ahora.

Él agarró una botella de agua y vertió el líquido en un vaso antes de empujarlo por la superficie de granito en su dirección.

—Tenemos que salir dentro de quince minutos, así que aprovechemos para repasar las normas básicas.

—Me parece bien.

Ella escuchó con atención sus indicaciones. Hasta ahí todo bastante normal. Pero entonces Ronan señaló una luz redonda en el techo.

—Tengo cámaras por todas partes para poder ver lo que pasa. Todo el tiempo.

—Define en todas partes —dijo ella entrecerrando los ojos—. ¿También en mi dormitorio y en mi baño? —Y eso le recordó—: Por cierto, ¿dónde voy a dormir?

—Los chicos comparten habitación en el piso de arriba, junto a la mía. Pero la habitación de invitados está un piso más abajo. La niñera suele quedarse allí.

—Pero desde allí no los escucharé si hay algún problema.

Ronan dio un largo sorbo a su agua.

—Hay un iPad junto a tu cama. Enciéndelo y podrás ver y oír lo que están haciendo. Si los chicos están arriba y tú abajo, puedes llevar el iPad y echarles un vistazo.

Práctico en un lugar tan grande como ese, pero todavía no había respondido a su pregunta.

—¿Mi cama y mi baño tienen cámaras?

—No, claro que no. —Ronan recogió los vasos y los dejó en el fregadero—. Tenemos que irnos.

Joa se dio cuenta de lo difícil que le resultaba separarse de sus hijos y dejarlos con ella. Sí, Keely le había asegurado que podía confiar y sabía que tenía mucha experiencia como niñera, pero seguía siendo una extraña y él no solo se iba de la ciudad, sino que iba a atravesar medio mundo. Si algo salía mal, estaría a casi once mil kilómetros de distancia.

Le vio dudar y supo que estaba planteándose suspender el viaje (podía verlo en su cara), se acercó a él y le puso una mano en el antebrazo.

—Estarán bien, Ronan, te lo prometo.

Ronan le dirigió una mirada entre incrédula y confiada.

—No puedes prometerlo.

—Bien, te entiendo. ¿Qué te parece esto? Haré todo lo que esté en mi poder para mantener a tus hijos a salvo. Todo lo que pueda.

La miró fijamente durante un largo rato, hasta que por fin relajó los hombros y le ofreció una pequeña sonrisa.

—Estoy exagerando, ¿no?

Oh, esa sonrisa era demasiado encantadora y sexi. Joa también sonrió.

—Un poco. Pero eres su padre, es comprensible.

—Lo siento, es que a veces tengo tanto miedo de que... —Se detuvo de forma abrupta y sacudió la cabeza, como si estuviera irritado consigo mismo—. Olvídalo. Será mejor que nos vayamos.

Él le agarró la mano, entrelazando sus dedos con los de ella, mientras con la otra agarraba la maleta y comenzaba a caminar hacia la puerta principal. Ella se quedó sorprendida y un cosquilleo comenzó a subir por su brazo.

En el pasillo, Ronan se detuvo ante la puerta principal y miró sus manos enlazadas. Luego se soltó y sonrió algo incómodo.

—Lo siento, la fuerza de la costumbre. Siempre voy agarrando la mano de uno de los niños.

Joa se sintió un poco decepcionada. Mientras ella pensaba en él como un hombre sexi, él la trataba como a una niña.

Se cruzó de brazos y esperó a que él abriera la puerta.

—No soy una niña, Murphy. —No pudo evitar el comentario, necesitaba que él la viera como una mujer.

Saliendo al frío de la calle, propio de un día de finales de enero, Ronan cerró la puerta tras de sí y le dirigió una mirada inescrutable.

—Créeme, me he dado cuenta.

¿Y qué significaba eso?, se preguntó Joa mientras la conducía hasta su Land Rover blanco aparcado en la entrada.

En su segunda noche como niñera, Joa se preparó un plato de nachos y se sirvió una copa de vino tinto. Estaba a punto de sentarse para ver un capítulo de Downton Abbey cuando oyó el timbre de la puerta.

Tomando un largo trago de vino (y esperando que el estridente timbre no despertara a Aron, al que tuvo que leer tres cuentos para que por fin se durmiera), dejó los nachos sobre la mesita y se dirigió al vestíbulo.

Con pantalones de yoga, una sudadera holgada y calcetines gruesos, no estaba vestida para recibir visitas. Por otra parte, tampoco las esperaba, y cualquiera que llegara a una casa tan tarde sin avisar con antelación era un maleducado.

Miró el iPad, hizo clic en la pantalla que mostraba la vista de la puerta principal y vio a Keely de pie en la escalinata, acompañada de un hombre alto con complexión de leñador, de espaldas a la cámara. ¿Qué hacía Keely allí a esas horas de la noche?

Fue corriendo hacia el vestíbulo y al abrir la puerta un frío helador la golpeó. Estaba nevando.

Alargó la mano y agarró a Keely del brazo, tirando de ella hacia el pasillo. El leñador vestido de Armani la siguió al interior. Ya en el luminoso vestíbulo, Joa reconoció al hombre. Era Dare Seymour, el abogado al que aún no habían invitado a Mounton House para una cena informal.

—Hola, Dare. Keeley. ¿Qué hacéis aquí? —preguntó Joa, cerrando la puerta de entrada.

Keely se desenrolló la bufanda del cuello y se quitó el abrigo encogiéndose de hombros. Dare hizo lo mismo y colgó las prendas de ambos junto a la puerta.

—Hola, Joa. Sentimos molestarle —dijo Dare, deslizando sus manos en los bolsillos de sus pantalones de traje—. Le dije a Killer que esto podía esperar hasta mañana, pero ella insistió en zanjar el asunto ahora.

¿Qué asunto? ¿Y Dare acababa de llamar Killer, «asesina» en inglés, a Keely?

—No me llames así —le pidió Keely, irritada.

—¿Por qué la llamas así? —preguntó Joa, mientras los conducía a la gran sala y les indicaba que tomaran asiento.

Dare esperó a que Keely se sentara antes de tomar asiento a su lado en el sofá, estirando sus piernas largas y musculosas. Aquel hombre debía de medir más de un metro noventa y ocupaba muchísimo espacio. Con su pelo rubio oscuro y sus rasgos masculinos, parecía Thor.

—La llamo así porque me recuerda a uno de esos perros jack russell que se creen mucho más grandes y feroces de lo que son en realidad.

Oh, Dios, Joa no debería reírse, pero no pudo contenerse.

Cuando su hermana le lanzó una fulminante mirada de «estás muerta», Joa hizo una mueca de disculpa y se encogió de hombros. Y aunque seguía pensando que Dare había dado en el clavo.

—¿Puedo ofreceros algo de beber? Acabo de abrir una botella de merlot.

—No, gracias. Yo no puedo quedarme mucho tiempo —dijo Dare, sacudiendo la cabeza.

—¿Tienes una cita con una mujer? —preguntó Keely, con voz impostada y sarcástica.

—La verdad es que sí —respondió Dare.

Keely abrió la boca para decir algo, pero se sonrojó y optó por callarse. Desvió la mirada de él y se quedó mirando a través de las ventanas el patio trasero de Ronan, donde la nieve se acumulaba en las ramas de los árboles.

Dare se quedó mirando el perfil de Keely, con exasperación en el rostro.

Entonces, Joa se sentó en la silla frente a ellos y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—¿Qué pasa? ¿A qué habéis venido?

Dare apoyó el brazo en el sofá, detrás de la cabeza de Keely. Joa notó que su hermana se ponía rígida y luego se relajaba un poco, como si no pudiera evitar que la parte posterior de su cabeza rozara su muñeca.

Joa tenía la sensación de que, si se levantaba y se iba en ese momento, entre esos dos podría haber algo tipo: «No me gustas, pero te voy a dar un beso».

—Recibí una carta de un director de cine esta tarde. Llegaré a Boston a finales de esta semana para empezar a rodar una película de terror de principios de siglo —dijo Dare.

Joa arrugó la nariz. Le gustaban las películas de acción con héroes sexis, pero las de terror le producían pesadillas. ¿Y qué tenía que ver todo eso con ella?

—Isabel le alquiló Mouton House poco antes de morir —continuó él—. Le pagó una extraordinaria cantidad de dinero por alquilar la mansión y su mobiliario para la película. Según la correspondencia entre él e Isabel que me ha remitido esta tarde, ella pensaba pasar los próximos tres meses en su villa del sur de Francia.

Había olvidado que ella y Keely tenían una villa francesa.

—¿Y ese acuerdo es vinculante?

Dare asintió con la cabeza.

—Vi el contrato. Ella aceptó su dinero y además todo el equipo de rodaje ya está en la ciudad. Si no estáis de acuerdo, os puede demandar por el dinero que ha pagado, por incumplimiento de contrato y por lucro cesante.

—Eso es absurdo —murmuró Keely.

—No digo que vaya a ganar si lo hace, solo digo que podría poner una demanda. Y eso atraería la atención de la prensa, ya que es muy conocido e influyente...

—¿Como director de películas de terror? —se burló Keely.

Dare la ignoró y continuó hablando:

—Lo que quiero decir es que no os conviene tener mala prensa de cara a la subasta.

Joa miró a Keely, que seguía mirando por la ventana, con expresión obstinada. Sabía que su hermana odiaba la idea de tener a gente extraña en su casa.

—No te entusiasma la idea, ¿verdad, Keels?

—No —dijo su hermana girándose para mirarla—. Detesto la idea de que haya gente en casa tocando nuestras cosas. Aunque los objetos más preciados se han trasladado al almacén de Murphy International, todavía hay algunos muy valiosos allí. Y si alguien robara algo, ni siquiera nos daríamos cuenta porque hay montones de cosas.

—Tenemos un inventario, y Derek ha accedido a contratar seguridad y a poner sistemas de alarma para evitar cualquier robo o daño —trató de convencerla Dare—. Lo revisaré todo personalmente y, si veo que no es suficiente, insistiré en que amplíen la seguridad.

—No pueden garantizar que no robarán ni dañarán nada, ¿verdad? —preguntó Keely con preocupación.

—No hay garantías en la vida, Keely —respondió él, negando con la cabeza. Luego se quedó pensando un momento—. Quizá deberíamos contratar a una empresa de seguridad adicional de mi confianza y pasarle el coste a la productora.

—Es una buena idea, Dare, gracias —dijo Joa. Después miró a Keely, recordándole en silencio que utilizara sus modales.

Su hermana arrugó la nariz y sus siguientes palabras sonaron como si las hubiera tenido que sacar de debajo de una roca de cincuenta toneladas:

—Buena idea.

—Las tengo de vez en cuando —respondió Dare con tono seco. Luego volvió a centrar su atención en Joa—. Otra cosa... La mayor parte de su rodaje tendrá lugar de noche porque es una película de terror. Eso significa que ambas tendréis que mudaros.

Eso no le gustaba tanto.

Keely se arrimó al borde del asiento y apoyó los codos en las rodillas.

—Yo estaré en Florida durante una temporada larga, voy a trabajar con una escuela de necesidades especiales de allí, así que yo ya me iba a ir de todos modos. Pero tú sí tendrías que mudarte a otro sitio, Joa.

Maldita sea. Ya se había acostumbrado a su enorme cama con dosel, a hacer yoga en el salón de baile, a sentarse en la biblioteca de Iz entre sus libros...

—¿De verdad tengo que irme? ¿No puedo quedarme sin estorbar?

Dare negó con la cabeza.

—Isabel les había prometido una casa vacía y eso es lo que tendréis que darles.

Joa maldijo en voz baja.

—¿Y cuándo tengo que irme?

—A mediados de la semana que viene —dijo Dare, extendiendo las manos en un gesto de disculpa. Se levantó y las miró desde su gran altura—: Entonces, ¿estáis de acuerdo en alquilar la casa?

Joa levantó las cejas.

—¿Es que tenemos elección?

—Siempre hay elección —respondió el abogado.

—Bueno..., supongo que tenemos que cumplir el acuerdo de Isabel con él. ¿Adónde irás, Joa? —preguntó Keely con cara de preocupación.

Joa tenía una cuenta bancaria saneada y podía permitirse alquilar un apartamento o mudarse a un hotel durante unos meses.

—Estaré bien, Keels, no te preocupes. Y estoy de acuerdo, creo que deberíamos cumplir el contrato que Iz firmó, aunque no nos guste.

—De acuerdo. Pero no estoy nada contenta —murmuró su hermana.

Dare miró su reloj y puso mala cara.

—Vamos, Killer, estoy cansado. Quiero tomarme una copa y comer algo.

—Y reunirse con tu cita —añadió Keely con tono serio.

—Exacto —confirmó él, con tono alegre.

La confusión y el fastidio se reflejaron en el rostro de Keely. Joa sospechaba que a su hermana podía no gustarle Dare Seymour, pero tampoco le agradaba la idea de que saliera con otra persona.

Pero por mucha curiosidad que le despertara esa extraña vibración entre Keely y el abogado, Joa necesitaba pensar en dónde iba a vivir durante los próximos tres meses.

Oyó un golpe procedente del vestíbulo y frunció el ceño. Se levantó de un salto y corrió por la habitación, Dare también reaccionó rápido y llegó antes que ella al vestíbulo. Agradeció no estar sola. ¿Había cerrado la puerta principal cuando ellos entraron? ¿Quién estaba en la casa?

Tenía dos niños pequeños arriba y tenía que asegurarse de que estaban bien.

Joa esquivó a Dare para llegar a la escalera y se detuvo al ver a Ronan de pie, dejando caer sus llaves sobre una mesa.

Parpadeó, sacudió la cabeza y volvió a parpadear. Pero si él tenía que volver por la mañana...

Joa se llevó la mano al corazón del susto y se cruzaron las miradas. Ronan llevaba unos chinos negros y un jersey oscuro bajo el abrigo. Estaba guapísimo.

«Vamos, Joa, deja de mirarlo así, como si fuera un helado de caramelo salado que no puedes esperar a probar. Di algo, maldita sea».

—Eeh... Hola... Has vuelto pronto a casa.

—Sí. Se retiraron algunos lotes de la venta, así que la subasta terminó antes de lo que esperaba.

Ronan miró a Keely y a Dare, con evidente curiosidad por saber por qué estaban en su casa tan tarde. Tras colgar su abrigo en el perchero, se subió las mangas del jersey por los brazos, estrechó la mano de Dare y dejó caer un beso sobre la mejilla de Keely.

Joa se balanceó sobre sus pies y se preguntó si a ella también la besaría. Quería que lo hiciera, pero al mismo tiempo no quería...

En realidad, deseaba tanto volver a tener sus labios en los suyos, su lengua en su boca...

—Joa. ¿Va todo bien? ¿Están dormidos los niños?

Ella se aclaró la garganta y trató de ser la adulta que se suponía que era:

—Todo bien, y sí, están profundamente dormidos.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó Ronan.

A pesar de haberse mentalizado para lo contrario, todo había ido muy bien. Los niños la habían aceptado desde el primer momento.

Ronan se pasó la mano por el pelo.

—Voy a ver cómo están mis hijos y luego podemos tomar algo todos.

Dare negó con la cabeza.

—Keely y yo ya nos íbamos, Ronan. Solo hemos venido para avisar a Joa de un cambio de última hora.

—¿Algún problema? —preguntó Ronan con preocupación.

Joa negó con la cabeza.

—No, nada importante. —Se acercó al perchero y agarró el abrigo de Keely para luego colocarlo sobre los brazos de su hermana—. ¿Cuándo te vas a Florida? —le preguntó, sin perder de vista la espalda de Ronan mientras subía corriendo las escaleras.

—Dentro de un par de días —informó Keely—. Pero estaré yendo y viniendo durante los próximos meses. Ya lo hablaremos mañana.

—Claro —respondió Joa. Luego dirigió la mirada hacia Dare—. Gracias por venir, Dare. Cuando Keely regrese de Florida, deberías venir a cenar a casa.

—Me gustaría, gracias. —Dare se inclinó para besarle la mejilla. Manteniendo su cabeza cerca de la de ella, bajó la voz, pero no lo suficiente como para evitar que sus palabras llegaran a Keely—. Pero, por favor, ¿podrías cocinar tú? Me aterroriza que Killer ponga algo en mi comida...

—Desde luego, ganas no me faltarían —dijo Keely, colocándose los guantes—. Sobre todo si sigues llamándome así.

Cuando ellos se fueron, Joa se quedó mirando la maleta y la bolsa del portátil de Ronan y luego echó una mirada rápida hacia las escaleras. Él ya estaba en casa, así que ella debía regresar a Mouton House.

Él no tardó en aparecer por las escaleras, se había puesto unos pantalones de chándal de pierna recta y una sudadera ajustada, con las mangas subidas por sus fuertes antebrazos. En lugar de zapatos de seiscientos dólares, llevaba calcetines gruesos.

Ese era su aspecto en una noche normal en casa; un hombre que estaba a gusto en su espacio. Durante el resto de su vida lo recordaría así, sexi, desaliñado y un poco estresado.

Antes de que pudiera decir nada, el teléfono de Ronan sonó y él lo sacó del bolsillo. Joa se sorprendió cuando lo puso en altavoz.

—Hola, Carrick. ¿Qué tal en Londres?

—Lloviendo, como siempre. Tuve una reunión con Bhea esta tarde.

Hacía tiempo que no oía ese nombre. Beah, recordó Joa, era la exmujer de Finn Murphy, pero también una de las mejores amigas de Keely. Además, si no le fallaba la memoria, trabajaba para Murphy International en sus oficinas de Londres.

—¿Todo bien? —preguntó Ronan a su hermano.

—Ningún problema. Además, he tenido algo de tiempo para repasar el inventario de Isabel con Bhea y ella ya se hace una idea de qué coleccionistas de arte estarán interesados en la venta de Mounon.

—Gracias. Eso me quita un poco de presión. ¿Sigue en pie lo de ir a cenar los dos con Bhea y Cummings? —preguntó Ronan.

—Mmm. Esperemos que no resulte tan incómodo como me lo estoy imaginando... Bueno, y... ¿has visto a Sadie? —preguntó Carrick. A Joa le dio la impresión de que había dudado en preguntar, parecía nervioso.

El pulso de Joa se disparó ante la sonrisa de Ronan y la diversión que iluminaba de repente sus increíbles ojos.

—No he tenido ocasión. Ya sabes que he estado en China durante los últimos dos días. ¿Por qué me preguntas por nuestra investigadora de arte? ¿No tienes su número?

—Por supuesto que sí. Pero no contesta —respondió Carrick de forma escueta.

Ronan sonrió a Joa.

—Tal vez no pueda atenderte porque esté con alguien en una cita.

La única respuesta de Carrick fue un gruñido ahogado.

—O quizás no se siente tan atraída por ti como tú por ella —se burló Ronan.

—Yo... eh... tengo que irme. Si hablas con ella, dile que la estoy buscando. O mejor no, no le digas nada.

Joa sonrió al ver la picardía en los ojos de Ronan.

—Estás sonando un poco desquiciado, hermanito —dijo Ronan con voz petulante.

Y cuando cortaron la llamada, Ronan se rio a carcajadas.

Joa ladeó la cabeza y le preguntó:

—¿Por qué chinchabas así a Carrick?

—Porque se está gestando algo entre ellos y es mi deber fraternal burlarme un poco de él.

Verle sonreír de esa manera aumentó su atractivo y el estómago de Joa comenzó a dar volteretas. Necesitaba irse ya. Antes de que hiciera alguna estupidez.

Como lanzarse sobre él.

—Llamaré a un taxi y estaré fuera de aquí en quince minutos.

Ronan la miró con el ceño fruncido.

—No es necesario. Hace mucho frío y es tarde. Vete a casa por la mañana.

Joa, nerviosa e indecisa, se mordió el interior de la mejilla derecha. ¿Debía quedarse o marcharse? Miró por la ventana, vio que el viento se había levantado y la nieve se arremolinaba. El tiempo era terrible y era una buena excusa para quedarse.

Pero no debería quedarse.

—De acuerdo. Gracias.

Se hizo un silencio incómodo entre ellos, que Ronan acabó rompiendo con una sonrisa irónica.

—Necesito una copa de vino y algo de comida.

—He hecho para los niños un plato de arroz y pescado, ha sobrado un poco. También he preparado unos nachos picantes para mí, podemos compartirlos.

—Eso suena perfecto —dijo Ronan sin dejar de sonreír.

## *Capítulo Seis*

**B**eah Jenkinson se bajó del taxi en la entrada del lujoso restaurante y, tras pagar al taxista, se colocó el bolso de diseño bajo el brazo y respiró hondo. Podía hacerlo, tenía que hacerlo.

Solo era una cena con uno de los coleccionistas más importantes y escurridizos del mundo.

Y con su excuñado Carrick y su exmarido Finn.

Que también eran dos de sus tres jefes.

Nada del otro mundo. No había nada que temer...

Beah sonrió al portero vestido de negro y, antes de traspasar las puertas, dejó que su abrigo se abriera y resistió el impulso de comprobar su reflejo en los cristales, para asegurarse de que su vestido de cóctel azul cobalto, ajustado y con volantes en el dobladillo, era el adecuado.

Tenía treinta años, era una mujer segura de su cuerpo y de su aspecto. Tenía una carrera increíble, una vida maravillosa.

Ya no era la chica insegura que se casó con Finn Murphy hacía casi una década.

Tenía veintiún años y trabajaba como becaria en Murphy International cuando le conoció. Se había quedado fascinada por su rapidez mental y sus amplios conocimientos de arte e historia. A la semana ya dormían juntos; al mes estaban prometidos. Se casaron en Las Vegas cuando se cumplían tres meses del día en que se conocieron.

Tenía que admitir que había comenzado su matrimonio con mucho equipaje a sus espaldas. Su madre había fallecido un año antes, tras seis años de lucha contra el cáncer. Su padre, su héroe y el primer amor verdadero de su vida, las había abandonado cuando su madre enfermó, una traición que Beah todavía no había superado.

Tal vez pensó que casarse con Finn cerraría los agujeros de su corazón, que le daría la seguridad que ansiaba, pero no se dio cuenta de que se había casado con el hombre más emocionalmente independiente e inaccesible del mundo. No era muy hablador y le costaba soportar sus ataques de emoción y su necesidad de seguridad. Él había empezado a alejarse y ella había respondido intentando acercarse más a él.

Finn le había dicho que le agobiaba con sus preguntas sobre dónde estaba y qué hacía, y sus incesantes súplicas para que abandonara sus deportes de aventura. Debido a que había perdido a sus padres, Beah había vivido en una constante agonía pensando que Finn sería el siguiente en marcharse.

Después de un año atroz, Finn le había pedido el divorcio, diciéndole que la quería, pero que no podía vivir con sus inseguridades.

Había que reconocer que el divorcio había sido el catalizador para que Beah cambiara de vida. Ocho años después, ella se había convertido en una persona tan o más independiente que Finn, nada que ver con la chica miedosa que se casó con él.

Aprovechando la oportunidad que le ofreció Carrick de ser el enlace con los clientes en Londres, no había dudado en cruzar el Atlántico y ahora era jefa de asesoría de clientes, bajo las órdenes directas de Ronan.

En cuanto a Finn y ella, se comunicaban solo cuando era necesario, a través de correos electrónicos muy breves y directos. Como trabajaban en la misma empresa, se habían cruzado en algunas ocasiones a lo largo de los años, pero ambos se esforzaban por evitarse en la medida de lo posible.

Pero Paris Cummings era un coleccionista importante, al que había estado persiguiendo durante años, y tenía que asistir a esa cena.

Y eso significaba sentarse en la misma mesa que su exmarido, fingiendo que todo iba bien.

En la recepción del restaurante, Beah sonrió al metre y le entregó su abrigo. Resistiendo el impulso de comprobar por última vez que ninguno de sus rizos rojos se le había escapado del moño, echó un vistazo al comedor y sus ojos se dirigieron de inmediato a la mejor mesa de la sala.

Como si pudiera sentir su presencia, Finn levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Él se levantó de la silla y ella comenzó a caminar a través del gran salón.

Era extraño y agradable a la vez volver a casa y encontrarse con una mujer hermosa y sexi después de un agotador viaje de negocios, pensó

Ronan mientras se servía una copa y observaba cómo Joa preparaba un plato de nachos para él. Estaba hambriento y, si le hubieran preguntado qué quería comer, los nachos con carne picada ni siquiera se le habrían pasado por la cabeza, pero en cuanto lo vio en el plato se le hizo la boca agua.

Hacía más de tres años que una mujer no le preparaba una comida en su propia casa y le resultaba extraño e incorrecto, pero estaba demasiado agotado para pensar en ello. Solo quería algo de comida, un poco de conversación y relajarse con una copa de vino.

No pudo evitar fijarse en lo increíblemente sexi que estaba Joa, a pesar de su pelo desordenado, su piel sin maquillaje y de llevar una ropa que ocultaba por completo sus curvas.

—Llevas gafas.

Joa levantó la cabeza y se tocó con tres dedos la montura dorada de sus delicadas gafas.

—Suelo llevar lentillas, pero a veces me pican los ojos y me las quito.

Era bueno saber que al menos tenía alguna pequeña imperfección.

—¿No comes nada? —dijo él señalando el plato.

—El mío está en la sala de prensa, estaba a punto de comer cuando llegaron Keely y Dare.

Ronan asintió y se bajó del taburete para ir a por su cena. Al volver, dejó su plato y su copa de vino sobre la encimera de la isla. Joa sonrió agradecida mientras esparcía rodajas de jalapeños sobre los nachos.

Él volvió a sentarse y apoyó los brazos en el granito.

Joa abrió la nevera y sacó dos trozos de queso.

—¿Monterey Jack o cheddar?

—Ambos.

—Tus arterias acaban de llevarse las manos a la cabeza.

—Hago ejercicio todos los días, así que mis arterias están bien.

Joa se encogió de hombros.

—Es tu infarto.

—Me encantaría que tú me hicieras la RCP...

Ronan se sorprendió de sus propias palabras. Pero ¿qué demonios? ¿Estaba flirteando? Pensaba que ese tipo de cosas habían terminado para él tras la muerte de Thandi. Deberían haber terminado.

El sentimiento de culpa lo invadió y bebió un gran sorbo de vino. Se arriesgó a mirar a Joa y se dio cuenta de que ella prestaba al rallado de su queso mucha más atención de la que merecía. Además, pudo percibir cierto sonrojo en sus mejillas. Entonces, él bajó la mirada y se dio cuenta de que sus pezones estaban duros y puntiagudos bajo la holgada sudadera y de que su respiración se había vuelto irregular.

Dios, ella estaba tan excitada como él. Maldita sea, eso no era bueno.

En absoluto.

Ronan se aclaró la garganta.

—¿Qué tal con los monstruos?

—Son adorables —dijo ella levantando la cabeza con una sonrisa—. Aron es un poco rebelde, tiene un sentido del humor tremendo para ser solo un niño de tres años.

Aron se parecía a él cuando era más joven, mientras que Sam era más estudioso y serio.

—Sí, es muy gracioso. —Entonces, a él le cambió la cara de repente y preguntó—: Oh, Dios, ¿qué te dijo?

Joa sonrió.

—De camino a casa, les pedí que me dijeran algunas de vuestras normas. Me dijeron lo típico de recoger los juguetes, decir por favor y gracias...Pero luego Aron me informó de que solo papá podía decir «maldita sea».

Ronan se rio.

—Al menos no te dijo que no le estaba permitido hurgarse la nariz o algo peor.

Joa deslizó los platos de ambos bajo la parrilla caliente antes de volverse para mirarle a los ojos.

—Oh, también me dijo eso. Ronan resopló.

—Ese chico no tiene filtro.

—Pero es una monada. —Joa agarró su copa de vino y agitó el líquido rojo. Parecía sumida en sus pensamientos y, cuando él pudo volver a mirarla a los ojos, se dio cuenta de que su alegría se había desvanecido.

—Sam es más tranquilo, más preocupado.

Ronan se enderezó y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Joa colocó los platos en la encimera. Apagó la parrilla y tomó asiento frente a él.

—Cuando llegamos a casa, me preguntó, dos veces, si habías llegado bien. Me conecté a Internet y le enseñé la página web donde se podía rastrear tu avión. Estuvo comprobándolo hasta que llamaste y le dijiste que estabas a salvo en tierra. Es evidente que tiene miedo de perder a su padre también.

Joa agarró un poco de carne con un nacho y se lo llevó a la boca.

Él no quería hablar de sus hijos ni de su esposa muerta.

Demonios, ni siquiera estaba seguro de querer comer, a menos que fuera para devorarla a ella. Se recordó a sí mismo que sí tenía hambre y se llevó la comida a la boca. Estaba deliciosa, y comieron en silencio durante unos minutos.

—Estaba muy bueno, gracias por la cena.

—No hay de qué —respondió Joa, mirándole a los ojos. La atracción y el deseo ardiente se encendieron y Ronan no estaba seguro de quién había dado el primer paso, pero en un momento él estaba comiendo y al siguiente ella estaba de pie entre sus piernas, con las manos frías en sus mejillas. Entonces, de algún modo, de nuevo sin que él supiera cómo, sus manos acabaron agarrándola por las caderas y sus brazos rodearon su pequeña cintura, tirando de ella para que sus pechos se clavaran en el suyo y sus muslos la aprisionaran. Aspiró su aroma y disfrutó de la sensación de tenerla tan cerca.

Pero entonces cometió el error de bajar la cabeza para posar los labios en la pequeña marca de nacimiento en forma de mariposa de su clavícula...

Dios, era tan suave, su piel era tan tersa. No debería estar haciendo eso, estaba mal, pero no podía evitarlo, hacía tanto tiempo que no abrazaba a una mujer. ¿Debía avanzar o retroceder?

Ronan aún intentaba decidirse, resistirse a la tentación, cuando la lengua de Joa comenzó a explorar su cuello. Si aquello estaba mal, ¿por qué tenerla entre sus brazos le parecía tan maravilloso?

No podía evitarlo, necesitaba probarla, alimentarse de su esencia, así que Ronan giró la cabeza para capturar su boca. Sabía cómo besarla, había revivido su beso anterior cientos de veces, pero entonces Joa abrió la boca. Su lengua se deslizó contra la de ella y el mundo se detuvo. El tiempo dejó de existir mientras él la exploraba, sus manos subían por su espalda y le acariciaban las nalgas. Su erección empujaba contra la barrera de sus pantalones y él deseaba que ella soltara las manos de sus hombros para liberarlo, necesitaba con desesperación sentir sus manos calientes en su pene.

Ronan se sintió mareado y desorientado, pero su cuerpo sabía exactamente qué hacer, cómo complacerla. Deslizando la mano hacia arriba y por debajo de la sudadera, encontró su pecho desnudo, con el pezón endurecido. Al frotarlo con el pulgar, oyó su gemido ahogado y ella arqueó la espalda. Él le subió la sudadera y le miró el pecho, pequeño pero perfecto, con su pezón oscuro del color del vino merlot. Tan dulce, tan rico.

Agachó la cabeza para besarla y, cuando la mano de ella se introdujo entre sus cuerpos para agarrarlo donde más deseaba, él no pudo evitar dejar escapar un gemido intenso.

Hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer que sabía que no tardaría mucho en llegar al clímax.

Ronan le pasó el dorso de los nudillos por el abdomen, coqueteando con su montículo. Cuando metió la mano bajo la cinta elástica de sus pantalones de yoga, solo encontró una pequeña mata de vello, no llevaba ropa interior. Él le agarró la barbilla con la mano libre y le acercó la boca a la suya para besarla.

La mano de él en sus pantalones, la mano de ella en su pene... Su boca era cálida y maravillosa.

Solo la tocaría un poco, la excitaría y luego pararía. No iba a hacerle el amor, no podía... Pararía, tenía que hacerlo.

Entonces, Joa le bajó los pantalones, lo suficiente para que ella tuviera acceso sin restricciones y Ronan supo que aquella era una batalla que no ganaría, una guerra en la que no le interesaba la victoria.

Quería aquello, la quería a ella...

Al diablo con todo.

Él la agarró y la levantó con facilidad. Sus piernas rodearon las caderas de él mientras la llevaba por la habitación para tumbarla sobre los

cojines del sofá más cercano. Le puso las manos a ambos lados de la cabeza y la miró fijamente a los ojos empañados por la pasión.

—¿Quieres esto? —le preguntó, con la voz áspera por la pasión. Joa lo miró fijamente, con los ojos puestos en su boca, llenos de deseo. Pero él necesitaba oír las palabras.

—Lo deseo más que ninguna otra cosa. Ven aquí y bésame, Murphy.

—Hace mucho tiempo que... No sé si voy a durar mucho.

Joa se lamió el labio superior y sonrió.

—Está bien, no te preocupes, yo tampoco creo que aguante mucho. —Se impulsó para apoyarse en los codos—. ¿Ya has acabado de hablar, Ronan?

Él se levantó y se llevó la mano a la nuca para quitarse la camisa por encima de la cabeza. Joa lo observó, deleitándose con su cuerpo.

Sin apartar los ojos de ella, se bajó los pantalones por las caderas, dejó caer la tela y se quitó los calcetines. Hacía siglos que no se desnudaba delante de una mujer, pero al ver la lujuria y la admiración en su rostro se sintió poderoso.

Volvía a sentirse él mismo. No el padre de los niños, o un viudo o un Murphy, sino Ronan.

—Desnúdate, Ju.

Joa, sin romper el contacto visual con él, se quitó la sudadera y se apoyó en los codos, mostrando sus bonitos pechos. Era el turno de Ronan de mirar, admirar, salivar. Ojalá tuviera diez bocas, veinte manos. Había tantos lugares que quería tocar, tantas cosas que quería hacerle...

Pero eso solo ocurriría una vez y tenía que priorizar, maldita sea.

Ronan se agachó y le bajó los pantalones de yoga por las caderas. Los tiró por encima del respaldo del sofá, embelesado por sus elegantes brazos, su diminuta cintura, la curva de su cadera. Sus piernas eran largas y apetitosas, y se moría de ganas de tenerlas alrededor de sus caderas.

Sintiendo el calor sexual, metió un dedo entre sus pliegues femeninos y suspiró cuando sus dedos salieron mojados. Ella lo deseaba tanto como él.

Murmuró una maldición, resistiendo el impulso de zambullirse en ella.

Joa se incorporó y acarició con su dedo índice la dureza de él, pasando el pulgar por la sensible punta.

—Estoy limpia y tomo la píldora. Supongo que tú también lo estás.

Ronan asintió, incapaz de hablar. Dejó caer su enorme cuerpo para cubrir el de ella, con la punta tanteando su entrada. Ella dobló la rodilla para rozarle la cadera y luego sus piernas rodearon su cintura, cruzándose por los tobillos.

Joa inclinó las caderas y se frotó contra él, y Ronan supo que no podría parar aunque quisiera.

Y no quería...

Sintió cómo las paredes de Joa se estrechaban a su alrededor, sintió cada estremecimiento, cada suspiro. Las palabras de ella no tenían sentido, aunque las de él tampoco. El placer era su único objetivo, dar y recibir.

Él se movía sin parar mientras ella le clavaba las uñas en las nalgas. Deslizó una mano por debajo de ella, ajustó su posición para penetrarla más profundamente y Joa jadeó, soltando un gritito.

Él se desató, ella se dejó ir...

Y el mundo se hizo añicos.

## *Capítulo Siete*

**J**oa agarró la manta que cubría el respaldo del sofá y se cubrió el cuerpo aún palpitante. Luego miró a Ronan.

Su cara era dura como el granito y su boca, tan suave y sensual antes, ahora estaba más apretada que nunca.

Sabía que él se sentía culpable, arrepentido y, sí, cabreado.

¿Consigo mismo? ¿Con ella? ¿Quién sabía?

Él se quedó mirando al techo mientras Joa se levantaba y se ponía la ropa. De espaldas a Ronan, se tocó los labios, recordando sus besos, sus ojos empapados de pasión, su tacto suave.

Había sido el mejor sexo de su vida.

Sexo del que obviamente él se había arrepentido de inmediato. Y como él lo hizo, ella también.

Miró hacia el piano, hacia el marco plateado con la fotografía de la mujer de Ronan. Thandi se reía ante la cámara, con una sonrisa amplia y llena de alegría. Sam estaba a su lado y ella tenía la mano sobre su enorme vientre de embarazada.

Thandi los había visto hacer el amor.

Joa se cubrió la boca con la mano, sintiéndose fatal de repente. Sabía que aquella mujer había muerto hacía tiempo, pero la reacción de Ronan le hizo sentir como si hubieran tenido un encuentro rápido y secreto en el sofá mientras su esposa estaba en la habitación de al lado.

No tenía sentido, pero se sentía como si fuera la otra. Una amante.

Joa apartó los ojos de la fotografía y se miró los dedos desnudos de los pies, enfadada consigo misma. Lo había vuelto a hacer, se había lanzado a los brazos de un hombre no disponible. Vale, en esa ocasión no había pensado en formar parte de la familia de Ronan, pero había sobrepasado una línea que nunca había cruzado antes: se había acostado

con un hombre que no solo no estaba emocionalmente disponible, sino que además estaba enamorado de su esposa muerta.

Sintiéndose una persona horrible, agarró sus zapatos y subió corriendo el primer tramo de escaleras hasta la habitación que había ocupado esos días. Entró en el baño y se miró en el espejo que había sobre el lavabo. «Solo ha sido sexo», se dijo. «Nada más».

«No trabajas para él, ni te quedas en su casa, ni cuidas de sus hijos de forma continuada».

Si el sexo no hubiera sido tan alucinante... No era idiota, se había dado cuenta de que se atraían desde el primer momento que se vieron. Eran pura química.

Y si no se iba corriendo, aquello les explotaría en la cara. Porque ella siempre se sentiría como la otra mujer.

No iba a volver a hacerse eso a sí misma.

Thandi podría estar muerta, pero Ronan todavía seguía casado con ella.

«Es hora de irse, Jones».

Nadie sabía lo difícil que era salir con alguien después de perder al amor de tu vida. Era muy duro. No solo sentía que estaba traicionando la memoria de Thandi, sino que estaba abriendo la puerta a un mundo que ya había dado por cerrado para siempre.

No solo había sido sexo. Se había abierto a ella; su conversación había fluido con facilidad y se había sentido cómodo.

Se sentía a la vez mal y bien, loco y desesperado. Ronan se frotó las manos en la cara, mirando la nota que Thandi había dejado en la nevera, días antes de ponerse de parto. Se había quejado de sentirse gorda, incómoda y cachonda. Había estado desesperada por conocer a su segundo hijo y ninguno de los dos imaginó, ni por un minuto, que media hora después de que él le pusiera a Aron en los brazos la llevarían de urgencia al quirófano y se marcharía para siempre.

Había sido tan injusto.

Todos le decía que la vida seguía, que en algún momento necesitaría encontrar de nuevo el amor. Y el sexo. Había prescindido de él durante mucho tiempo y se había sentido muy cómodo en su estado de soledad autoimpuesta, porque, si no se acercaba a nadie, podía evitar el dolor de volver a perder a un ser querido. Hasta esa noche, había evitado las

aventuras casuales, los amoríos breves. Sabía que la gente, sus hermanos y sus amigos, no lo entendían, pero en su cabeza seguía casado y para él sería como engañar a su mujer.

Ronan agarró su copa de vino, aún medio llena, y bebió un gran sorbo.

El problema era que, aunque según su propia filosofía había engañado a Thandi, no se sentía tan culpable como debería. Había tenido sexo rápido, furioso y fantástico con una mujer que no era su esposa y...

Maldita sea, se sentía genial, relajado y, sí, puede que incluso un poco feliz. Debería estar atormentado por la culpa, sintiéndose como si fuese escoria, pero no...

En todo caso, se sentía culpable por no sentirse culpable. ¿Qué significaba eso? Lo único que sabía con certeza era que quería repetir lo que había tenido con Joa.

Una y otra vez.

Ronan se giró al oír el ruido de sus tacones en el suelo y se le desplomó el corazón cuando vio a Joa de pie en el umbral de la puerta, con una gran bolsa de cuero en la mano y su bolso de mano al hombro. Se había cepillado el pelo, se había aplicado brillo en los labios y se había puesto unos vaqueros ajustados, botas hasta la rodilla y un jersey de punto color crema.

—He pedido un coche para que venga a recogerme. Debería llegar en cualquier momento —dijo Joa, mirándole a los ojos.

Pensó en ofrecerse a llevarla a su casa, pero entonces recordó que los niños estaban arriba, que no podía dejarlos solos.

—No hace falta que te vayas.

Al pronunciar esas palabras, supo que eran mentira. Necesitaba que se fuera porque no podía pensar con claridad cuando ella estaba cerca. Se distraía con su hermosa piel y sus expresivos ojos, siempre acababa pensando en verla desnuda y en todas las cosas que quería hacerle. Ella tenía que irse para que él pudiera pensar, para que pudiera relativizar la noche loca que acaban de tener.

Los ojos de Joa lo atravesaron.

—Ambos sabemos que es mejor que me vaya, Ronan. —Ella se mordió el labio inferior y los dedos que agarraban las correas de su bolso

se volvieron blancos. Señaló el sofá con la cabeza—. Los dos sabemos que ha sido solo algo de una noche y que no se repetirá jamás.

Ronan se cruzó de brazos y maldijo en silencio cuando oyó la bocina de un coche anunciando que había llegado el transporte de Joa. Luchando contra el impulso de ir hacia ella, de llevarla escaleras arriba y a su cama, se contuvo y deseó que nada de lo que pensaba se reflejara en sus ojos o en su rostro. La situación ya era bastante complicada como para dejar que Joa supiera cuánto le afectaba.

—Diles a los niños que me divertí mucho con ellos.

—Joa...

«No vayas tras ella, Murphy, ¡no te atrevas!».

Ronan oyó cómo se abría y se cerraba la puerta de su casa, y después el ruido del coche alejándose.

Entonces, se dio la vuelta y terminó el vino de su copa de un trago, luego se bebió el que quedaba en la de Joa también.

Finn echaba de menos a su hermano.

Bueno, echaba de menos al hombre que Ronan solía ser. Al amante de la diversión e impetuoso que había sido antes de la muerte de su mujer. Su hermano ahora no tenía nada que ver, se había convertido en un hombre excesivamente precavido y temeroso.

Thandi siempre había odiado las aventuras en busca de adrenalina de Finn y le había regañado muchas veces, diciéndole los riesgos que corría, y que la familia se desmoronaría si él moría haciendo alguna estupidez.

Qué ironía que fuera Thandi quien hubiera muerto dando a luz, algo que miles de mujeres hacían todos los días.

Finn apoyó el hombro en el marco de la puerta del despacho de Ronan y se frotó la nuca. En los días y meses posteriores a la muerte de Thandi, él y Carrick se habían turnado para pasar la noche en su casa, asegurándose de que los niños fueran alimentados, bañados y acostados. Luego se sentaban con su hermano mientras él lloraba, miraba al vacío o bebía hasta caer en el olvido. Fue durante una de esas borracheras cuando Ronan le hizo prometer que dejaría de practicar deportes de riesgo.

Incapaz de darle a su hermano lo que quería, le había dicho que siempre le avisaría cuando estuviera a punto de hacer algo peligroso.

Para Finn era una forma de quemar el estrés, de salir de su cabeza, y a su familia le costaba entenderlo.

Algunos bebían, otros se drogaban, a otros se les daba por el sexo, pero Finn perseguía la adrenalina. Y siempre intentaba no morir mientras lo hacía.

Llamó al marco de la puerta del despacho de Ronan y, cuando su hermano levantó la cabeza, se dio cuenta al instante de que tenía una resaca tremenda. En un momento dado, Finn y Carrick se habían preocupado por la afición de Ronan a ahogar sus penas en alcohol, pero al cabo de seis meses había reducido su consumo y había vuelto a ser el padre que sus hijos necesitaban.

—¡Hola, hermano! ¿Qué tal la subasta? —lo saludó entrando en el despacho.

—No grites tanto, maldita sea —respondió Ronan, recostándose en su silla y levantando una mano.

Finn sonrió y se dejó caer en la silla situada frente al escritorio.

—Estás hecho una mierda.

—Me siento como una mierda.

La sincera respuesta sorprendió a Finn y de inmediato buscó un motivo por el que pudiera haber vuelto a beber. No era el aniversario de su boda, ni de la muerte de Thandi, tampoco de su cumpleaños. Sam y Aron estaban bien y Carrick también.

—¿Qué tal la subasta de Pekín? —preguntó Finn, ahora en un tono de voz más bajo.

—Algunos lotes fueron retirados, pero el jarrón Ming de quinientos años hizo una buena caja.

—Qué buena noticia, cuánto me alegro —dijo Ronan y luego carraspeó antes de continuar—: Por cierto..., venía a decirte que me voy a Colorado este fin de semana.

Ronan le puso mala cara.

—¿Qué es esta vez?

—Escalaremos formaciones de hielo como cascadas heladas, utilizando piolets y otros equipos especializados.

—¿Y has hecho eso antes alguna vez? —preguntó Ronan con cara de preocupación.

Más o menos, pero no iba a admitirlo ante su sobreprotector hermano.

—Claro.

—Mentiroso. —Ronan apoyó los codos en el escritorio y la cabeza entre las manos—. Me estás dando dolor de cabeza.

—Ya te dolía cuando entré —dijo Finn, poniéndose en pie. No estaba de humor para sermones. Pero no pudo evitar preguntarse qué había puesto a su hermano de mal humor para hacer que se emborrachara.

Estaba casi en la puerta cuando Ronan volvió a hablar:

—He oído que viste a Beah en Londres.

Finn se tensó, como hacía siempre que oía el nombre de su exmujer.

—Sí...

—¿Y? —preguntó Ronan levantando las cejas.

¿Qué quería que le dijera? ¿Que ver a Beah era a la vez placentero y doloroso, que sentarse frente a ella a la mesa era una tortura porque lo único que quería era llevársela a la cama?

¿Que no habían podido contenerse y que habían acabado haciendo el amor?

—No nos matamos —dijo Finn tras encogerse de hombros. Luego cambió de tema—: Cummings ha aceptado trabajar con nosotros, Beah ya se está encargando.

—Estoy al tanto, ella me lo dijo. También tiene un par de clientes en Asia que están interesados en el Vermeer de Isabel y el posible Homer.

—Es un Homer auténtico, confía en mí.

—Puede que tengas razón, pero, por desgracia, tu instinto no es una prueba válida —respondió Ronan, con tono seco.

Como la colección de Isabel era una venta tan importante, Beah viajaría a Boston para asistir a las reuniones más importantes. Y durante su estancia en la ciudad, también tendría que ayudar a Finn con la organización de la boda de unos amigos en común.

Le entusiasmaba y le aterrorizaba a la vez la idea de tener a su preciosa e inteligente mujer de vuelta en Boston.

Exmujer...

Finn miró el reloj y vio que se le hacía tarde.

—Tengo que ir a Mounon House, aún hay un montón de cosas que hacer antes de que el equipo de filmación se instale en la casa.

—¿Qué equipo de filmación? —preguntó Ronan sin entender nada.

—Al parecer, Isabel alquiló la casa durante un tiempo para la grabación de una película. Se mudan la semana que viene.

—No creo que Keely y Joa lleven muy bien lo de compartir su casa con un montón de gente —dijo Ronan.

—Tienen que mudarse, es parte del trato. Keely se fue a Florida. No estoy seguro de lo que va a hacer Joa —explicó Finn.

Ronan se enderezó y sus ojos adquirieron el color del hielo peligroso.

—¿Que Joa se muda? —dijo Ronan enderezándose de repente. Echó la silla hacia atrás y se levantó, cogiendo el teléfono y su cartera del escritorio—. Te acompaño a Mounon.

## *Capítulo Ocho*

**J**oa estaba sentada con las piernas cruzadas en su enorme cama de matrimonio, con el portátil sobre el regazo buscando casas en alquiler, cuando oyó unas pisadas fuertes y apresuradas subiendo por las escaleras.

—¡Joa! —gritó Ronan.

Ella se alarmó y se llevó las manos al pelo de forma instintiva pensando en su aspecto. Apenas había dormido, llevaba el pelo recogido en un moño mal hecho e iba vestida con leggings y un voluminoso jersey hasta los muslos.

Él, en cambio, apareció en su puerta vestido de traje y con un elegante abrigo de color gris oscuro. Se había aflojado la corbata y parecía haber dormido aún menos que ella, si eso era posible.

—¿Ronan? ¿Qué haces aquí? ¿Y cómo has entrado? —preguntó ella dejando el portátil a un lado.

—Finn está abajo. Keely nos dio el código a los dos —respondió él, echándose el abrigo hacia atrás para meterse las manos en los bolsillos de los pantalones.

—¿Y por qué está Finn aquí?

—Está comprobando que no se le haya escapado nada especial o valioso antes de que llegue el equipo de rodaje.

—¿Como un huevo Fabergé o una primera edición de Charles Dickens?

—Ninguna de las dos cosas me sorprendería. En los años ochenta, Isabel le llevó una primera edición de *Orgullo y prejuicio* a Raeni.

*Orgullo* era uno de sus libros favoritos. ¿E Isabel poseyó una vez una primera edición del famoso romance? Vaya.

—¿En serio?

—Sí. Durante aquella visita a Murphy's, Isabel también sacó de su bolso un boceto de Warhol y una tabaquera de Fabergé. Vendió los tres objetos por precios récord y utilizó el dinero para crear su fundación.

Se quedaron mirándose unos segundos en silencio. Joa no pudo evitar pensar en su ardiente encuentro en el sofá, y tuvo que recordarse que solo había sido algo de una sola noche.

—Que Finn esté abajo buscando algún tesoro no explica tu presencia en mi dormitorio a las —miró su reloj— nueve y cuarenta y cinco de un jueves por la mañana.

—¿Por qué no me dijiste que tenías que mudarte de esta casa?

Bueno, no esperaba esa pregunta, pero era fácil de responder.

—¿Porque no tenía obligación de hacerlo?

Los ojos de Ronan brillaron de irritación.

—¿Dónde vas a ir?

Aún no estaba segura, incapaz de decidirse entre un apartamento amueblado o una suite en el hotel Forrester-Grantham durante unos meses. En realidad, no quería hacer ninguna de las dos cosas: los hoteles eran impersonales y los apartamentos solitarios. Aunque agradecía poder tener momentos para ella, le gustaba saber que había gente en la casa, que no estaba sola del todo.

Pero Keely se había ido de Boston y Joa no tenía amigos en la ciudad. Así que tendría que aguantarse. Y si el silencio y la soledad la abrumaban, siempre podía ir a un bar o alguna tienda.

No necesitaba hablar con nadie ni interactuar, solo necesitaba sentirse acompañada.

—Creo que me hospedaré en un hotel.

—Eso te costará un dineral.

Gracias a Isabel, podría vivir en un hotel el resto de su vida y aún le quedaría dinero para comprarse una isla en el Caribe. O dos. Era una de las mujeres más ricas de Boston.

—Me lo puedo permitir.

—Puede ser. Pero creo que no es algo que quieras hacer.

Joa levantó la cabeza, sorprendida de que se hubiera dado cuenta de sus reticencias.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Tienes los ojos más expresivos del mundo —respondió Ronan—. Y se me da bien leer el lenguaje corporal; es parte de lo que me convierte en un buen subastador.

Tenía que mejorar su cara de póquer. No necesitaba que él pudiera leer sus pensamientos, sobre todo los que tenían que ver con desnudarlo y explorar su cuerpo musculoso.

Ronan se acercó a la ventana y apoyó el hombro en el cristal, contemplando el jardín cubierto de nieve.

—Ven a casa conmigo.

Joa frunció el ceño, no segura de haberle oído bien. Su ritmo cardíaco se disparó y su estómago empezó a dar vueltas.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Ronan siguió mirando los montones de nieve.

—Vuelve a West Roxbury. Múdate conmigo... Con nosotros.

Joa no sabía qué decir. ¿Qué le estaba proponiendo? ¿O simplemente sentía lástima por la pobre niña rica temporalmente desamparada? Al darse cuenta de que sus rodillas tenían la consistencia de la gelatina, Joa se sentó en el borde de la cama.

Él se dio la vuelta, apoyó el trasero en el ancho alféizar de madera y estiró sus largas piernas.

—Necesito una niñera y tú un lugar donde quedarte. Ayúdame con los niños por las tardes y, de manera ocasional, algunas noches. Te pagaré.

—No necesito tu dinero, Murphy —respondió ella de inmediato, irritada.

—Pero necesitas un lugar donde quedarte y yo necesito ayuda —dijo él, con los ojos fijos en la cara de ella—. Los niños se quedaron muy tristes cuando les dije que te habías ido.

Sus hijos eran encantadores pero...

—No quiero ser niñera, Ronan.

De hecho, pensó que le gustaría implicarse más en la fundación de Isabel. Con Keely fuera de la ciudad, empezó a visitarla con más frecuencia y se quedó fascinada por el trabajo que la fundación realizaba en diversos refugios, hospicios y escuelas con escasos recursos, y se sintió conmovida por el impacto que tenía el dinero de Isabel.

Pero mudarse con Ronan no era una buena idea, ella lo sabía.

—No se trata de algo a largo plazo, Joa. Solo será una solución a nuestras necesidades ahora mismo. Te dará un lugar donde quedarte que no sea un hotel impersonal y algo para ocupar tu tiempo mientras decides el nuevo rumbo que quieres tomar. Y a mí me daría margen para encontrar una niñera adecuada para mis hijos a largo plazo.

Él hizo que sonara razonable. Y lo sería si no hubieran estado a punto de incendiar su sofá la noche anterior.

—Hicimos el amor anoche.

—¿Y? —preguntó él. Ella abrió los ojos y las manos en un gesto como diciendo: «¿Estás de broma?»—. Vale, lo sé... Pero, si aceptas trabajar para mí, para nosotros, te garantizo que no volverá a ocurrir. Mira, lo de anoche fue un error. Había pasado tiempo desde que... Me dejé llevar un poco, pero no dejaré que vuelva a pasar.

Parecía tan sincero, sonaba tan decidido. Realmente creía lo que decía.

—Lo de anoche nunca debió ocurrir —continuó él—. Mis hijos estaban arriba y, si hubiera pensado con claridad, nunca hubiese llegado tan lejos.

Parecía que él esperaba una respuesta, pero Joa no sabía qué decir. Se sentía a la vez aliviada y decepcionada, molesta y agradecida por su enfoque práctico de su descontrolado encuentro.

—Ajá —se limitó a decir ella.

—Entonces, ¿eso es un sí, un no? ¿Un «vete al infierno»?

Joa sopesó los pros y los contras. No quería estar sola; no quería ir a un hotel ni a un apartamento amueblado. Aron y Sam le gustaban y no sería un compromiso a largo plazo. Tenía que dejar Mouton House una temporada y él necesitaba tiempo para encontrar a la niñera adecuada.

El lado negativo era que ella seguía deseando repetir su noche de pasión con él. Con desesperación. Mientras que él parecía no estar afectado por su explosivo encuentro sexual.

Y eso la cabreó. Joa sabía que tenía que ser sensata, que Ronan podía acabar estropeando sus planes. Se sentía tan atraída por él, cien veces más que por cualquiera de sus anteriores jefes. Tenía que protegerse a sí misma y a su maltrecho y magullado corazón. Armándose de valor para decir que no, cuando en realidad deseaba decir que sí, Joa sacudió la cabeza.

—Lo siento, Ronan. No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no? ¿Porque crees que voy a ligar contigo?

No, porque le aterrizzaba que no lo hiciera.

Pero ella no contaba con recibir un mensaje de voz de Sam, el hijo mayor de Ronan.

Al acercarse a la puerta de West Roxbury, Joa llamó al timbre, dando pisotones para calentarse y soplando aire en las manos mientras maldecía por el frío helador. ¿Se acabaría alguna vez el invierno?

—Joa. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella hizo amago de responder, pero un escalofrío la recorrió de pies a cabeza y entonces sintió cómo Ronan la agarraba de los hombros y la metía en su cálida casa.

—¡Estás helada! ¿Cuánto tiempo has estado ahí fuera?

—No mucho... Pero qué frío hace.

—Ya veo —respondió Ronan, desenrollándole la bufanda para poder verle la cara. Sonrió y le apartó el gorro de punto de la frente—. Pero ya estás a salvo.

—Hola —dijo ella, seguía con la lengua trabada. ¿Dónde se habían ido todas sus palabras?

—Hola de nuevo —dijo Ronan, alejándose de ella—. Estoy sorprendido. No esperaba volver a verte.

—Y yo no esperaba estar aquí, pero recibí un mensaje de voz desde tu teléfono. —Joa metió la mano en el bolsillo de su abrigo para sacar su móvil y se lo mostró.

—Pero si yo no te he enviado ningún mensaje de voz —dijo Ronan poniendo cara de confusión.

—Lo sé. —Joa pulsó unos botones y levantó el teléfono.

La voz seria de Sam llenó el espacio entre ellos:

—Joa, soy Samuel McKenzie Murphy. Mi papá nos dijo que no puedes ser nuestra niñera, pero no pudo decirnos por qué. Nos gustas y pensamos que te gustábamos. En fin, Aron y yo nos preguntábamos qué habíamos hecho mal.

Ronan echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. Cuando volvió a bajar la cabeza, Joa se encogió de hombros.

—No podía dejar que pensarán que no me gustaban. Me gustan, y mucho. —Joa respiró hondo y, antes de que pudiera cambiar de opinión, soltó las palabras en un acalorado arrebató—: Si aún no tienes otros planes para ellos, lo haré yo. Cuidaré de tus hijos.

Ronan se quedó con la boca abierta.

—¿Lo harás?

—Sí.

—¿Por qué?

Dios, no lo sabía. ¿Porque le gustaba estar rodeada de gente y vivir sola era un asco? ¿Porque echaba de menos a su hermana y no conocía a nadie más en Boston y se lo había pasado muy bien con los hijos de Ronan? ¿Porque, aunque podía ayudar en la fundación, no trabajaba allí y no podía hacer mucho?

¿Porque realmente quería pasar tiempo con Ronan Murphy?

—¿Llego demasiado tarde? ¿Has encontrado a alguien ya?

—No. Todavía no. —Ronan se frotó la mandíbula, con expresión todavía desconcertada—. No puedo creer que estés aquí.

Sí, ella tampoco podía. Él dio un paso hacia Joa y levantó la mano para acariciarle la mejilla. Ella aspiró una gran bocanada de aire al sentir cosquillas en el estómago con su contacto. Era algo temporal, se recordó a sí misma, no soñaría con tener nada más.

Además, Ronan seguía enamorado de su esposa. Que el sexo hubiese sido fantástico no significaba que hubiera espacio para ella en su corazón. Nunca lo habría.

Joa dio un paso atrás, y la mano de Ronan cayó a su costado.

—También te buscaré una niñera a largo plazo.

—¿Lo harás?

Joa asintió.

—Parte de tu problema es que eres tú quien está buscando y estás haciendo la entrevista. Eres una persona conocida, diré que estoy buscando una niñera para un cliente que tiene dos niños pequeños, y tú permanecerás en el anonimato hasta que encontremos un par de candidatas adecuadas. Así descartaremos a todas las que no os convienen ni a ti ni a los niños.

—Eso podría funcionar.

Por supuesto que funcionaría.

—Y hasta que no te encuentre una niñera cuidaré de los niños por ti.

—¿Lo harás?

—Claro, me mantendrán ocupada mientras pienso qué quiero hacer con mi vida. —Aspiró aire y giró los hombros para liberar la tensión allí acumulada—. Así que será mejor que olvidemos lo que pasó entre nosotros —¡ja! ¡Como si pudiera!— y empecemos de nuevo. —Le tendió la mano—. ¿Amigos?

Ronan arqueó las cejas y miró su mano tendida. Después de unos segundos que se hicieron eternos, le agarró la mano y se la apretó con fuerza.

—Sí, algo así. Vamos a buscar a los niños. Están en la sala de juegos.

¿Qué quería decir con esa enigmática frase?

Joa lo siguió escaleras arriba, ignorando las fotos de Thandi en la pared.

«Cuidaré de tus hijos, Thandi. Haré todo lo que pueda, pero solo temporalmente».

—Bonito vestido —comentó Keeley, tendiéndole una copa de champán.

Joa señaló a Sam y Aron, que jugaban en la alfombra a sus pies, y sacudió la cabeza.

—No puedo, estoy trabajando.

—Es una fiesta, Ju. Ronan no dirá nada si te tomas una copa.

Joa agarró la copa y la puso en la mesa junto a su codo. Miró alrededor de la sala llena de invitados de Carrick, gente que obviamente conocía bien a la familia Murphy.

Tanna, la menor de los hermanos Murphy, estaba de vuelta en Boston y, a juzgar por los acalorados intercambios entre ella y Levi Brogan, muy enamorada. De hecho, entre Tanna y Levi y las ardientes miradas de Carrick y Sadie, Joa estaba muy impresionada de que todavía no hubiesen prendido fuego a las cortinas.

—No estoy segura de por qué me han invitado esta noche. Solo estoy ayudando a Ronan con los niños, tratando de encontrarle una niñera. No soy parte de su círculo social.

—¿«Círculo social»? Es una fiesta con amigos, Ju. Eres mi hermana y también la heredera de Isabel. Y cliente de Murphy. Soy amiga de los hermanos Murphy desde que éramos niños. Y Beah, la exmujer de Finn, es mi mejor amiga.

Joa ladeó la cabeza.

—¿Cómo está? Hace diez años que no la veo.

—Ella está bien. Todavía trabaja para Murphy's, pero en sus oficinas de Londres. Trabaja como enlace con los clientes, los asesora sobre qué arte comprar o vender. Y lo hace muy bien. Entre sus clientes hay oligarcas rusos, príncipes árabes y multimillonarios asiáticos.

—¿Y todavía trabaja con Finn?

Keely movió la mano de un lado a otro.

—La verdad es que no. Depende de Ronan. Si necesita información de Finn sobre la procedencia o su historia, se comunican por correo electrónico.

Joa quería preguntar qué había ido mal en su matrimonio, pero sabía que no era de su incumbencia.

—Tu vestido es precioso —cambió de tema Keely, así que supuso que tampoco quería cotillear sobre Beah y Finn.

Joa miró el bonito vestido de encaje floral amarillo que llevaba. Era más corto de lo que solía vestir.

—La persona que lo eligió tiene un gusto excelente —dijo Keely, guiñándole un ojo.

—La persona que lo eligió podría haberse asegurado de que fuera al menos unos cuatro centímetros más largo —refunfuñó Joa—. Pero gracias por conseguirme un vestido tan rápido —dijo con una sonrisa y apretando el brazo de su hermana—. Por cierto, te he enviado una solicitud de financiación de la fundación. ¿Puedes aprobarla lo antes posible?

—¿Para qué?

Joa le explicó que había pasado la mañana hablando de las reformas necesarias en un centro de reinserción social de East Boston con el director del centro, que necesitaba ayuda financiera de la fundación de Isabel. Como Keely estaba ocupada en Florida, Joa había asumido parte de la toma de decisiones de la fundación. Necesitaban encontrar un nuevo director general pronto. Y también necesitaba encontrarle una niñera a

Ronan. Cuando cumpliera esos dos objetivos, se centraría en encontrar su propio propósito en la vida.

—Claro. Gracias por encargarte de parte del trabajo de la fundación, Ju. Entre intentar solucionar lo de la herencia y mi consulta de logopedia, la fundación ha pasado a un segundo plano.

A Joa no le importaba; alguien tenía que evaluar las solicitudes de financiación para asegurarse de que no estaban siendo estafados. Y se había llevado una sorpresa al descubrir que le gustaba ese trabajo. Miró al suelo y, por el gran bostezo de Aron, se dio cuenta de que el pequeño luchaba contra el sueño. Se agachó sobre sus tacones de aguja para levantarlo y tomarlo en sus brazos. Luego volvió a agacharse y le preguntó a Sam:

—¿Estás cansado, cariño?

Él niño negó con la cabeza, pero sus ojos cansados le delataron. Joa, con la cara de Aron ya medio dormido en su cuello, le tendió la mano a Sam y cruzó la sala hacia donde estaba Ronan, hablando con su hermano Finn y Levi, el prometido de Tanna. Tanna y Levi habían anunciado su compromiso esa noche, y los invitados también se enteraron de que Sadie, la investigadora de arte de Murphy International, estaba embarazada de Carrick.

Había sido una noche llena de sorpresas.

Los hombres dejaron de hablar cuando ella se acercó. Ella les dedicó una sonrisa a cada uno antes de mirar a Ronan.

—Los niños están agotados. Si te parece bien, los llevaré a tu casa.

—Déjame a mí —dijo Ronan poniéndole una mano en la espalda a Aron.

Joa sacudió la cabeza.

—Está dormido, déjalo estar. Si puedes ayudarme a colocarlos en el coche, yo me encargaré de acostarlos en sus camas.

—Lléve los arriba. —Ronan notó cierto escepticismo en su rostro y sonrió—. Después de que Thandi muriera, nos mudamos aquí unos meses y a menudo se quedan con Carrick. Los pondremos en mi antigua habitación y Sam se dormirá en diez minutos.

—Está bien.

Ronan levantó a Sam y condujo a Joa al vestíbulo con su impresionante escalera centenaria.

—Tu familia parece agradable —comentó ella cuando llegaron al rellano del primer piso. Él giró a la derecha y miró por encima del hombro con una sonrisa.

—Son simpáticos. Y estoy muy contento de que mis hijos vayan a tener un primo con el que jugar.

—Parece que tenías razón con lo de Carrick y Sadie.

—Era difícil no darse cuenta, ya que solo han tenido ojos el uno para el otro desde el día en que se conocieron. Lo supe con toda seguridad cuando se puso tan nervioso al burlarme aquella noche que volví de China.

La misma que hicieron el amor. Los recuerdos de aquella noche estaban grabados en su cerebro. Joa le siguió hasta llegar a una habitación con literas. Las paredes estaban forradas con una estantería llena de libros para niños y adolescentes. En otra estantería había un montón de cajas con coches, soldaditos de juguete y juegos de mesa. Las camas estaban cubiertas con sábanas de colores vivos y divertidos. Era un cuarto de juegos perfecto para dos niños pequeños.

—Bonita habitación —comentó ella.

Ronan miró a su alrededor y sonrió.

—Esta era la habitación que Carrick, Finn y yo compartíamos desde que éramos pequeños hasta bien entrada la adolescencia.

—¿Viviste aquí?

Ronan asintió con la cabeza.

—Toda mi vida hasta que me casé. Esta era nuestra casa familiar.

Joa miró a Sam y vio que luchaba contra el sueño.

—Ponlos a los dos en la cama de abajo, así será más fácil sacarlos cuando nos vayamos —sugirió él.

Joa se inclinó y colocó con cuidado a Aron en la cama. Retrocedió, dejando espacio a Ronan para que hiciera lo mismo y, cuando él se enderezó, se quedó mirándola. Ella contuvo el aliento al ver el deseo en sus ojos. Era algo que bailaba entre ellos, caliente y tentador.

Ronan se sonrojó y, cogiéndola de la mano, tiró de ella para sacarla de la habitación al tenue pasillo, haciéndola girar para que apoyara la espalda contra la pared.

Con una mano comenzó a recorrerle el trasero por debajo de la falda.

—Este vestido es peligroso —gruñó Ronan—. Será mejor que no te agaches con él.

—¿Y qué harías si lo hiciera? —se burló ella.

—Algo así...

Ronan la besó deslizando la lengua en su boca, enroscándose en la de ella sin parar, con desesperación. Con una mano entre las piernas de Joa y la otra en su pecho, amasándole el pezón hasta endurecerlo.

Su beso se hizo más profundo, más feroz, más exigente, y Joa olvidó dónde estaba, olvidó que había una casa llena de gente en el piso de abajo.

—¿Ro? ¿Dónde estás? —dijo Tanna mientras subía las escaleras—. Carrick quiere dar un discurso. Todos te estamos esperando, hermano.

Las manos de Ronan la abandonaron y él dio un paso atrás. Respiró hondo, sin dejar de mirar a Joa mientras respondía a su hermana.

—Sí, Tan, iré en un segundo. Estoy acomodando a los niños. Dame cinco minutos y me reuniré con la familia abajo.

Sus palabras golpearon a Joa con toda la fuerza de un meteorito. Su familia estaba abajo, su familia dormía en la habitación de al lado. Sus amigos, su gente.

Gente con la que no tenía conexión.

Su familia.

Joa oyó que Sam llamaba a Ronan y se obligó a sonreír. Señalando las escaleras, le hizo un gesto para que se fuera.

—Yo me ocuparé de Sam, tú baja. Tu... familia —su voz se entrecortó, y esperó que Ronan no se diera cuenta de lo afectada que estaba— te está esperando.

## *Capítulo Nueve*

**O**rganizar una cita de última hora nunca había sido un problema para Ronan, y aunque habían pasado siete años desde la última vez que invitó a una mujer a cenar, le resultó tan fácil como siempre.

Janie era una divorciada que había conocido en el colegio de los niños y de la que se había hecho amigo, sobre todo porque era la menos obvia y directa del grupo de madres. Ella le había hecho saber que estaba interesada en verlo fuera del horario escolar, y ahora que tenía una niñera y una nueva actitud hacia el sexo y las citas, quería explorar sus opciones.

Hacer el amor con Joa lo había liberado después de mantener a raya todos sus impulsos sexuales durante tanto tiempo.

El sexo, como le habían dicho tantas veces sus hermanos, era un impulso natural y normal, y Ronan por fin aceptó que podía darse ese gusto sin sentirse culpable. Acostarse con Joa le había hecho darse cuenta de algo que había olvidado hacía tiempo: el sexo no implicaba que tuviese que haber amor.

El sexo era sexo y él podía compartir la experiencia física con otra mujer que no fuera Thandi, entendiendo que el amor y el matrimonio le pertenecían a ella. Y así sería siempre.

Él siempre la consideraría su esposa, pero acostarse con otra persona no era engañarla. Estaba seguro de que no.

Ronan miró a la mujer rubia sentada frente a él, sintió una oleada de pánico y tuvo que recordarse a sí mismo que no había nada malo en compartir una velada con una mujer agradable. Tenía derecho a tener vida social.

No podía acostarse con Joa ni salir con ella; era su empleada, al menos de momento. Así que seguiría con su plan B.

Janie no había parado de hablar desde que se sentaron en aquel pequeño e íntimo restaurante de West Roxbury. Él se limitaba a asentir, había perdido el hilo de la conversación hacía diez minutos.

Debería concentrarse.

—Insistí en que Pasco recibiera clases extra de lectura para que no se aburriera.

Ronan bajó la mirada hacia el pescado de su plato y deseó que Janie hablara de otra cosa que no fueran sus hijos.

Quería coquetear, reírse, ver si había alguna posibilidad de terminar la cita con algo de pasión. Ronan tuvo que esforzarse en apartar la imagen de los pechos perfectos de Joa de su mente, esos pezones sensibles, el sabor cítrico de su piel. Cuatro besos y un poco de sexo rápido en el sofá y ya no podía dejar de pensar en ella.

—Y a Michael se le dan genial los deportes. He contratado un entrenador de tenis particular.

Bla, bla, bla. Ronan dio un mordisco a su pescado, pensando en cuanto le gustaría repetir lo ocurrido en el sofá.

Otra vez Joa en su cabeza...

Janie era pálida, mientras que Joa era más oscura, con la piel de un marrón claro con matices melocotón. Janie tenía el pelo corto, con mechones de varios tonos de rubio. El de Joa era liso y abundante, tan oscuro como un abrigo de marta.

Quería irse, no se estaba divirtiendo en absoluto. Y tampoco quería acostarse con Janie. En realidad no tenía interés en acostarse con mujeres.

Solo quería acostarse con Joa otra vez.

Janie se limpió la boca con la servilleta de lino y la colocó cuidadosamente a un lado del plato. Se reclinó en la silla y lo miró durante un minuto, quizá más.

—No te estás divirtiendo —dijo ella con cara seria.

—Eh... —Ronan maldijo en su interior y se preguntó cómo salir airoso de esa conversación. Tal vez intentando cambiar de tema.

—Apenas has comido nada —dijo señalando el plato de ella—. ¿Quieres pedir otra cosa? Janie negó con la cabeza.

—¿Y pasarme otra hora intentando devanarme los sesos para que se me ocurra algo de lo que hablar? No, gracias. Intenté conectar contigo

hablando de nuestros hijos, el colegio, la paternidad en general, pero no me has seguido la conversación en ningún momento.

Porque estaban en una cita y no quería hablar de sus hijos.

Y no habían conectado porque él había pasado la mayor parte del tiempo pensando en Ju... Mierda.

Ronan apartó el plato y bebió un gran sorbo de vino.

—¿Quieres irte? —le preguntó él en voz baja.

—No, pero sé que tú sí —dijo Janie con tono calmado, pero con un brillo de orgullo en los ojos. Echó la silla hacia atrás y se levantó—. ¿Por qué no pagas la cuenta mientras voy al baño?

Ronan la vio alejarse. El metre se le acercó de inmediato, con preocupación en el rostro.

—Señor Murphy, ¿ya se marcha? ¿No le ha gustado la comida?

—No, John, en absoluto —le dijo poniéndole una mano en el hombro para tranquilizarlo—. El servicio y la comida han sido impecables, como siempre.

Continuó la conversación de manera informal con John hasta que Janie regresó y luego le dedicó una sonrisa al hombre de despedida.

—Nos veremos de nuevo, John.

—Gracias por acompañarnos esta noche, señor Murphy. Señora —dijo el hombre, con cara sonriente—. Que pasen una buena noche.

Lo haría. Si pudiera volver con Joa...

Ronan sacudió la cabeza. Tenía una esposa muerta, una cita fallida a su lado y estaba pensando en la niñera de sus hijos. Estaba hecho un lío.

Joa oyó el portazo de la puerta principal y el tintineo de las llaves de Ronan al golpear el plato de cerámica de la mesa del recibidor. Sentada en la alfombra persa multicolor del gran salón, levantó la vista cuando Ronan entró en la habitación.

Aprobó su atuendo de vaqueros oscuros con un jersey crema jaspeado, rematado con una cazadora de cuero gastado que parecía muy cara. Lo que no aprobaba era que tuviera citas.

Ronan Murphy seguía enamorado de su mujer, y los hombres que seguían locos por sus esposas muertas no tenían citas. O no deberían tener citas.

Pero tampoco deberían tener sexo ardiente en el sofá.

Joa se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y le miró mientras él se quitaba la chaqueta y la dejaba en el respaldo de la silla más cercana.

—Llegas pronto —rompió ella el silencio—. ¿Qué tal la cena?

—Interminable —respondió Ronan, apoyando la mano en el respaldo del sofá frente a ella. Miró el desorden que había en el suelo alrededor de ella (pinturas, pegamento, papeles de colores y rotuladores esparcidos por la alfombra) y frunció el ceño—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Recuerdas que los chicos necesitaban máscaras de animales para el Día del Zoo?

—¿Qué demonios es el «Día del Zoo»?

—Bueno, como tú no te acordaste, ellos me lo recordaron a mí, justo después de la cena. Aron me pidió una máscara de chimpancé y Sam una de tigre.

—Podría ir a comprárselas ahora. Ella negó con la cabeza.

—No funciona así. Tiene que ser casera y los niños deberían haber ayudado a hacerla.

Ronan se sentó en el borde del sofá y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—Maldita sea, lo siento. —Miró el desorden y agarró un plato de papel que ella había pintado con rayas naranjas, blancas y negras—. ¿Necesitas ayuda?

—Recorta esto —le pidió, mientras le entregaba un trozo de papel y unas tijeras. Era la plantilla para la máscara de mono de Aron.

Ronan obedeció y empezó a cortar.

Joa se fijó en la hora que marcaba el reloj de su muñeca y vio que aún era muy temprano.

—Una cita muy rápida, ¿no? —no pudo evitar comentar Joa.

Ronan levantó la vista de su tarea.

—Sí. Se terminó antes de lo esperado.

—Oh, vaya... ¿Y por qué terminó antes de lo esperado?

Los preciosos ojos de Ronan se clavaron en los suyos.

—Era aburridísima. No paraba de hablar de niños, de los suyos y de los míos. —Ronan se pasó una mano por su espesa cabellera. Tenía un pelo precioso, castaño y brillante, con unas ondas que no se dejaban domar—. Me encantan los niños, pero me habría gustado hablar de otra cosa, de cualquier otra cosa.

—¿De arte? —se burló Joa.

—¿Por qué no? O de béisbol, el cambio climático, de libros, historia.

—¿Antigua o moderna?

—Más moderna que antigua, aunque tengo debilidad por los vikingos sedientos de sangre y esos romanos cachondos.

Joa sonrió.

—A mí siempre me ha fascinado la Revolución Rusa —dijo ella y Ronan reanudó su tarea de recortar la cara del mono—. Acelera, Murphy, no quiero estar haciendo esto toda la noche.

—Mandona además de guapa —murmuró él, haciendo que Joa se sonrojara—. ¿Qué te hizo interesarte por los rusos y su revolución?

—¿No quieren todas las niñas ser princesas? —respondió ella alegremente.

—Esa familia no tuvo un final feliz.

—Claro, pero sus vidas, antes de la revolución, eran increíbles. Para alguien que ha crecido en un ambiente difícil, esa vida es un cuento de hadas. Bueno, hasta que les dispararon.

Ronan ladeó la cabeza, con toda su atención puesta en ella.

—¿Tú creciste en un ambiente difícil?

Maldita sea, ¿cómo se le había escapado? Nunca, jamás, ni siquiera con Keely, hablaba de su pasado. ¿Qué sentido tenía contarle a la gente que la habían metido en un centro de acogida, que no tenía ni idea de si su madre drogadicta estaba viva o muerta y que había dependido de sí misma durante toda su vida? Detestaba la lástima y había aprendido que la compasión no cambiaba nada.

Su pasado había terminado, ya no era una niña y no quería pensar más en ello.

—Crecí... —comenzó Joa, con la voz entrecortada.

—¿Dónde están tus padres? ¿Tienes hermanos? —preguntó Ronan con impaciencia.

—Crecí en un centro de acogida —admitió a regañadientes, esperando que no la presionara para obtener más información.

La expresión de Ronan contenía empatía, pero no compasión. Gracias a Dios.

—No te gusta hablar de tu pasado, ¿verdad?

—¿Y a ti? —contraatacó ella—. Perdiste a tus padres cuando eras joven. ¿Te gusta hablar de ellos?

—No me importa, en realidad. Mis padres eran geniales, y eso fue hace mucho tiempo.

Joa quería saber más sobre ellos, pero si indagaba en su pasado, eso le daría la excusa a Ronan para indagar en el de ella.

Necesitaba cambiar de tema.

—No se me dan bien el arte y los muebles, pero he leído bastantes libros sobre Carl Fabergé. —El joyero imperial era un orfebre increíble y producía obras asombrosas en oro y joyas—. Tenía mucho talento.

—Así fue —asintió Ronan—. Mi padre vendió un huevo Fabergé una vez. —¿En serio?

—Sí, el del laurel. Yo solo pude ver fotos, eso fue antes de que yo naciera.

—¿Crees que Sam y Aron sentirán interés también por vuestro negocio?

—Carrick, Finn y yo hablamos de eso justo el otro día. Estábamos hablando del bebé de Carrick y acordamos que, si nuestros hijos quieren unirse al negocio, si les apasiona lo que hacemos, entonces les dejaremos, acordando que empezarán desde abajo e irían ascendiendo. Más o menos como hicimos nosotros. Bueno, Carrick no, pero solo porque era el mayor y alguien tuvo que encargarse cuando murieron nuestros padres, pero Finn y yo tuvimos que demostrar nuestra valía. Pero si nuestros hijos deciden tener otras profesiones, también estaremos contentos.

Joa se acordó de Aron trepando por la nevera de doble puerta para alcanzar su merienda del armario.

—Creo que Aron podría convertirse en un especialista de cine de acción.

—Yo creo que podría acabar en la cárcel —murmuró Ronan con mala cara—. Es como su tío. Siempre buscando el subidón de adrenalina.

—¿A quién te refieres, a Carrick o a Finn?

—A Finn. —Ronan se deslizó fuera del sofá para sentarse en la alfombra como ella—. ¡Finn va a escalar en hielo!

—¿Como cascadas y esas cosas?

—Sí, eso. ¿Alguna vez has oído algo tan loco?

—Salto base, espeleología...

—Eso también lo ha hecho.

Joa colocó el último bigote de alambre en su máscara de tigre y miró el resultado de su creación. Tendría que servir.

—¿Por qué te molesta tanto que Finn vaya a hacer escalada en hielo?

—Porque es peligroso.

—También lo es conducir un coche, pilotar un avión o ir en moto.

—Nuestro amigo Levi acaba de romperse una pierna montando en motocrós —dijo Ronan.

—Los accidentes ocurren. —Joa se encogió de hombros—. Y es su vida.

Él se quedó mirando la máscara de sus manos, con los dedos apretando con fuerza.

—No puedo perder a nadie más, Ju.

—¿Por eso no tienes citas, por eso te niegas a buscar de nuevo el amor? —preguntó ella en voz baja.

—Sí, es uno de los motivos.

—¿Y cuáles son los otros? —preguntó ella, con la mano temblorosa mientras pintaba la máscara.

—Que sigo enamorado de mi mujer.

Eso no era nuevo. Joa le miró y se sorprendió al ver el dolor, la confusión y la irritación en sus ojos.

Quiso abrazarlo y darle consuelo, pero se contuvo.

—Aprender a vivir de nuevo es duro, Ju.

Joa no pudo resistirse más. Se giró, apoyó la frente en su hombro y le puso la mano en el muslo. Los músculos bajo su palma se tensaron, pero ella no se apartó.

## *Capítulo Diez*

**J**oa tenía una reunión importante en la fundación de Isabel, así que Ronan había pedido a Tanna, su hermana, que recogiera a los niños en el colegio. Le resultaba extraño tener la tarde libre y volver a casa sin los niños hablando sin parar en la parte trasera del coche, pero el silencio le dio tiempo para pensar en todo lo que tenía pendiente.

Los candidatos al puesto de director general de la fundación, al igual que las candidatas a niñera de Ronan, no le parecían los adecuados. Todos estaban muy cualificados y eran muy hábiles, pero ninguno tenía el entusiasmo que ella consideraba necesario.

Tenía la impresión de que la única motivación en ambos casos era el elevado sueldo.

Para los niños, quería una niñera que se pusiera manos a la obra, que jugara y hablara con ellos, alguien que interactuara a su nivel. Para el director ejecutivo, quería a alguien que se preocupara menos de los beneficios de las fiestas de recaudación de fondos y más de las personas a las que, en última instancia, ayudaría. Quería a alguien que pintara una habitación y sirviera comida en un albergue, que apilara libros en una biblioteca, que visitara las zonas devastadas por el desastre que financiaran. Y eso estaba siendo muy difícil de encontrar.

Al acercarse por la carretera hacia la entrada de la casa de Ronan, vio un coche desconocido aparcado en su plaza. Aparcó a un lado y subió rápido los escalones, introdujo la llave en la cerradura y entró en el cálido vestíbulo. Saludó, dejó el abrigo y el bolso en la mesa del recibidor y al salir al pasillo vio a la hermanastra de Ronan junto a la ventana del gran salón. —Hola, Tanna. Siento llegar tarde.

—No te preocupes —dijo la joven volviéndose hacia ella con una sonrisa—. Me he tomado la tarde libre y me encanta pasar tiempo con los monstruos.

—¿Dónde están?

Tanna utilizó su taza de café para señalar el jardín exterior, aún cubierto de nieve. Joa vio a los chicos agazapados junto a unas piedras, fascinados por lo que les estuviera contando una mujer mayor.

—¿Quién es? —preguntó Joa, intrigada.

—Abigail Houseman —respondió la joven—. Me dijo que tenía una entrevista contigo para el puesto de niñera.

—¡Oh, Dios mío!, me olvidé de ella por completo.

Había concertado aquella cita hacía semanas, por eso se le había pasado. Y es que Abigail estaba de viaje en Escocia en aquel momento y solo podía ser entrevistada a su regreso. Habían acordado que, si encontraban a alguien adecuado durante esas semanas, Joa le enviaría un correo electrónico a Abigail para cancelar la cita.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Joa, confundida por el gran interés de los chicos en unas simples piedras.

Tanna se rio.

—Abigail les está contando la historia de los gnomos en Boston. Por lo visto, viven en los jardines de los chicos y las hadas en los de las chicas.

—¿Y los chicos se lo creen? —dijo Joa con una sonrisa.

—Aron se lo está tragando, Sam sospecha que es todo cuento, pero le está gustando la historia. —La joven se apartó de la ventana y se dirigió a la cocina, preguntando a Joa si quería café.

Ella le dijo que sí y se quedó mirando a los chicos durante unos minutos más. Abigail aparentaba tener unos cincuenta años. Se la veía en forma, llevaba el pelo rubio recogido y tenía una gran belleza natural. Resultaba agradable. Y lo mejor de todo, su atención estaba puesta en los chicos.

Aron tenía su mano en la suya y la expresión normalmente reticente de Sam no se veía por ninguna parte. Estaba claro que a los niños les gustaba esa mujer.

Se alejó de la ventana y se unió con Tanna en la cocina, sentándose en uno de los taburetes de la isla.

—¿Qué te parece como niñera? —preguntó Joa.

Tanna se lo pensó un momento.

—Me gusta mucho. Es fácil hablar con ella, no parece nada exigente. Los chicos se encariñaron de inmediato. —Tanna empujó una taza con café hacia Joa—. Te confieso que ya le he hecho una pequeña entrevista. Espero que no te importe.

Eran sus sobrinos y apreciaba una segunda opinión, así que no le molestó en absoluto.

—Tiene cincuenta y nueve años, su marido murió hace dos o tres años. No tiene hijos, pero ha dado clases de primaria durante treinta años y dejó el trabajo para cuidar a su marido, que murió de cáncer —explicó Tanna.

Joa asintió y le pidió a Tanna que continuara.

—No necesita vivir en la casa, ya que tiene una a diez minutos, pero tampoco le importaría pasar alguna noche con ellos si Ronan tiene que viajar.

—¿Dijo por qué estaba buscando trabajo?

—Porque le encantan los niños y se aburre. Ha estado viajando un poco desde que murió su marido, pero, como ella misma dijo, no es de las que se sientan en casa a tejer o a comer con sus amigos. No quiere volver a dedicarse a la enseñanza a tiempo completo y ha pensado que un trabajo a tiempo parcial le vendría mejor. —Los hombros de Tanna subieron y bajaron—. Creo que es perfecta para el puesto.

Oh, sonaba como si lo fuera. Por supuesto, Joa la volvería a interrogar antes de recomendarla a Ronan, pero Abigail ya sonaba a candidata perfecta. Maldita sea...

Joa no quería que Abigail fuera perfecta, no quería encontrarle a Ronan su niñera para siempre porque entonces ya no la necesitaría a ella y tendría que seguir adelante con su vida.

Y volvería a perder a otra familia...

Se restregó la cara con las manos, recordándose a sí misma que estaba repitiendo errores del pasado, que no tenía familia, que ese era un puesto de trabajo temporal. Tenía que seguir adelante. Tenía que encontrar su propio lugar. No era allí, en esa casa, con esos chicos y ese hombre.

Joa caminaba por el pasillo de Murphy International, sintiéndose fuera de lugar con sus vaqueros ajustados metidos en unas botas planas hasta la rodilla y una gruesa sudadera con capucha bajo una chaqueta acolchada. Las demás mujeres que entraban y salían de las oficinas

llevaban vestidos ajustados de colores llamativos, con tacones de aguja neutros o del mismo tono que la piel. Ella había pasado la mañana en el centro de reinserción social, revisando los planos de la reforma, y había pasado la mayor parte del tiempo al aire libre. Los vestidos y los tacones eran bonitos, pero poco prácticos.

Los vestidos de oficina y los tacones nunca habían sido lo suyo. Dudaba que alguna vez lo fueran. Le gustaba llevar chanclas y zapatillas, pantalones cortos y vaqueros. No se imaginaba arreglándose tanto y maquillándose; prefería ensuciarse las manos, ya fuera cuidando niños o subiendo escaleras para inspeccionar tejados.

Había dejado a los niños en el colegio y se había dirigido a la fundación de Isabel para una reunión. Acabó involucrándose tanto que parecía ser ella la que presidía aquel encuentro. Y se dio cuenta de que necesitaban una dirección firme, alguien que tomara decisiones y proporcionara liderazgo.

Pensó que ella podría ser esa persona. Le apasionaba la fundación, el trabajo que hacían, y se sentía muy cómoda en el papel de directora general. Pero no estaba cualificada. No tenía formación empresarial, contable o de gestión, ni ninguna de las cualificaciones que exigía el patronato.

Pero, maldita sea, era divertido. Dirigir la fundación era algo que se veía haciendo durante mucho, mucho tiempo... Incluso el resto de su vida.

—Ju.

Joa dio un respingo y se llevó la mano al corazón. Al recuperar el aliento, vio a Ronan de pie en la puerta de su despacho, con los brazos cruzados sobre el pecho y la diversión bailando en sus ojos.

—¡Me has asustado!

—Estabas a un millón de kilómetros de distancia. ¿En qué demonios estabas pensando?

Podría decírselo y él le confirmaría que no tenía la más mínima opción de conseguir el puesto de directora general. Tal vez él pudiera ayudarla a encontrar una forma de seguir colaborando con la fundación, de trabajar con el nuevo director general, quizá como asesora.

—Estaba pensando en la fundación de Isabel y en lo mucho que me gustaría dirigirla —admitió Joa.

—¿Qué, como directora?

Ella asintió.

—Es una locura, ¿verdad? Yo no estoy cualificada, no tengo una licenciatura en Empresariales ni sé nada de contabilidad. Y Keels es la única que puede camelarse a los donantes, puede sacar sangre de una piedra. Yo no sirvo para eso.

Esperó a que Ronan hablara, pero él no dijo nada. Se tomó su silencio como si él considerara que no era apta para el puesto.

—¿Por qué me pediste que bajara aquí? —preguntó ella con tristeza en su rostro.

—Hablaemos de eso en un minuto. Aún estamos discutiendo sobre lo del puesto vacante de director general en la fundación.

—Bueno, estaba hablando yo. Tú no decías nada —señaló Joa, un poco molesta.

—Es que estaba pensando.

—¿Y bien?

—Creo que tienes que valorarte más —dijo Ronan con tono contundente—. Estás hablando de las razones por las que no puedes ocupar el puesto mientras pasas por alto la razón más obvia por la que sí puedes.

—¿Perdón?

—Primero, eres una de las mujeres más ricas de la Costa Este. A la gente le importa un bledo de dónde vienes tú o tu dinero. La única persona que parece tener un problema con eso eres tú.

Vaya...

—Segundo, no tienes un título universitario, pero tienes un cerebro detrás de esa cara preciosa y grandes instintos. Puedes contratar a gente que revise un contrato, que diseccione balances, pero encontrar a alguien tan apasionado como tú sería imposible.

—Pero es la junta quien toma la decisión.

—¿De verdad crees que la junta va a votar en contra de ti y de Keely, las dos administradoras más poderosas? Dile a tu hermana que quieres hacerlo y ella se encargará de persuadir a todos los demás para que te apoyen. —Ronan se acercó y le rozó el pómulo con un nudillo—. ¿Puedo pedirte un favor?

Ella parpadeó, tratando de entender lo que acababa de decirle. No la había descartado; de hecho, parecía dar por sentada su idoneidad para el

trabajo. Tenía su apoyo incondicional y, aunque no lo necesitaba, era maravilloso tenerlo.

Entonces recordó que le acababa de pedir un favor.

—Sí, perdona, ¿qué necesitas?

—Antes de que te incorpores a la fundación a tiempo completo, ¿puedes, por favor, encontrarme una niñera?

Ya lo había hecho, pero no había tenido tiempo de contarle lo de Abigail. Y una parte de ella seguía sin querer hacerlo, seguía queriendo participar en la vida de los chicos, poder recogerlos del colegio y jugar con ellos.

Quería dirigir la fundación, pero también quería a esos niños. Y a Ronan también, lo quería por encima de todo...

Sus miradas se encontraron y Joa pudo ver el deseo en sus ojos, no había duda.

Dios, ella también lo deseaba. Lo quería en una cama grande, revolcándose en una maraña de manos y lenguas.

Joa se agarró a la correa de su mochila y se aferró a ella con todas sus fuerzas tratando de contener sus ganas de arrojarse encima de él. Recordando vagamente dónde estaban, se dio una bofetada mental y tomó aire. Ya le contaría lo de Abigail más tarde.

—Bueno, ¿por qué me has llamado?

—¡Ah, sí! Hay algo que quiero enseñarte.

Joa no entendía qué podía querer enseñarle en su lugar de trabajo. Su única conexión, aparte de la atracción que sentían, eran los chicos y la venta de la colección de Iz. Ella no era aficionada al arte y no sabía nada de antigüedades.

Ronan la agarró de la mano y tiró de ella hacia los ascensores al final del pasillo.

—¿Adónde vamos?

—A un almacén seguro en el sótano —explicó Ronan—. Es donde guardamos nuestras obras más valiosas.

—¿Y por qué vamos allí? —Joa seguía sin entender nada.

—Ya lo verás —dijo él, acariciándole el pómulos con un pulgar mientras descendían en el pequeño cubículo.

Las puertas del ascensor se abrieron dejando a la vista un vestíbulo con una gran puerta acorazada. Ronan tecleó un código y la puerta se abrió. Entraron en un enorme almacén lleno de estanterías. En el centro de la sala había una larga mesa y, sobre ella, paquetes envueltos en plástico de burbujas.

Joa miró a su alrededor, vio las cámaras en cada esquina y enarcó las cejas ante tanta seguridad.

—Siento como si cien ojos me estuvieran observando.

—Cien no, pero sí, esta sala está constantemente vigilada por nuestro equipo de seguridad. Finn, Carrick y yo somos los únicos que podemos bajar solos, y si alguien tiene que sacar algo del almacén le acompaña el jefe de seguridad. Todo lo que ocurre en esta sala se graba desde todos los ángulos.

Ronan pulsó un botón del intercomunicador situado junto a la pantalla:

—Por favor, corten la alimentación de cámara y audio a esta habitación.

Luego, él se acercó a la mesa y Joa lo siguió, dejando caer su bolso en un taburete.

—¿De verdad se han apagado las cámaras?

Ronan asintió.

—A veces mantenemos conversaciones aquí abajo que son altamente confidenciales. Mis hermanos y yo somos los únicos que tenemos autoridad para cortar las grabaciones.

—¿Vas a contarme algún secreto sensible de la empresa? Por favor, no lo hagas, no podría soportar la presión —dijo ella en broma.

Él sonrió.

—No, lo siento, nada de eso. Pero no estoy seguro de poder contenerme y preferiría no tener testigos mientras te beso.

Joa se quedó con la boca abierta unos segundos, hasta que se le ocurrió algo que decir:

—Dejando de lado el hecho de que cualquier tipo de contacto físico entre nosotros no es una buena idea, y acordamos que no sucedería, podrías haberme llevado a tu oficina y besarme allí. ¿Por qué me has traído aquí?

Él agarró un paquete cuadrado y se lo dio.

—Toma, desenvuélvelo.

Ella obedeció y quitó el plástico hasta descubrir un marco de fotos en su interior. Entonces, sintió que se le cortaba la respiración. El marco era cuadrado, con esquinas en ángulo y de un azul real intenso y vibrante. Cada esquina tenía una flor de lis construida con lo que solo podían ser diamantes grandes y gordos. En el centro había un óvalo recortado, enmarcado con más diamantes.

Era evidente que aquello era muy caro, además de raro e impresionante.

—Como ya sabrás, Carl Fabergé, junto con su hermano Agathon, se hizo cargo del negocio de joyería de su padre. No podían gestionar ellos mismos todos los encargos, así que contrataron a orfebres que dirigían sus propios talleres. Esos orfebres produjeron muchos artículos bajo el nombre de Fabergé. Eso lo hizo un hombre llamado Michael Perkhin.

—Es precioso. —Joa no podía apartar los ojos del marco, fascinada por cada minucioso detalle.

Ronan le quitó con cuidado el marco de la mano con intención de darle otro paquete.

—Un coleccionista de renombre mundial ha decidido deshacerse de algunas piezas de su colección de Fabergé y quiere que vendamos estos objetos por él.

Joa se apartó de la mesa y levantó las manos.

—Tengo miedo de tocar todo esto.

—No te preocupes. Ese marco solo vale trescientos mil dólares.

Joa chilló y dio otro paso atrás.

—¡No voy a tocar nada más!

Ronan se rio y desenvolvió él mismo otro paquete, deslizando el diminuto objeto en su mano antes de que ella pudiera ver lo que era. Apretó el puño y le dijo que extendiera la palma de la mano. Cuando ella lo hizo, él dejó caer el pequeño objeto en su mano y Joa se quedó boquiabierta al ver el huevo en miniatura, adornado con diamantes y rubíes y ribeteado en oro. Estaba diseñado para llevarlo como colgante.

—También es de Fabergé. —Tras examinarlo ambos durante un rato, Ronan lo volvió a guardar en su caja—. Ha circulado el rumor de que uno de los huevos imperiales podría salir a la venta en breve. Creemos que por

eso este coleccionista quiere vender estos objetos, porque necesita tener dinero suficiente para pujar por ese huevo.

—¿Cuánto puede valer un huevo?

—Lo que un coleccionista esté dispuesto a pagar —respondió Ronan—. ¿Diez, quince, treinta millones? ¿Más? No lo sabremos hasta que salga a la venta.

Joa se dedicó a inspeccionar cada uno de los veinte lotes, embelesada por la belleza de aquellos objetos tan valiosos.

—Solía leer sobre los Romanov y la corte real, y sobre Rasputín y Fabergé. Todo ese mundo, durante la mayor parte de mis catorce años, fue mi vía de escape. Pasaba muchas horas imaginando que era una joven de la aristocracia rusa, con un padre poderoso y una madre cariñosa, que estaba mimada y protegida. —Sonrió de forma leve a Ronan—. No tuve una gran infancia. Pasé la mayor parte de mi vida en el sistema de acogida y de adolescente acabé fugándome.

Joa sintió la mano de Ronan en su espalda, pero no pudo mirarlo. No quería ver lástima.

—Me resulta tan extraño haber acabado viviendo con Isabel, una mujer rodeada de lujos y gente rica como ella. Y también que yo esté aquí, mirando estos objetos. Seguro que ahora incluso puedo permitirme comprar alguno.

Ronan dio la vuelta a la mesa y se colocó de espaldas a ella para mirarla.

—¿Cómo acabaste en una casa de acogida?

Acababa de abrirle la puerta, ahora no podía cerrársela en las narices. Quería mantener su pasado en privado, pero también quería contárselo, mostrarle quién era realmente.

—Mi madre era adicta a la metanfetamina.

—¿Y tu padre?

—No le conozco —respondió ella encogiéndose de hombros—. Probablemente ella tampoco. Pero tenía que tener raíces indias porque mi madre era rubia de ojos azules.

—¿Cómo acabaste con Isabel? —preguntó él, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Mi madre adoptiva trabajaba de noche, y mi padre tenía claras intenciones de querer abusar de mí. Yo ponía una silla debajo del pomo de la puerta todas las noches. Un día llegué a casa del colegio y la silla no estaba y la cerradura de mi habitación estaba rota. Supe que tenía que salir de allí cuanto antes.

Vio la ira en el rostro de Ronan, pero continuó hablando:

—Acabé en el refugio que Iz financió y ella me encontró allí. Dos días después, ya estaba viviendo con ella y con Keely. Durante mucho tiempo me consideré la princesa Anastasia, alguien que había escapado a la muerte. —Se encogió de hombros—. Tenía mucha imaginación.

Ronan enlazó la mano de ella con la suya.

—Creo que eres una mujer muy valiente.

Joa agradeció que él no hiciera ningún comentario con lástima. Se acercó y le rodeó la cintura con los brazos. Luego apoyó la frente en su pecho.

—No tiene sentido mirar atrás. Prefiero seguir adelante con mi vida.

—Lo entiendo, Ju. Lo entiendo...

Ronan dejó caer un beso sobre su pelo y le dio un abrazo fuerte.

—¿Has mirado la lista de objetos de la colección de Isabel que van a subastarse? —le preguntó él con su voz grave y cálida en el oído.

Ella se encogió de hombros mientras se apartaba de su abrazo.

—Más o menos. —La lista era larga y ella había estado muy ocupada—. ¿Por qué?

—Porque Isabel poseía un huevo colgante Fabergé en miniatura.

Joa le miró con el ceño fruncido, sin saber si le estaba tomando el pelo.

—¡Estás bromeando!

—Es de plata y lleva un montón de diamantes. ¿Quieres verlo?

—¡Claro que sí!

## *Capítulo Once*

**E**ran ya más de las once, los niños llevaban horas en la cama y Joa se había retirado a su habitación poco después de cenar. Había estado callada la mayor parte de la noche y casi no había comido nada. Ronan sabía que su conversación en la cámara acorazada le había pasado factura emocionalmente.

La idea de que un hombre quisiera entrar en su habitación para agredirla sexualmente le daba ganas de golpear una pared. A lo largo de las últimas horas había pensado en ir a verla, pero sabía que a veces lo mejor era darle espacio a la gente, dejar que resolviera sus propios problemas a su manera.

Así que se sorprendió al ver a Joa de pie en la puerta de la habitación de invitados donde él se encontraba. Los niños habían entrado allí para jugar y él había ido a recoger el desastre que habían organizado. Parecía que ella le había estado buscando para hablar con él. También que había estado haciendo yoga, porque estaba vestida con pantalones blancos ajustados y un top corto, y su piel brillaba por el ejercicio.

Tuvo que hacer un ejercicio de autocontrol para no excitarse al verla así vestida. Y en ese momento se dio cuenta de que no quería que Joa se fuera, ni ahora, ni la semana que viene, ni nunca. Ella encajaba en su vida, en la de sus hijos; la hacía mejor, más brillante.

Le gustaba y, con el tiempo, podría llegar a sentir algo más por ella. La idea ya no le asustaba tanto como antes.

—Si quisiera, ¿podría retirar de la venta el colgante del huevo de Isabel? —preguntó ella, apoyándose en el marco de la puerta y sacando a Ronan de sus pensamientos.

—Claro, con la aprobación de Keely. ¿Estás pensando en hacerlo?

—No estoy segura. —Joa se mordió la comisura del labio—. Me gustaría, pero también siento que debería permitir que se venda el colgante. Recaudará mucho dinero.

—Cariño, podría recaudar veinticinco mil dólares, quizá más. Digamos que recauda cincuenta mil, cien mil. Eso es una gota en el océano comparado con los muchos millones que se recaudarán en total. También podrías hacer una donación por la cantidad equivalente a su valor. He oído que ahora eres bastante rica. Ella sonrió.

—Sí, vale. Hablaré con Keely para saber si le parece bien que se retire.

Y en el muy remoto caso de que se opusiera, Ronan compraría el huevo él mismo para asegurarse de que Joa se adueñara de ese colgante.

—Hazlo y luego envíame un correo electrónico oficial con lo que ella opine, así podremos retirarlo de la subasta —dijo él, tratando de sonar profesional, aunque le resultaba muy difícil porque no paraba de desear quitarle esa ropa.

—Esto te sonará muy extraño, pero... cuando nos abrazamos esta tarde en la cámara acorazada, me resultó muy agradable. Puedes, quiero decir, quieres...

¿Le estaba pidiendo que la abrazara? Tenía que estar bromeando.

—No.

Ella se puso roja al oír su rápida negativa. Bajó la mirada y dio un paso atrás, con la mano en la puerta, dispuesta a marcharse.

Ronan se acercó y la agarró de un brazo. Necesitaba explicarse, y rápido.

—No puedo abrazarte, Ju. Porque, si lo hago, voy a desnudarte, saborear cada centímetro de ti y luego hacerte mía.

Joa se volvió lentamente y vio el rápido subir y bajar de su pecho, el deseo en sus ojos. —Está bien. Me conformaré.

Ronan se llevó las manos al pelo, tirando de las raíces, intentando mantener la calma. Necesitaba tocarla y saborearla, pero primero tenía que asegurarse de... —¿Me estás diciendo que tú también me deseas?

Joa no contestó y él sintió que el estómago se le encogía. Entonces, ella cruzó los brazos sobre el pecho y agarró los bordes de su top de gimnasia, tirando hacia arriba y por encima de la cabeza, mostrando sus

pechos, tan bonitos, prietos y oscuros. Apretó los puños para no acercarse a ella, deseoso de ver qué hacía a continuación.

No le decepcionó. Metió los pulgares bajo la tela que cubría sus caderas y se bajó los pantalones por los muslos hasta quitárselos del todo. De pie, vestida tan solo con unas diminutas braguitas blancas, dudó un momento antes de empujar el último trozo de tela por sus caderas. Luego clavó su mirada en él. —¿Que esté desnuda cuenta como un sí?

Él intentó hablar, pero fue incapaz. Se acercó a ella y comenzó a acariciarla desde la clavícula, bajando por el pecho. Sintió cómo la espalda de ella se arqueaba, tratando de instarle a que la chupara, pero sus labios se limitaron a rozarle la piel. Él estaba al mando. Al final, le daría lo que quería, pero quería prolongar su placer, provocarla y tentarla.

Ronan le puso la palma de la mano sobre el pecho y la empujó suavemente hacia atrás para que ella chocara contra la cama y se tumbara. Luego le agarró las muñecas y se las colocó por encima de la cabeza, y ella reaccionó arqueando la espalda y levantando las caderas.

Sin quitarse la ropa, apoyó una mano en las sábanas, junto al hombro de ella, y la contempló, observando sus pechos perfectos, su vientre plano, la suave curva de sus caderas y piernas. Después, con su mano libre, siguió explorando la feminidad de su hombro, su estrecha caja torácica y su bonito ombligo. Pasó interminables minutos acariciando sus pezones, haciéndolos rodar entre el pulgar y sus otros dedos, punzándolos hasta endurecerlos aún más. Quería besarla, darle a su boca lo que sus manos estaban disfrutando, pero si lo hacía, todo acabaría en cuestión de minutos.

Estaba al filo de la navaja, con una erección dura y tensa contra la tela de los pantalones.

—Por favor, Ro... —gimoteó ella abriendo las piernas.

Él no pudo evitar mirar hacia abajo. Tenía un cuerpo tan bonito. Pasó un dedo entre su abertura, sintiendo el calor y la humedad que le indicaba que estaba preparada para él.

Ronan retiró el dedo y le pintó el interior del muslo con sus jugos. Ella gimió de insatisfacción y levantó las caderas, deseando más, deseándolo todo. —Estoy tan cerca. No dejes de tocarme...

Se bajó los pantalones con la ayuda de Joa y luego ella le subió la camisa y se la puso por encima de la cabeza. Ronan no pudo evitar frotar su erección contra la hendidura suave de Joa, haciendo que ella no parara de gemir y reclamar más.

Y cuando él empujó dentro de ella, se sintió como en casa.

Se retiraría, lo haría, en un minuto, todavía había cosas que quería hacerle, pero por ahora se dejaría hundir.

Apoyó los codos a ambos lados de su cabeza, le rozó los pómulos con los pulgares y apoyó la frente en la suya. Estar así, con Joa, era a la vez el cielo y el infierno. El cielo porque encajaban tan bien, el infierno porque había pensado que esa parte de su vida había terminado para siempre.

Como no quería que su mente le llevara por ese camino, bajó la cabeza para besar la sensual boca de Joa, disolviendo todos los pensamientos sobre el bien y el mal, el pasado y el futuro.

Solo existía el presente, y era perfecto.

Él empujó su mano bajo el trasero de Joa, levantó sus caderas, y se deslizó un poco más profundo.

—Me encanta esto, Ronan. Me encanta tu cuerpo. Me encanta lo que me haces.

Las palabras de ella fueron suaves, pero encendieron la mecha que hizo detonar su autocontrol. Con un rugido animal, algo que nunca recordaba haber hecho, Ronan se abalanzó con más fuerza sobre ella, a pesar de que una voz le decía que fuera suave, que se lo tomara con calma. Pero no podía, necesitaba marcarla como suya. Entonces, se dio cuenta de que ella le clavaba las uñas en las nalgas y de que levantaba la cabeza reclamando sus labios, al parecer, tan desesperada como él por ella. Ronan aminoró la marcha, pero Joa no se dio por vencida. Ella sacudió las caderas hacia arriba, tomando lo que necesitaba, empujando más fuerte y más rápido.

Asombrado por su pasión y su necesidad, dejó que Joa controlara el ritmo y, cuando sintió que ella se estremecía, cuando notó que se apretaba, empezó a moverse, con movimientos largos y seguros, diseñados para maximizar el placer, para extraer hasta la última gota de ambos.

La oyó gritar, sintió cómo estallaba en pedazos, pero entonces se vio consumido por su propia colisión cósmica. Y el placer, caliente, rápido y abrumador, lo consumió.

Joa se incorporó en la cama, sintió el aire frío en el pecho y miró hacia abajo, sorprendida al darse cuenta de que estaba desnuda. Se puso de lado, agarró el móvil de la mesilla y miró la pantalla.

Se había quedado dormida en los brazos de Ronan, después de haber hecho el amor tres veces, dos en aquella enorme cama y la última en la ducha, con la cabeza apoyada en su pecho, la mano en su estómago y la rodilla entre sus piernas.

Se había sentido cálida, feliz, segura y saciada.

Se levantó de la cama y se puso la camisa de Ronan, que fue lo primero que encontró. Tenía que ir a las oficinas de la fundación a revisar unos papeles y luego por la tarde debía recoger a los niños en el colegio.

Bajó las escaleras y se dirigió directamente a la cocina a preparar el desayuno. Al abrir la nevera, se encontró a la altura de los ojos la maldita nota de Thandi para Ronan que ya había leído un millón de veces.

Se le encogió el corazón y se llevó la mano a la boca, jadeando. Las lágrimas no tardaron en aparecer. Era una idiota.

Se había enamorado de otro hombre que no estaba disponible.

Maldijo, mortificada y decepcionada consigo misma. Había vuelto a Boston con una visión clara, un plan para encarrilar su vida.

Tenía dinero y podía permitirse todo el tiempo necesario para pensar en lo que quería hacer.

Pero ¿qué había hecho? Había repetido los errores del pasado, no solo aceptando otro trabajo de niñera, sino también enamorándose de su jefe y acostándose con él.

Y esa vez no estaba imaginando una realidad que no existía. Estaba enamorada de Ronan, de cómo era él realmente. Y también amaba a sus preciosos hijos.

Ese hombre había sacudido su mundo, la había vuelto del revés. Le encantaba su cuerpo, disfrutaba con su perverso sentido del humor y su agudo cerebro. Respetaba su devoción por sus hijos y su lealtad a su mujer.

Su mujer... Ronan nunca la amaría como a Thandi.

Las pruebas que respaldaban esa afirmación estaban por todas partes. Él seguía llamándola su mujer, no su difunta esposa, y su enorme retrato junto a la puerta principal anunciaba a cualquiera que entrara que ella seguía siendo la reina de la casa.

Su presencia estaba en todas partes. No había sitio para nadie más en el corazón de Ronan.

Ignorando las lágrimas que rodaban por su rostro, se puso de pie y subió las escaleras hasta el dormitorio. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que habían hecho el amor en el dormitorio de invitados. Ella no era más que eso, una invitada. Nunca había visto su dormitorio, no tenía ni idea de lo que había detrás de aquella puerta siempre cerrada.

Entró en el cuarto de baño y abrió los grifos de la ducha. Cuando el agua estuvo tan caliente como pudo soportar, se metió en la cabina de cristal y comenzó a restregarse el cuerpo con jabón, tratando de apartar las imágenes de la noche anterior con él de su cabeza.

Nunca había visto su cuarto de baño ni su dormitorio porque eran espacios que había compartido con Thandi. Aquel era terreno sagrado.

Entendía que él no quisiera que sus recuerdos con ella se vieran empañados, pero seguía doliéndole, maldita sea.

Se sentía inferior, siempre se había sentido fuera de lugar. Y en esa casa volvía a pasarle lo mismo. Aquella era la casa de Thandi. Y aunque Ronan le ofreciera la oportunidad de intentarlo, Joa nunca daría la talla.

Tenía que dejar de compadecerse de sí misma y trazar un plan.

Necesitaba salir de allí causando el mínimo trastorno, tanto a Ronan como a los niños. Y ya tenía la excusa perfecta para hacerlo. Abigail era amable y generosa, y su presencia en la casa haría que Joa pudiera seguir adelante con su vida.

Y si quería ser sincera del todo consigo misma, debía aceptar que dirigir la fundación no era más que otra quimera. Al igual que con Ronan, era algo que quería, pero que no podía tener. No estaba cualificada.

No podía quedarse en Boston, necesitaba irse.

Por suerte, tenía tiempo y dinero, así que podía empezar de cero donde quisiera.

Saldría de la vida de Ronan y de los chicos, y pronto se convertiría en otro recuerdo más.

Y Ronan, si es que alguna vez pensaba en ella, la recordaría como la mujer que le facilitó el regreso a una vida sexual sana, un puente entre su antigua vida y la nueva.

Lo que no haría sería darle ninguna pista del dolor que amenazaba con consumirla, ni tampoco confesarle su desesperado deseo de ser su amante y de querer ayudarle a criar a sus maravillosos hijos.

Esos eran sueños imposibles y ahora le tocaba ser realista.

## *Capítulo Doce*

**A**l otro lado de la ciudad, Ronan estaba sentado detrás de su escritorio, intentando concentrarse en la conversación que mantenía con Eli. Pero apenas podía seguir el hilo, porque los pensamientos sobre Joa, y la espectacular noche que habían compartido juntos, seguían invadiendo su cerebro.

Ronan se alegró de estar sentado y de que sus pantalones estuvieran ocultos por su escritorio. Maldita sea, necesitaba una ducha fría. Y un trasplante de cerebro...

No debería pensar tanto en ella, tenía trabajo que hacer, niños que criar, una ayudante a la que prestar atención... No podía permitirse el lujo de dejarse llevar por fantasías y recuerdos.

—Beah debería llegar en cualquier momento —dijo Eli, poniéndose de pie.

Ronan esbozó una sonrisa. Nunca le había caído bien la exmujer de Carrick, pero adoraba a Beah, la ex de Finn, y se había entristecido mucho cuando dieron por terminado su matrimonio.

En cuanto su excuñada entró por la puerta, él se levantó de su asiento para recibirla. Se dieron dos besos y ambos se sentaron.

—Me sorprendió saber que estabas en la ciudad.

—He venido porque tengo que hablar con alguien... sobre una boda.

Ronan frunció el ceño.

—¿La tuya?

—¡Dios, no! —dijo Beah, levantando las manos.

Se pusieron al día de las novedades en sus vidas y luego volvieron a los negocios:

—He pensado que, ya que estoy aquí, podría echar una mano con la subasta de Mouton —sugirió Beah.

—Me parece estupendo. —Ronan pensó que hablar con Beah de sus clientes y de arte le obligaría a concentrarse en el trabajo y olvidar a Joa. Estaba negociando con valiosas obras de arte y tenía que concentrarse porque cometer un error podía costarle a la empresa decenas de millones.

Beah y él estaban a punto de terminar su reunión cuando su conversación se vio interrumpida por un par de golpes en la puerta del despacho. Ronan se sorprendió al ver que se trataba de Finn. Sobre todo porque su hermano siempre parecía saber cuándo su exmujer estaba en el edificio y hacía todo lo posible por evitarla.

La electricidad crepitaba entre ellos y Ronan acabó por romper el silencio cargado de sexualidad aclarándose la garganta en voz alta. Tanto Beah como Finn dieron un respingo y su hermano se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—Beah.

—Finn... —respondió Beah, también con formalidad—. Espero que estés bien.

—Muy bien. ¿Y tú?

Dios mío. Ronan quería golpearse la frente contra el escritorio ante su terquedad. Lo que quería decirles era que buscaran una habitación y se pusieran manos a la obra, pero no podía. Entonces, decidió ponerse en pie.

—¿Qué necesitas, Finn?

—Yo nada. Es Carrick. Está encerrado en su oficina, no atiende a las llamadas y los empleados están un poco desubicados.

—¿Está enfermo? —preguntó Ronan preocupado.

Finn sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo alborotado.

—Ayer le conté algo, algo sobre Sadi, y está, bueno..., está cabreado. No conmigo, sino con la situación. Creo que ha roto con ella.

—Hablaré con él a ver qué pasa.

Aunque Carrick era bastante terco, podría resultar difícil hacerlo entrar en razón.

Ser testarudo era algo en lo que los tres hermanos Murphy destacaban.

Ronan golpeó la puerta cerrada del despacho de Carrick, pero no se molestó a que lo invitara a entrar. Su hermano tenía un aspecto horrible. A juzgar por sus ojos hinchados y su rostro pálido, era obvio que tenía una resaca infernal. También pudo ver su angustia, una emoción que conocía muy bien, ya que había sido su fiel compañera durante los últimos años.

Carrick se incorporó y lo miró con desprecio.

—¿Qué pasa? —preguntó con tono cortante.

—Marsha ha cancelado tus reuniones y está reteniendo tus llamadas. Está preocupada porque la última vez que te aislaste de esta forma fue porque Tanna tuvo el accidente.

Carrick le miró con el ceño fruncido.

—¿Y no pensaste que tal vez necesitaba un poco de tiempo para estar a solas?

—¿Quieres decirme de una vez qué es lo que te pasa?

—No.

Ronan puso los ojos en blanco y contuvo una maldición.

—¡Quiero estar solo!

—Pero lo que quieres y lo que necesitas son dos cosas totalmente distintas. —Él lo sabía muy bien.

—Sé lo que necesito, Ronan.

—No, Carrick, crees que lo sabes. Crees que quieres estar solo, para protegerte del daño de que otra mujer te deje. Odio decirte esto, pero no puedes controlar las acciones de nadie. La gente se va, la gente muere y la gente mete la pata.

Por el amor de Dios, ¿de dónde había salido eso? ¿Estaba hablando de Carrick o de sí mismo? No, tenía que estar hablando de su hermano porque si no...

No, él no estaba listo para dejar ir a Thandi.

—Tú y Sadie habéis roto, ¿verdad? O, para ser más precisos, tú rompiste con ella. —Quería decirle a Carrick que era un completo imbécil por dejar escapar a una mujer como ella, pero sabía que su hermano le daría un puñetazo y se consumiría en su propia terquedad.

Necesitaba a Sadie, maldita sea. Su hermano se merecía una segunda oportunidad, ser feliz.

¿No lo merecían todos?

Carrick se encogió de hombros y Ronan sintió una oleada de frustración.

—Ella es la persona destinada para ti. ¿Cómo puedes estar tan ciego como para no verlo?

—¿Y tú cómo puedes saber eso?

—¡Porque reconozco el amor verdadero cuando lo veo, Carrick! Lo viví, lo tuve entre mis brazos y sé reconocerlo. Ella es tu otra mitad, la persona con la que se supone que debes estar.

—Yo también pensé eso con Tamlyn.

Ronan no podía entender cómo su hermano podía comparar a la brillante, divertida y encantadora Sadie con su la bruja de su ex.

—No solo se puede amar a una persona en la vida. Y se puede amar a la gente de muchas maneras distintas y en diferentes momentos. Amabas a Tamlyn hace años, pero tú ahora eres una persona muy diferente. No solo se tiene una oportunidad en el matrimonio y el amor, Carrick.

Ronan se dio cuenta de que sus propias palabras lo llevaban directo a una trampa, una de la que su hermano no le iba a dejar salir.

—Te escucho, Ronan, lo hago.

Vale, quizá Carrick estaba demasiado sumido en su propia miseria como para echarle en cara sus palabras.

—Entonces, ¿vas a arreglar las cosas con Sadie?

—Ya lo estoy haciendo. Pero antes, ¿puedo hacerte una pregunta?

Ronan asintió y se encogió de hombros.

—Claro.

—¿Por qué hay unas reglas para mí y otras diferente para ti? Si yo puedo tener otra oportunidad en una relación, ¿por qué tú no?

Después de salir de la oficina de Carrick, con su difícil pregunta todavía ardiendo en su cerebro, Ronan caminó hacia su coche y se dirigió a casa, sintiendo la necesidad de estar con Thandi. Porque ella no estaba en una tumba, vivía dentro de sus hijos, en los recuerdos que compartían en su casa de West Roxbury, en las habitaciones por las que había caminado, vivido y amado.

Antes de entrar, había comprobado sus cámaras de seguridad y sabía que Joa no estaba en casa. Se había ido alrededor de las once y, con suerte, no volvería pronto. Necesitaba tiempo a solas, tiempo para pensar.

Entró y ni siquiera se molestó en quitarse el abrigo; simplemente se paró frente al retrato de Thandi. Su hermosa esposa, el latido de su corazón.

Oh, él todavía la amaba, pero ¿estaba todavía enamorado de Thandi?

«Si yo puedo tener otra oportunidad en una relación, ¿por qué tú no?».

Había ido al despacho de su hermano para enderezarlo, pero había sido él quien había salido de aquel encuentro sintiéndose destrozado y herido, con todo su mundo patas arriba. Qué arrogante diciéndole a Carrick que tenía derecho a otra relación, que estaba desperdiciando la oportunidad de ser feliz porque había tenido un mal matrimonio con una mala mujer.

«No solo se puede amar a una persona en la vida. Y se puede amar a la gente de muchas maneras distintas y en diferentes momentos».

¿Significaba eso que podía volver a enamorarse? ¿Era Joa la persona adecuada con la que podía correr ese riesgo?

Ronan desvió la mirada hacia la fotografía que había sobre la mesa del pasillo, la foto de él y Thandi el día de su boda. Habían sido tan felices. ¿Podría ser la mitad de feliz con otra persona?

Se dio cuenta de que ya lo había sido, esas últimas semanas, con Joa. Un tipo diferente de felicidad. No mejor ni más fuerte, solo diferente. Miró hacia el salón y vio las muchas fotografías de Thandi que había en la repisa de la chimenea, el enorme marco de plata en la parte superior del piano. También había fotos de ella en la nevera. De hecho, había fotos suyas por todas partes.

¿Qué pensaba la gente cuando entraba en su casa? ¿Cómo se sentían al verse rodeados de tantas imágenes de su difunta esposa? Toda su casa era un santuario para Thandi, y tal vez había llegado el momento de dejarla marchar.

Era hora de abrazar algo, a alguien diferente.

Tal vez ya era hora de que empezara a vivir de nuevo.

Ronan se volvió al oír abrirse la puerta principal y su corazón se aceleró cuando Joa entró en el vestíbulo, con el pelo negro brillando a la luz del sol que entraba por el cristal de la puerta. Ella pareció sorprendida

al verlo, y luego su rostro adoptó una expresión anodina, la que utilizaba para poner distancia entre ellos.

Joa estaba actuando como su empleada. Él quería a la mujer cálida, excitante y de sangre caliente que había compartido su cama la noche anterior, no a esa belleza fría y distante que lo miraba con la boca apretada.

—¿Qué haces en casa a estas horas? —preguntó ella, dejando su bolso en el suelo del pasillo. Ella nunca colgaba nada. Debería molestarle, pero no era así. Estaba feliz de que ella estuviera allí, compartiendo y desordenando su espacio con él y sus hijos.

¿Cómo podría explicárselo? ¿Cómo reaccionaría si le dijera que ella le alegraba la vida, que quería ver si podían, tal vez, hacer que lo suyo funcionara? Que pensaba que podría estar enamorándose de ella.

Como él no decía nada, Joa siguió hablando:

—Creo que te he encontrado una niñera.

Ronan sintió como si ella le hubiera dado un puñetazo en las tripas. Había olvidado por completo que le estaba buscando una niñera.

—Pensé que te gustaban mis hijos, que disfrutabas cuidándolos...

—Ronan, te dije que yo te ayudaría de manera temporal. Además, ella es una mujer maravillosa. Ha sido maestra y los niños ya la conocen y les gusta mucho. Hasta vive cerca de aquí.

No quería otra niñera, la quería a ella.

—No me importa. Quiero que te quedes.

Él sabía que estaba metiendo la pata, que antes necesitaba explicarse, pero sus sentimientos hacia ella eran demasiado nuevos y frágiles. No había tenido tiempo de asimilarlo, de hacerse a la idea de que podía volver a ser feliz con otra persona, de que podía dejar a un lado la culpa y empezar a vivir de nuevo. Necesitaba hacerlo, necesitaba tiempo, pero tampoco quería perder a Joa. Porque, Dios, si ella lo dejaba, si ella se iba, sabía que él no sería capaz de recuperarla.

—Y lo mejor de todo es que puede empezar enseguida —dijo Joa, ignorando su comentario anterior—. He quedado con ella en que se pase esta noche para que os conozcáis.

—¡No la quiero a ella, te quiero a ti! —rugió Ronan.

Ella se limitó a quedarse plantada de brazos cruzados con la mirada en la pared detrás de él.

—¿Quieres mirarme, por favor? —gritó él—. ¡Yo estoy aquí, ella no! —dijo girando el cuerpo y señalando el retrato de Thandi.

—Por supuesto que lo está, Ronan —contestó ella, apartando los ojos del retrato para mirarlo a él—. Está en todas partes. En tu cabeza, en tu casa, en todo lo que haces, en cada decisión que tomas. —Agitó la cabeza y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Pero está bien, Ronan. De verdad que lo está. Lo entiendo, ella fue el amor de tu vida, la madre de tus hijos. No puedo competir con eso. No quiero competir con ella.

Él quería decirle que también la amaba a ella.

—No hagamos esto más difícil de lo necesario, Ro. Mejor que todo sea más simple.

Sonaba bien. Realmente sonaba bien. Simple era él viviendo su vida como viudo, solo. Criando a sus hijos, trabajando, una vida sin complicaciones, sin una mujer espectacular que le hacía vibrar el cuerpo. Sí, le gustaba lo simple. Lo simple tenía sentido.

Pero lo simple también era aburrido, poco imaginativo, solitario...

—Sé que Tanna se va a llevar a los chicos a pasar el fin de semana a la finca Lockwood. Han sido invitados a la fiesta de cumpleaños de la hijastra de Darby.

Ronan se frotó la frente con la punta de los dedos, intentando pensar. Sí, eso sonaba bien. Dios, estaba tan cansado. Se sentía como si necesitara dormir durante una semana...

Joa metió las manos en los bolsillos de su abrigo y continuó hablando:

—He reservado un vuelo para ir a Miami a pasar el fin de semana con Keely. Hay muchas cosas que tenemos que discutir con respecto a la fundación, incluido un currículum impresionante que hemos recibido hoy. La candidata podría ser perfecta para el puesto de directora general.

No, ese trabajo era de Joa. Nadie era más adecuado para dirigir la fundación que la resistente y asombrosa niña convertida en mujer a la que la propia Isabel había rescatado hacía tantos años. Ronan quería decirle eso, insistir en que luchara por el puesto, pero no podía pronunciar las palabras porque tenía muchas otras en la lengua.

«No te vayas. Creo que me estoy enamorando de ti».

Joa tomo aire, tratando de controlar sus emociones.

—Entrevista a Abigail esta noche y, si te gusta, ¿por qué no salimos todos a cenar el domingo por la noche? Tú, los niños, Abigail y yo. Podemos decirles que Abigail será su nueva niñera. Y así puedo despedirme de ellos en condiciones.

La idea de que ella los dejara obligó a su cerebro a ponerse en marcha y formar algunas palabras.

—¿Te vas? ¿Adónde vas?

Joa se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Ya veré. Pero creo que lo mejor es que me vaya de Boston.

—¿De verdad me vas a dejar? —preguntó Ronan, sintiendo como si ella hubiera metido la mano en su corazón y se lo hubiera arrancado del pecho.

Ella tragó saliva, cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—¿Me has oído cuando te he dicho que quiero que te quedes? —preguntó él, con la voz entrecortada.

Joa se acercó y le puso una mano en el corazón.

—Sé que me quieres, Ro, ese nunca fue el problema. Pero lo que yo más deseo pertenece a otra persona y no voy a luchar con ella para conseguirlo.

Joa se dio la vuelta y él la vio subir las escaleras, sintiéndose abrumado, un poco cabreado y totalmente desorientado. Quiso ir tras ella, de repente aterrorizado por la idea de no volver a verla. ¿Qué iba a hacer? Sabía que no podía ser impulsivo. Tenía que pensar, analizar la situación. No podía pensar solo en sí mismo. Tenía que pensar en los chicos.

Se restregó las manos por la cara y se sorprendió al notar algunas lágrimas en las mejillas. ¿Lágrimas? ¿De verdad? Nunca había pensado que volvería a llorar, y menos por otra mujer.

Ronan bajó las manos y su mirada se posó en el marco plateado con una foto de él, Thandi y Sam, cuando eran felices y él se sentía tan seguro de sí mismo y de su lugar en el mundo. Tocó la fotografía y, lentamente, la volteó con un dedo hasta dejarla boca abajo.

Thandi había muerto y él debía continuar con su vida.

## *Capítulo Trece*

**J**oa miró más allá del hombro de Keely, hacia el inmeso océano Atlántico que se veía a sus espaldas.

Era sábado por la tarde o, como a Joa le gustaba llamarlo, el segundo día de su asquerosa vida sin Ronan.

Todavía le quedaban una o dos horas más con Ronan y los niños, cuando se vieran de nuevo para cenar al día siguiente. Luego se iría de sus vidas para siempre.

«Para siempre».

Dios, eso era mucho tiempo.

No sabía si podría soportarlo. Había sido tan estúpida por haberse enamorado otra vez de un hombre que no estaba disponible. ¿Cuándo iba a aprender?

Keely levantó la vista de la lectura del currículum del último aspirante al puesto de director general de la fundación y puso los ojos en blanco.

—¿Vas a pasarte todo el fin de semana suspirando?

—Es probable —admitió Joa, llevándose el vaso de té helado a los labios. Luego señaló los papeles que Keely tenía sobre los muslos—. Tiene buena pinta, ¿verdad? Es inteligente, está cualificado y además tiene mucha experiencia. Creo que es perfecta para el puesto.

—Yo diría que tú quieres que sea perfecta para el puesto —dijo su hermana, arrojando el currículum sobre la mesa de madera que había entre ellas. Estaban sentadas en la terraza de la lujosa casa que Keely había alquilado.

—¿Qué estás tratando de decir, Keely?

—Que esté tan cualificada te da la salida que buscas.

Joa intentó encontrar sentido a sus palabras, pero se quedó en blanco.

—¿Perdón?

—Quieres que sea maravillosa para poder dejar Boston, la fundación, a mí... —afirmó con un tono de voz apesadumbrado que Joa jamás le había oído antes.

—Pero si tú también dejaste de lado a Ronan y a sus hijos. Y Mounon House, Boston y el recuerdo de Isabel...

—Oh, el tema de Ronan lo hablaremos en un minuto —le dijo Keely con sequedad. Se inclinó hacia adelante y clavó su mirada en Joa—. ¿Cuándo vas a dejar de salir corriendo, Joa?

—Yo no he salido corriendo. ¿Y cómo hemos llegado a este tema? Estábamos hablando del puesto de director de la fundación.

—¡Un puesto que tú quieres! ¡Y lo harías muy bien! —gritó Keely.

—No estoy cualificada.

Su hermana levantó las manos, frustrada.

—Oh, seguro que no podrías aprender nada. Como no tienes cerebro y solo tienes un máster en Psicología. Sí, no podrías aprender nada nuevo. Y nosotros no podríamos pagar la ayuda que necesitáramos, como somos pobres...

Vaya, durante su ausencia, Keely se había vuelto muy hábil con el sarcasmo.

—¿Tú me apoyarías dirigiendo la fundación?

—¡Claro que sí! Tienes pasión y empatía, y entiendes lo que Isabel intentaba conseguir. Estuve pendiente de la fundación mientras no estabas porque alguien tenía que hacerlo, pero no es lo que quiero para mí. Tú, sin embargo, te lanzaste de cabeza.

Lo había hecho. Y era el trabajo de sus sueños, su conexión con Iz, con su pasado. Pero si decidía aceptar el trabajo, y parecía que sería suyo si lo quería, tendría que quedarse en Boston.

Quedarse significaría que, de vez en cuando, se encontraría con Ronan, como le explicó a Keely. Eso significaba estar cerca de alguien, tres personas en concreto, que no podía tener.

—¿Y por qué no puedes tener una relación con él y los niños? —preguntó su hermana—. Hasta el más tonto se daría cuenta de que entre vosotros hay conexión.

—Sigue enamorado de su mujer —murmuró Joa.

Keely levantó el dedo índice y la apuntó con él.

—Oh, no, no puedes echarle la culpa de todo a él. Tú también tienes tus problemas.

—¿Y cuáles son, según tú?

—Te aterroriza estar con alguien.

—¿Me culpas de acabar herida cada vez que tenía que dejar una familia?

—No pudo dolerte tanto —replicó Keely—, o habrías dejado de emparejarte hace mucho tiempo. Pero no te fuiste hasta que te lo pidieron porque allí te sentías segura. Podías amar a tu jefe desde lejos, fingir que formabas parte de su familia, hacer realidad tus fantasías de familia feliz porque no había ninguna posibilidad de que pasara nada, ningún riesgo para ti. Porque una familia de verdad conlleva la posibilidad de sufrir, de que alguien te abandone, de que alguien no te quiera. Fingir es mucho más fácil, mucho más seguro que vivir de verdad.

Joa miró fijamente a Keely, abriendo y cerrando la boca, sintiendo calor y luego frío. Quería discutir, decirle que estaba diciendo tonterías, pero no podía. Nunca se había planteado por qué se enamoraba de hombres que no estaban disponibles.

Su hermana tenía razón. Había estado tratando de protegerse todo el tiempo.

Ronan había empezado a decir algo sobre que quería que se quedara, pero como estaba asustada, como aquella conversación le parecía demasiado real, demasiado aterradora, ella le había echado a Thandi en cara y había convertido a su esposa muerta en la barrera que los separaba.

Tal vez él todavía la amaba, tal vez no estaba listo para seguir adelante con Joa o cualquier otra persona, pero no lo sabía con certeza porque no le había dado la oportunidad de explicarse.

Había salido corriendo de allí porque lo que sentía por él era muy tangible. Y eso era aterrador. Y odiaba sentirse asustada, vulnerable, como si volviera a tener catorce años y estuviera sola.

Joa no se dio cuenta de que le corrían lágrimas por la cara hasta que Keely se las tocó con la punta de los dedos, secándoselas.

—No te estoy diciendo que te quiera, Ju. No sé si te quiere o no. Pero hace tres años que no mira a nadie como te mira a ti. No lo he visto tan

feliz desde hace mucho tiempo. Hay algo ahí y os debéis a vosotros mismos explorarlo, ver a dónde va.

Joa apoyó los codos en los muslos y las manos en la cabeza.

—Te escucho, Keely, lo hago. Y sé que huyo para mantenerme a salvo. Pero ella sigue siendo una parte tan importante de su vida.

—Ella es la madre de sus hijos, nena. Siempre tendrá un lugar especial en su corazón. Y puede que él nunca sea capaz de quererte como tú necesitas, pero no puedes huir sin darle la oportunidad o, al menos, sin antes hablar con él de lo que sientes.

El corazón de Joa rebotó en su pecho.

—¿Estás diciendo que debería decirle que lo amo?

—Si eso es lo que sientes... —respondió su hermana—. Puede que te corresponda, o puede que no. Pero es su elección. La tuya es decirle lo que sientes. También es tu elección aceptar el trabajo que te gusta y no dejar que él, o lo que sientes por él, influya en tu carrera.

Keely le apretó la rodilla y le mostró una sonrisa.

—Tienes que ser valiente, Ju. Necesitas arriesgarte en algo. Y tienes que empezar a vivir en el mundo real, no en uno de mentira.

La verdad era innegable, pero no era divertido. Ni justo. Ni fácil ni agradable. Pero era la verdad. Y si quería mirarse al espejo con un poco de respeto por sí misma, tenía que afrontarla.

Le faltaban unos meses para cumplir los treinta y, por fin, emocionalmente, se sentía adulta.

Ronan pegó el plástico de burbujas en el retrato de Thandi y miró el lugar vacío de la pared. Esperaba sentirse triste, pero en realidad se sentía contento. Como si hubiera llegado el momento de dejar marchar a su mujer.

Ella no estaba en una foto en la pared, estaba en la sonrisa de Sam y en los ojos de Aron y en el millón de recuerdos que Ronan tenía.

Sintió la mano de Carrick en el hombro, Finn se movió para colocarse a su otro lado, y agradeció la presencia de sus hermanos. Había quitado todas sus fotografías excepto una, que había dejado sobre la mesa entre las camas de sus hijos. También guardó las notas y todas sus pertenencias que había distribuidas por toda la casa.

Pero necesitó ayuda para quitar el enorme retrato de Thandi de la pared y solo había dos personas a las que podía pedírsela.

Carrick miró el hueco en la pared que había quedado tras quitar el retrato e hizo una mueca.

—Necesitas poner otro cuadro ahí.

—Ya encontraré algo —dijo Ronan. Luego miró el espacio vacío, respiró hondo y se cruzó de brazos—. ¿Qué les digo a los chicos cuando pregunten dónde ha ido su madre?

—Si se dan cuenta, les dices la verdad. Que hay una foto de ella en su dormitorio por si necesitan verla —respondió Carrick. Luego se dirigió al armario de la cocina donde Ronan guardaba una botella de whisky. Sirvió tres vasos, le entregó uno a cada uno de sus hermanos y a continuación levantó el suyo—. Por Thandi. Que descanse en paz.

Ronan asintió, conmovido, y los tres bebieron al mismo tiempo.

—¿Vas a decirnos qué ha provocado esto, Ro? —preguntó Finn, tras dejar su vaso sobre la encimera.

Ronan se pasó la mano por el pelo.

—Una combinación de cosas... Pensé que era hora de decir adiós, de dejarla ir. En parte por Joa.

—No entiendo —dijo Carrick.

—Bueno, no creo que sea divertido entrar en la casa de tu amante y ver a su esposa muerta en la pared. En cada pared... —explicó Ronan.

—Entonces, ¿eso significa que vas a tratar de arreglar las cosas con ella? —preguntó Finn.

Ronan se encogió de hombros. La había echado mucho de menos esos dos últimos días y estaba impaciente por verla de nuevo. Pero no estaba seguro de si se estaría precipitando. Tal vez pensaba que estaba enamorado de ella porque era la única que había traspasado sus muros de hielo. Explicó su dilema a sus hermanos, y Carrick sirvió otro trago, pero Ronan negó con la cabeza. Ya había sido un día infernal y sus hijos llegarían en cualquier momento de su fin de semana con Tanna en la finca Lockwood. Además, en unas horas saldrían todos a cenar y necesitaba estar alerta.

—Creo que te estás equivocando, Ro. Tal vez fue ella la que consiguió que dieras ese paso porque era la única que podía hacerlo. Siempre te has tomado el amor y las relaciones muy en serio —dijo

Carrick—. Tardas en enamorarte, pero cuando lo haces, nada te hace desistir.

—Sí, Joa tiene que ser especial para que hagas todo esto. Para que quieras seguir adelante —habló Finn ahora—. Si ella no lo fuera, no estarías haciéndolo. Y creo que Thandi lo aprobaría. Creo que, si hubiera conocido a Ju, serían amigas.

Eran personas muy diferentes, pero él estaba de acuerdo. Habrían sido amigas. Ronan respiró hondo, tratando de no ponerse a llorar.

—Gracias. Por estar aquí, por hacer esto. Por... todo.

—Pues sí, tienes que estar agradecido porque he dejado a mi flamante prometida para estar aquí. —El puño de Carrick le golpeó el brazo. Si no le hubiera dado un puñetazo ya estarían todos llorando.

Finn soltó una risita y dijo:

—Tú sí que deberías estar agradecido a Ronan por darte una buena excusa para tomarte un descanso de Sadie. Ya no eres tan joven como antes, Carrick.

El aludido lo miró con cara de estar perdonándole la vida y justo en ese momento el teléfono de Finn sonó. Lo sacó del bolsillo y deslizó el dedo por la pantalla, leyó el mensaje y maldijo.

—¿Algún problema? —preguntó Ronan.

—Supongo que os acordáis de Ben, pasaba mucho tiempo en nuestra casa cuando yo era adolescente. —Sus hermanos asintieron con la cabeza y él continuó—: Bueno, él y su novia de entonces han vuelto. Los dos han acabado trabajando para la misma empresa en Hong Kong y se van a casar. Pero como están allí, quieren que yo organice su boda.

Ronan intercambió una mirada con Carrick, parecía que ambos pensaban que tenía que haber algo más en esa historia.

Finn parecía abatido.

—Beah va a ayudarme, también se lo han pedido. Se conocen desde que Ben y Piper asistieron a nuestra boda en Las Vegas.

Carrick frunció el ceño y Finn puso los ojos en blanco.

—Vamos..., eso sucedió hace casi diez años y ya nos divorciamos. No puedes seguir cabreado porque no te invitáramos a la boda.

—Ni siquiera nos dijiste que te ibas a casar —replicó Carrick.

Ronan escuchó la discusión y se desentendió de ella. Giró la cabeza al oír abrirse la puerta principal y vio una sombra que cruzaba el pasillo. Sus hijos estaban en casa y se apresuró para ir a verlos. Se los encontró inmóviles, mirando hacia la pared vacía. Maldijo en voz baja y se detuvo en seco al ver a Joa de pie al lado de la puerta abierta. Se acercó, tiró de Joa con suavidad para que entrara y luego cerró la puerta.

—¿Dónde está Tanna?

Los grandes ojos de Joa se desviaron de la pared desnuda a su cara.

—Eh... Ella tenía prisa, así que yo me encargué de traer a los niños.

Ronan asintió y se acercó a sus hijos para besar a cada uno en su cabecita.

—Hola, chicos, ¿os habéis divertido?

Aron asintió con entusiasmo y levantó los brazos para que lo agarrara. Ronan lo levantó y lo acomodó en su cadera.

—Había mucho helado, un caballo y un payaso.

—¿Dónde está mi madre? —exigió saber Sam.

Ronan apretó con fuerza a Aron mientras se agachaba para mirar a Sam a los ojos.

—Tu madre no se ha ido a ninguna parte, Sam. Solo he quitado su cuadro de la pared, eso es todo.

—¿Por qué?

—Porque ella ya no está aquí y creo que es hora de que empecemos a recordarla en nuestros corazones y mentes, y no porque haya una foto enorme en la pared.

—Pero ¿y si empiezo a olvidar su aspecto? —preguntó su hijo, con pánico en la voz.

—Hay una foto de ella junto a tu cama. No la olvidarás, Sam. —Ronan lanzó una mirada a Joa—. No la olvidaremos, os lo prometo.

Joa bajó la cabeza para mirar al suelo mientras Ronan tiraba de su hijo mayor para abrazarlo.

Ronan sintió que Carrick le quitaba a Aron de los brazos y levantó la vista para ver a Finn poner la mano en el hombro de su hijo mayor.

—¡Hola! ¿Os apetece venir a casa conmigo? —propuso Finn—. Podemos tener una noche de cine y palomitas.

Se suponía que iban a salir a cenar con su nueva niñera, pero Ronan no se sentía con fuerzas. Además, tenía algo importante que hacer y mucho que decir.

Se levantó, sacó su teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros y envió un mensaje de texto a Abigail, pidiéndole si podían posponer sus planes de ir a cenar esa noche. Ella no tardó en contestar diciendo que no había problema. Luego volvió a prestar atención a la conversación entre sus hijos y Finn, que discutían sobre qué película ver.

Parecía que los niños ya se habían olvidado del retrato de su madre y ahora estaban entusiasmados con pasar la noche con su tío Finn. Metieron algunas cosas en sus mochilas y salieron de casa de la mano de sus tíos tras un fuerte abrazo de su padre.

Ronan y Joa tenían mucho de que hablar.

En cuanto se fueron, Ronan agarró el abrigo de Joa y lo colgó en el perchero.

Ella desenrolló su bufanda, sin estar segura de lo que estaba pasando. Los chicos se habían ido, no sabía si aún iban a cenar con Abigail y había un enorme espacio vacío en la pared. Joa miró el retrato cubierto de plástico y se preguntó si no estaría alucinando.

Pero no, había otras dos cajas que parecían estar llenas. También se dio cuenta de que faltaban más fotos y que la bufanda y el sombrero de Thandi ya no estaban en el perchero a la izquierda de la puerta.

Entonces se giró y miró a Ronan.

—Ya era hora de que lo hiciera —dijo él.

Y, poniéndole una mano en el brazo, la condujo hasta las escaleras. Ambos se sentaron en el tercer escalón y Ronan tardó unos minutos insoportables en volver a hablar:

—Thandi es una parte de mí, Ju. La muerte me ha marcado. Te mentiría si te dijera que no lo ha hecho. Perderla me destrozó, de verdad.

—Lo sé, Ronan. Quiero decir, no lo sé, pero... —Joa estaba muy nerviosa y le costaba explicarse.

La mano de Ronan agarró la suya y la apretó.

—Solo escucha, por favor.

Joa esperaba que retirara la mano, pero en lugar de eso se limitó a deslizar sus dedos entre los de ella, con la palma caliente contra su piel.

—Thandi era increíble y la quería mucho, y quiero recordarla, merece ser recordada.

Joa trató de permanecer impassible, pero Ronan debió de ver la angustia en su rostro porque le apretó los dedos.

—No estoy tratando de lastimarte, cariño, pero necesito que me entiendas. Porque, si no lo haces, no hay esperanza para nosotros. Así que, dime, ¿lo intentarás?

Dios, ¿no sabía que ella haría cualquier cosa por él? Sin poder hablar, Joa se limitó a asentir con la cabeza.

—Me ha llevado mucho tiempo darme cuenta, aceptar, que no es todo o nada. No podemos meter las emociones en cajas y sacarlas cuando queramos. La muerte es mucho más compleja que eso y necesito que aceptes que aún puedo amarla y echarla de menos y estar total, salvaje y locamente enamorada de ti al mismo tiempo.

A Joa le pareció oír que la amaba, pero eso no podía ser cierto, ¿verdad?

—He sido más feliz contigo estas últimas semanas de lo que lo he sido en años y me gustaría seguir siéndolo. Pero la cosa es que sé que seguiré pensando en ella de vez en cuando y no quiero que te sientas amenazada por eso. La quiero, pero ya no estoy enamorado de ella. Creo que estoy enamorado de ti.

Joa se quedó mirándolo, tratando de encontrarle sentido a lo que había dicho. ¿Podía amar a ese hombre sabiendo que una parte de él siempre amaría a su mujer?

—¿Nos comparas?

Ronan soltó un pequeño bufido.

—Claro que no. Vosotras dos sois tan diferentes como la noche y el día.

Bueno, eso fue un alivio. Joa, necesitando moverse, se levantó y se paseó por el pasillo delante de él. ¿Podría hacerlo? ¿Podría arriesgarse con él?

Ronan empezó a hablar, pero Joa negó con la cabeza, cogiéndole la mano en una súplica silenciosa para que la dejara pensar.

Podía marcharse y reanudar su vida solitaria, escondiéndose tras sus muros y sin dejar que nadie se acercara. O podía dejar entrar a Ronan y darle una oportunidad al amor.

Era un buen hombre, un hombre sexi, y ella le quería. Pero ¿podía vivir siendo la segunda?

—¿Crees que alguna vez podrías amarme tanto como la amas a ella?

Ronan soltó una maldición mientras se ponía de pie de un salto, su expresión revelaba su angustia. Y en ese momento, Joa le comprendió. Su expresión le dijo que no era una cosa de más o menos. Era igual pero diferente y, evidentemente, ella tenía la ventaja, porque estaba viva.

Ronan le agarró la cara con sus grandes manos.

—Oh, Ju, solo necesito que entiendas que, aunque la he dejado de lado, aunque he seguido adelante porque tú entraste en mi vida, de vez en cuando voy a pensar en ella. Pero te prometo que esto no va a ser una relación de tres, somos tú y yo.

—Y los niños —añadió Joa, cubriendo sus manos con las de ella.

—Sí, ellos también —Ronan sonrió—. ¿Me entiendes? Tú serás mi prioridad. No viviré en el pasado cuando te tenga en mi presente.

—Ro... —Joa levantó la cara y se puso de puntillas para besarlo. Los labios de Ronan correspondieron a su beso y ella sintió que estaba en casa, que era parte de algo más grande y mejor que ella misma.

Entonces, él dio un paso atrás y sus manos abandonaron su rostro para posarse sobre sus hombros. Sus intensos ojos se clavaron en los de ella y Joa supo que su conversación no había terminado, que era su turno. Su hombre, tan seguro de sí mismo y confiado, necesitaba saber a qué atenerse, si él era tan importante como ella lo era para él.

Joa se agarró a sus muñecas y cerró brevemente los ojos, haciendo acopio de todo su coraje.

—Llevaba mucho tiempo sola y sabía que quería una familia, pero seguía enamorándome de hombres que no estaban disponibles. Porque tenía miedo de lo que más quería. Miedo de ser feliz, de ser amada, miedo de perder ese amor. Es más fácil estar sola, ¿sabes?

Ronan le apretó los hombros.

—Es verdad. Enamorarse es aterrador.

—Pero prefiero tener miedo contigo que sentirme sola —confesó Joa—. Te quiero. Y te amaría igual, aunque no tuvieras a esos dos monstruos.

—Es bueno saberlo —dijo Ronan, sonriendo—. ¿Hacemos un trato?

Joa asintió con la cabeza.

—Cuando te sientas asustada y abrumada, dímelo y te recordaré lo mucho que te quiero. Mira, Ju, soy lo suficientemente mayor como para saber que no todo va a ser un camino de rosas, los dos tenemos mucho equipaje a nuestras espaldas. Pero así es la vida. Somos dos personas fuertes y me gusta que seamos así. Pero si intentamos comunicarnos, si somos lo bastante valientes para decirnos cómo nos sentimos, qué sentimos, podemos querernos a pesar de todo.

Joa sintió las lágrimas brotando de sus ojos, el calor de la felicidad. Rodeó el cuello de Ronan con los brazos y enterró la cara en su cuello.

—Te amo tanto...

Ronan la atrajo hacia sí. Se sentía segura entre sus brazos, como si nadie pudiera hacerle daño, como si nunca más fuera a estar sola.

Tenía a Ronan, Sam y Aron y, con suerte, en uno o dos años, podría tener un hijo propio. Se echó hacia atrás, pensando que podría empezar a practicar sus oxidadas habilidades de comunicación lo antes posible.

—Quiero un hijo —soltó de golpe—. No hoy, ni mañana, sino en algún momento, en el futuro.

Ronan no se asustó. Le apartó el pelo de la cara y asintió.

—Claro.

Vaya... Eso había sido fácil. Ya que estaba en racha, pensó en sacar otro tema más:

—Y voy a dirigir la fundación. Quiero decir, tengo la intención de ayudarte a criar a Aron y Sam, pero quiero trabajar, Ro. Es importante para mí.

Ronan asintió de nuevo.

—Eso supuse. Por eso contraté a Abigail. Empieza el lunes.

—Entonces, ¿no hay cena esta noche?

Ronan sonrió de forma seductora y Joa sintió que la zona especial entre sus piernas se animaba.

—Oh, habrá cena. Y tú estarás en el menú.

—Suena muy bien.

—Creo que deberíamos practicar en eso de hacer bebés —dijo él mientras la conducía escaleras arriba.

Se detuvo ante la puerta de su habitación, le agarró la nuca con una mano y apoyó la frente en la de ella.

—Te quiero en mi cama, Ju. Solos tú y yo, una página en blanco, el comienzo de un nuevo capítulo. ¿Quieres entrar conmigo?

Claro que lo haría. Iría a cualquier parte con él. Porque, como ella sabía, como él acababa de demostrar, los cuentos de hadas podían hacerse realidad.

## *Epílogo*

**M**urphy International celebraba a menudo un cóctel de preventa la víspera de una subasta importante y los coleccionistas de Fabergé más destacados del mundo estaban presentes, mirando a través de las vitrinas los objetos que saldrían a pujar al día siguiente.

A Joa, como a todo el mundo, se le había caído la baba con los objetos que había visto por primera vez en la cámara acorazada. No paraba de tocar el huevo en miniatura que llevaba colgado de su cuello, el que Keely había accedido a retirar de la venta de Mounon. Y se preguntaba si no sería demasiado tener dos huevos en miniatura de Fabergé.

Era rica, pero tal vez era un gasto excesivo.

Pero, maldita sea, era precioso...

Joa sintió el toque posesivo de Ronan en su espalda y sonrió cuando él dejó caer un beso sobre su hombro desnudo.

—Cuidado, cariño, que se te cae la baba —le dijo Ronan, rodeándole la cintura con el brazo.

—Lo sé, pero es que esta tan bonito... —Se mordió el labio y se encogió de hombros—. Estoy pensando en comprarlo en la subasta de mañana.

Ronan levantó una ceja.

—Es tu dinero, cariño, puedes hacer lo que te dé la gana. —Luego hizo una mueca, como si recordara algo—. Aunque siento decirte que acabo de enterarme de que este colgante ha sido retirado de la venta por el propietario.

Los hombros de Joa se desplomaron decepcionados.

—On, no. ¿En serio?

Joa vio que Finn y Keely se acercaban a ellos, pero volvió a centrar su atención en Ronan, que lucía muy elegante con su clásico esmoquin

negro. Las sombras de sus ojos habían desaparecido y su sensual boca no paraba de sonreír.

Lo había hecho feliz y pensaba seguir haciéndolo (miró su sencillo anillo de compromiso con un enorme diamante) durante el resto de su vida. No poder comprar ese colgante del que se había encaprichado era el primer tropiezo en su vida perfecta.

—¿Ya se ha vendido? —preguntó Joa—. ¿Puedo hacer una contraoferta?

Ronan negó con la cabeza.

—Lo siento. El nuevo comprador no tiene intención de venderlo. Es un regalo para alguien a quien quiere con toda su alma y corazón.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Keely, deteniéndose junto a Joa. Luego arrugó la nariz—. Aunque si es algo sensiblero, prefiero no saberlo.

—Sí —dijo Finn—, entre vosotros dos, Carrick y Sadie, y Tanna y Levi, estáis haciendo que los demás sintamos náuseas con tanto amor azucarado.

—¡Estoy de acuerdo! ¿Qué os pasa? ¿No podéis quitaros las manos de encima más de un milisegundo? —soltó Keely, poniendo los ojos en blanco.

—Lo que tenéis es envidia —les dijo Ronan con una sonrisa.

Finn se fijó en el colgante de Joa y luego miró a Ronan.

—¿Es este el colgante que le compraste al coleccionista de Fabergé? Su hermano soltó un fuerte bufido.

—¡Maldita sea, Finn! ¡Se suponía que iba a ser una sorpresa!

—Oh. Lo siento —se disculpó Finn hacia Joa.

—Vete, anda —le pidió Ronan, apretando los dientes.

Joa vio cómo Finn y su hermana se alejaban, y notó que ambos buscaban a alguien con la mirada por toda la sala. Estaba segura de que Finn buscaba a Beah y Keely a Dare...

Volviendo a centrar su atención en su prometido, levantó las cejas.

—¿De verdad compraste ese colgante para alguien a quien quieres con todo tu corazón y toda tu alma?

Ronan le acarició la cara y Joa se giró para besarle la mano.

—Sí, planeo regalarle uno tan a menudo como pueda...

—Eso podría ser bastante caro —murmuró Joa cuando la boca de Ronan se acercó a la suya.

—Créeme, ella vale cada maldito centavo. Ella es mi vida.

Como él era la de ella.

—Gracias, Ro.

Y ambos sabían que no solo le estaba dando las gracias por el colgante, sino también por darle un lugar al que pertenecer, por darle una familia para siempre.